
LA MUJER
DE LAS DOS
SONRISAS
MAURICE LEBLANC
Lectulandia

Una cantante de ópera muere, misteriosamente, en un castillo de Volnic. Quince años después, una muchacha rubia se confunde de piso y habla con un encantador caballero… Nobles, hermosas mujeres, un hampa parisién de gorra y pañuelo de seda al cuello, hijos naturales… Y Arsenio Lupin. Los locos años de la «Belle Époque» desfilan por las páginas de la novela.

Maurice Leblanc (1864-1941) se educó en Francia, Alemania e Italia, y abandonó una incipiente carrera en la industria naviera para ejercer el periodismo de sucesos. Saltó a la fama cuando aceptó el encargo de Pierre Laffitte y empezó a publicar en las páginas de *Je sais tout* los primeros relatos protagonizados por Arsenio Lupin, que dos años más tarde se publicarían en forma de libro. Así nacía un arquetipo literario sólo comparable a Sherlock Holmes cuyas aventuras se relatan en una veintena de títulos.

Lectulandia

Maurice Leblanc

La mujer de las dos sonrisas

Arsenio Lupin - 19

ePub r1.1
IbnKhaldun 24.11.14

Título original: *La femme aux deux sourires*
Maurice Leblanc, 1933
Traducción: Jaume Fuster

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.2

I

Prólogo

La extraña herida

El drama, con las circunstancias que lo prepararon y las peripecias que llevó consigo puede resumirse en unas pocas páginas, sin correr el riesgo de dejar a oscuras el más mínimo detalle necesario para llegar a la inaccesible verdad.

Todo sucedió con la mayor naturalidad del mundo. No hubo ninguna de esas amenazas solapadas que multiplica a veces el destino en el prólogo de sucesos de alguna importancia. Ningún hálito de viento anunció la tempestad. No hubo angustia. Ni siquiera una inquietud entre los que fueron espectadores de aquella pequeñez, tan trágica, por la inmensidad del misterio que la envolvió.

Veamos los hechos: el señor y la señora de Jouvelle y los invitados que recibieron en su castillo de Volnic, en Auvernia —un enorme edificio con torres cubierto de tejas rojas—, habían asistido a un concierto dado en Vichy por la admirable cantante Elisabeth Hornain. Al día siguiente, el trece de agosto, por invitación de la señora de Jouvelle, que había conocido a Elisabeth antes que hubiera pedido el divorcio contra el banquero Hornain, la cantante acudió a almorzar al castillo que sólo está a una docena de quilómetros de Vichy.

Almuerzo muy alegre. Los castellanos sabían poner en su hospitalidad aquella gracia y aquella delicadeza que da relieve a cada uno de los invitados. Éstos, en número de ocho, lucían su verbo y su ingenio. Había tres jóvenes parejas, un general retirado y el marqués Jean d’Erlemont, gentilhombre de unos cuarenta años, de gran estatura y una seducción que ninguna mujer resistía.

Pero el homenaje de estas diez personas, su esfuerzo por complacer y por brillar, iban dirigidos a Elisabeth Hornain, como si en su presencia no se pudiera pronunciar palabra que no tuviera por motivo el hacerla sonreír o atraer su mirada. Sin embargo, la cantante no se esforzaba ni en complacer ni en brillar. Pronunciaba sólo frases escasas en las que reinaba el buen sentido pero no el ingenio ni la vivacidad. ¿Para qué? Era bella. Su belleza la excusaba del resto. Por más cosas profundas que hubiera dicho se hubieran perdido en el centelleo de su hermosura. Frente a ella sólo se pensaba en esto, en sus ojos azules, en sus sensuales labios, en el terciopelo de su tez, en el óvalo perfecto de su rostro.

Incluso en el teatro, a pesar de su voz cálida y de su verdadero talento de artista lírica, se ganaba al público de entrada a fuerza de ser bella.

Llevaba siempre vestidos muy simples puesto que no hubieran sido notados aunque fueran más elegantes, ya que sólo se pensaba en la gracia de su cuerpo, en la armonía de sus gestos y en el esplendor de sus hombros. Sobre su corpiño brillaban maravillosos collares que se mezclaban unos con otros en un detonante desorden de rubíes, esmeraldas y diamantes. Si se le hacían cumplidos solía reprimir la admiración con una sonrisa:

—Joyas de teatro… He de confesar que son muy buenas imitaciones.

—Habría jurado que… —se le decía.

—También yo… Todo el mundo se deja engañar por ellas.

Después de comer, el marqués d’Erlemont actuó de tal manera que consiguió separarla de los otros para hablarle en privado. La cantante escuchaba con interés y con cierto aire de ensueño.

Los otros invitados formaban un grupo alrededor de la dueña de la casa a quien aquella conversación privada parecía preocupar.

—Pierde su tiempo —murmuraba—, hace muchos años que conozco a Elisabeth. No hay esperanza alguna para sus enamorados. Es una bella estatua, pero es indiferente. Ya puedes representar tu bella comedia, muchacho, y emplear tus mejores trucos… No te va a servir de nada.

Estaban todos sentados en la terraza, al amparo del castillo. Un jardín inglés se extendía a sus pies, estirando bajo el sol sus líneas rectas, sus verdes céspedes, sus avenidas de arena amarilla, sus parterres de tejos recortados. Al fondo, el montón de ruinas que quedaban del viejo castillo, torres, torreones, la capilla, se prolongaba sobre montículos en los que ascendían caminos serpenteantes bajo las hojas de los laureles, de los bojes y de los acebos.

El lugar era majestuoso e imponente, y el espectáculo tenía tanto más carácter cuanto que se sabía que más allá de aquellas ruinas había el vacío de un precipicio. El reverso de lo que se veía caía a pico sobre un barranco que rodeaba la posesión y en el centro del cual rugía, a una profundidad de cincuenta metros, el agua tumultuosa de un torrente.

—¡Qué cuadro! —exclamó Elisabeth Hornain—. ¡Cuando pienso en el cartón pintado de nuestros decorados, en la tela de nuestras paredes que tiembla y en el tejido que figuran árboles!… Sería muy bonito actuar aquí.

—¿Qué le impide cantar aquí, Elisabeth? —dijo la señora de Jouvelle.

—La voz se pierde en esta inmensidad.

—Pero no la suya —protestó Jean d’Erlemont—. ¡Y sería tan hermoso! Ofrézcanos esa visión…

La cantante reía. Buscaba excusas y se debatía en medio de aquellas gentes que le insistían y le suplicaban.

—No, no —decía—, ha sido un error hablar de eso… Haría el ridículo…

¡Parecería tan poca cosa!

Pero su resistencia se debilitaba. El marqués le había tomado la mano e intentaba llevarla hasta allí.

—Venga conmigo, yo le enseñaré el camino… Venga… Sería un placer tan inmenso oírla.

—Sea. Acompáñeme usted hasta el pie de las ruinas.

Decidida de repente, la cantante avanzó por el jardín, lentamente, con aquel paso grácil y bien ritmado que le era habitual en el teatro. Al final del césped, subió cinco escalones de piedra que la condujeron a la terraza opuesta a la del castillo. Ante ella se alzaban nuevos escalones más estrechos con una barandilla en la que alternaban vasos de geranios y ánforas antiguas. A la izquierda se abría una avenida de macizos de arbustos. Siguió caminando seguida del marqués y desapareció tras la cortina de arbustos.

Al cabo de unos instantes, se la vio, sola esta vez, que ascendía por los escarpados escalones mientras que Jean d'Erlemont regresaba por el jardín inglés. Por último, la cantante reapareció más arriba todavía en un terraplén en el que se levantaban los tres arcos góticos de una capilla demolida y en el fondo una muralla de hiedra.

La cantante se detuvo. De pie sobre un túmulo que le servía de pedestal, parecía más alta, de proporciones sobrehumanas, y cuando extendió sus brazos y se puso a cantar, llenó con sus gestos y con su voz el vasto círculo de follaje y de granito que recubría el cielo azul.

El señor y la señora de Jouvelle y sus invitados escuchaban y miraban con los rostros contraídos y aquella impresión que se experimenta cuando se forman en el fondo de nuestra conciencia recuerdos que se saben inolvidables. El personal del castillo, el personal de la granja que estaba junto a los muros de la posesión y una docena de campesinos de la vecina aldea se habían agrupado en todas las puertas y en todos los rincones de los macizos y cada uno de ellos experimentaba la calidad del minuto presente.

Nadie sabía exactamente lo que Elisabeth Hornain cantaba. Era algo que se elevaba y se expandía en notas graves, amplias, a veces trágicas pero palpitantes de esperanza y de vida. Y de repente… Pero hay que recordar que la escena tenía lugar en una seguridad absoluta y que no había razón alguna, humanamente posible, para que no tuviera continuidad y no terminara en la misma seguridad absoluta. Lo que sucedió fue brusco, inmediato. Si bien hubo diferentes sensaciones entre los espectadores, todos coincidieron —y así lo atestiguaron— en que el hecho estalló como una bomba que nadie había ni adivinado ni prevenido. (Estas mismas expresiones figuraron en las declaraciones.)

Sí, repentinamente, llegó la catástrofe. La voz mágica se interrumpió en seco. La estatua viviente que cantaba en aquel espacio cerrado vaciló sobre su pedestal de ruinas y de golpe se derrumbó sin un grito, sin un gesto de miedo, sin un movimiento de defensa o de angustia. Todos tuvieron enseguida, de manera irrevocable, la

convicción de que no había habido ni lucha ni agonía y que no llegarían junto a una mujer agonizante sino junto a una mujer a la que la muerte había fulminado en el primer segundo.

De hecho, cuando alcanzaron la explanada superior, Elisabeth Hornain yacía inerte, lívida… ¿Congestión? ¿Crisis cardíaca? No. Un hilillo de sangre brotaba sobre su hombro desnudo y sobre su cuello.

La vieron enseguida. Aquella sangre roja que se iba extendiendo. Y al mismo tiempo comprobaron algo incomprensible que uno de los presentes formuló en una exclamación de estupor:

—¡Los collares han desaparecido!

Sería fastidioso recordar los detalles de una investigación por la que, en aquella época, todo el mundo se apasionó. Investigación inútil por otra parte, y concluida rápidamente. Los magistrados y la policía que la condujeron chocaron desde el principio con una parte cerrada contra la que todos sus esfuerzos fueron vanos. Todos tuvieron la impresión profunda de que no había nada que hacer. Un crimen, un robo. Eso era todo.

Ya que el crimen era indiscutible. No se encontró ciertamente ni arma, ni proyectil, ni asesino. Pero nadie pensó en negar el crimen. Sobre cuarenta y dos asistentes, cinco afirmaron haber visto un fulgor en alguna parte sin que ninguna de las cinco afirmaciones coincidiera sobre el emplazamiento y dirección de dicho fulgor. Los treinta y siete restantes no habían visto nada. De igual modo, tres personas pretendieron haber oído el ruido sordo de una detonación mientras que las otras treinta y nueve no habían oído nada.

En todo caso, el hecho de un crimen estaba fuera de toda discusión puesto que existía herida. Y herida terrible, espantosa, la herida que había provocado en la parte superior del hombro izquierdo, justo en la base del cuello, una bala monstruosa. ¿Una bala? Para ello habría sido necesario que el asesino hubiera estado apostado en las ruinas, en algún lugar más elevado que la cantante, y que dicha bala hubiera penetrado profundamente en la carne y hubiera causado destrozos internos, lo que no había sucedido.

Se hubiera dicho más bien que la herida de la que había manado la sangre había sido producida por un instrumento contundente, un martillo o un rompecabezas. Pero ¿quién había manejado dicho martillo o rompecabezas? ¿Y cómo había permanecido invisible tal gesto?

Por otra parte, ¿qué había sucedido con los collares? Si había habido crimen y había habido robo, ¿quién había cometido uno y otro? ¿Y qué milagro había permitido al agresor escapar en tanto que algunos domésticos, apostados en ciertas ventanas del último piso, no habían quitado ojo de la cantante, de la explanada en la que cantaba, de su cuerpo cuando cayó, de su cadáver que yacía en el suelo? Y todas

estas gentes, ¿no habrían visto sin lugar a dudas la huida de un hombre entre los macizos, su loca carrera? Y por detrás, el decorado de ruinas se hundía en un precipicio abrupto que era materialmente imposible escalar o descender…

¿Se había ocultado en la hiedra o en algún agujero? Se buscó durante dos semanas. Se hizo venir de París a un joven policía, ambicioso y tenaz, Gorgeret, que había conseguido resolver algunos enigmas indescifrables. Todo en vano. Investigaciones sin resultado. El caso fue cerrado, con gran enojo de Gorgeret que se prometió no cerrarlo nunca.

Asustados por este drama, el señor y la señora de Jouvelle abandonaron Volnic anunciando su voluntad formal de no volver jamás. El castillo fue puesto en venta amueblado, tal como estaba. Seis meses más tarde alguien lo compró. Nunca se supo quién, puesto que el notario Audigat negoció la venta con un gran secreto. Todos los criados, granjeros y jardineros fueron despedidos. Sólo la gran torre bajo la que pasaba la bóveda cochera fue habitada por un individuo de cierta edad que se instaló allí con su mujer: Lebardon, antiguo gendarme. Jubilado, había aceptado este puesto de confianza.

Los habitantes de la aldea intentaron en vano hacerle hablar: su curiosidad no se vio satisfecha. Montaba guardia con aspereza. Todo lo más se notó que en diversas ocasiones, quizá una vez por año y en épocas diferentes, un señor llegaba por la noche en automóvil, dormía en el castillo y volvía a partir a la mañana siguiente. El propietario, sin duda, que venía a entrevistarse con Lebardon. Pero sin certeza alguna. Por este lado no pudo saberse nada más.

Once años más tarde el gendarme Lebardon murió.

Su mujer permaneció sola en la torre de entrada. Tan poco habladora como su marido, nada dijo de lo que sucedía en el castillo; pero ¿acaso sucedía algo?

Transcurrieron cuatro años más.

II

Clara la Blonde

Estación de Saint-Lazare. Entre las verjas que impiden el paso a los andenes y las salidas que conducen al gran *hall* de los Pasos Perdidos, el torrente de viajeros iba y venía, se dividía en corrientes de idas y llegadas, se volvía remolinos ruidosos, se precipitaba hacia las puertas y hacia los pasajes. Discos provistos de agujas inmóviles indicaban los puntos de destino. Unos empleados verificaban y marcaban los billetes.

Dos hombres que no parecían participar en aquel enfebrecido ir y venir, deambulaban entre los grupos con el aire distraído de dos paseantes cuyas preocupaciones fuesen absolutamente extrañas al tumulto de la muchedumbre. El uno, grueso y vigoroso, de rostro poco simpático, de expresión dura; el otro, débil, mezquino; ambos tocados con sombreros hongos y el rostro cruzado por bigotes.

Se detuvieron cerca de la salida en la que el disco no señalaba nada y en donde esperaban cuatro empleados. El más delgado de los dos hombres se aproximó a ellos y preguntó educadamente:

—¿A qué hora llega el tren de las quince cuarenta y siete?

El empleado contestó con ironía:

—A las quince cuarenta y siete.

El caballero grueso alzó los hombros como si deplorara la estupidez de su compañero y a su vez preguntó:

—Es el tren que viene de Lisieux, ¿no es verdad?

—El tren trescientos sesenta y ocho, en efecto —le respondió el empleado—. Estará aquí dentro de diez minutos.

—¿Hay retraso?

—No, señor.

Los dos paseantes se alejaron y se apoyaron en una columna.

Transcurrieron tres, después cuatro y después cinco minutos.

—¡Qué fastidio! —dijo el caballero grueso—. No veo al tipo que tenían que enviarnos de la prefectura.

—¿Le necesita usted?

—¡Diablos! Si no me trae el mandato de arresto, ¿cómo quieres que actúe contra la viajera?

—Tal vez nos esté buscando. Es posible que no nos conozca.

—¡Idiota! ¡Que no te conozca a ti, Flamant, es natural… Pero a mí, Gorgeret, el inspector principal Gorgeret, que desde el caso del castillo de Volnic está en la brecha…!

El llamado Flamant, vejado, insinuó:

—Es un viejo caso el del castillo de Volnic. ¡Quince años!

—¿Y el robo de la calle Saint Honoré? ¿Y la trampa en la que atrapé al gran Paul? ¿Acaso se remonta a las cruzadas? No hace ni dos meses de ello.

—Usted le agarró, cierto, lo cual no impide que siga corriendo, el gran Paul.

—Pero ello no impide que sea a mí a quien recurran para atraparlo otra vez puesto que mi plan era perfecto. Mira, fíjate, la orden de servicio me designa a mí.

Sacó de su cartera un papel que desplegó y que ambos leyeron juntos.

Prefectura de policía 4 de junio
Orden de servicio
(urgente)

La amante del gran Paul, la llamada Clara Blonde ha sido vista en el tren 368, que tiene su llegada procedente de Lisieux a las 15,47. Enviar inmediatamente al inspector principal Gorgeret. Antes de la llegada del tren, en la estación de Saint-Lazare le será entregada la orden de arresto.

Descripción de la señorita: Cabello rubio, ondulado, partido en dos. Entre veinte y veinticinco años. Bonita. Vestida sencillamente. Paso elegante.

—¿Ves? Es mi nombre el que está escrito. Como que soy yo quien siempre se ha encargado del gran Paul, a mí me han designado para que me encargue de su amiguita.

—¿La conoce usted?

—Poco. De todas maneras tuve tiempo de verla cuando derribé la puerta de la habitación en que estaba con el gran Paul. Sólo que aquel día no tenía suerte. Mientras lo agarraba a él, ella saltó por la ventana. Mientras yo la perseguía, el gran Paul se las piró.

—Así pues estaba usted solo.

—Éramos tres, pero el gran Paul dejó fuera de combate a los otros dos.

—¡Es un tipo duro!

—Esto no impedirá que lo atrape.

—En su lugar yo no lo hubiera dejado.

—En mi lugar, muchacho, te habría dejado atontado como a los otros dos. Además tienes fama de idiota.

Aquél era uno de los argumentos decisivos en la boca del inspector principal Gorgeret, para quien todos sus subalternos eran idiotas y quien, a su vez, se envanecía de ser infalible y de tener siempre la última palabra en todas las acciones policiales que emprendía.

Flamant pareció inclinarse y dijo:

—Después de todo, tuvo usted suerte. El drama de Volnic para empezar… ahora sus historias con el gran Paul y con Clara… ¿Sabe usted a quién le falta en su

colección?

—¿Quién?

—El arresto de Arsenio Lupin.

—En dos ocasiones se me escapó por los pelos —gruñó Gorgeret—, pero a la tercera va la vencida. En cuanto al caso de Volnic, no lo pierdo de vista… Como tampoco pierdo de vista al gran Paul. En cuanto a Clara la Blonde…

Cogió a su colega por el brazo.

—¡Atención! Llega el tren…

—Y usted sin el mandato…

Gorgeret lanzó una ojeada circular. Nadie se encaminaba hacia él. ¡Qué contratiempo!

Allá abajo, sin embargo, al final de una de las líneas, el perfil macizo de una locomotora hizo su aparición. El tren se aproximó poco a poco a lo largo del andén y después se detuvo. Se abrieron las puertas y racimos de gente invadieron el andén.

A la salida, la ola de viajeros se canalizó y se encarriló bajo la acción de los revisores. Gorgeret impidió a Flamant que avanzara. ¿Para qué? No había más que una salida y los grupos de viajeros estaban obligados a pasar por allí. Cruzaban de uno en uno. Siendo así, ¿cómo no localizar a una mujer cuya descripción era tan clara?

La muchacha apareció y la convicción de los dos policías fue inmediata. No había duda, era la muchacha descrita. Se trataba, con toda seguridad de la mujer a la que se conocía con el nombre de Clara la Blonde.

—Sí, sí —murmuró Gorgeret—, la reconozco. Esta vez no se me escapará.

El rostro era verdaderamente hermoso. Medio sonriente, medio asustado, con los cabellos rubios ondulados, los ojos, cuyo azul vivo se distinguía de lejos y con unos dientes cuya blancura aparecía o se ocultaba según el movimiento de una boca que parecía siempre dispuesta a reír.

Llevaba un vestido gris con cuello blanco que le daba el aspecto de una pequeña colegiala interna. La actitud era discreta como si tratara de disimularse. Llevaba una maleta de pequeñas dimensiones y un bolso. Ambos objetos presentaban un aspecto limpio pero muy modesto.

—Su billete, señorita.

—¿Mi billete?

Fue todo un caso. ¿Su billete? ¿Dónde lo había puesto? ¿En un bolsillo? ¿En su bolso? ¿En la maleta? Intimidada, empujada por la gente que se aglomeraba a su espalda y que se burlaba de su embarazo, la muchacha depositó su maleta en el suelo, abrió su bolso y finalmente encontró su billete cogido con una aguja bajo una de sus bocamangas.

Entonces, abriéndose paso entre la doble fila que se había formado, la muchacha rubia pasó.

—¡Maldición! ¡Qué lástima no tener el mandato! Sería un buen momento para

agarrarla.

—Agárrela sin él.

—¡No seas estúpido! Vamos a seguirla. Y nada de falsas maniobras. Nos pegaremos a sus talones.

Gorgeret era demasiado diestro para «pegarse a los talones» de una joven que ya se le había escurrido una vez de entre los dedos con tanto ingenio y malicia y cuya desconfianza no había que provocar. Se mantuvo a distancia, comprobó las dudas —reales o fingidas— de Clara la Blonde, que se comportaba como quien entra por primera vez en la Sala de los Pasos Perdidos. La muchacha no se atrevía a informarse y avanzaba a la deriva con dirección a una meta ignorada. Gorgeret murmuró:

—¡Una mujer extraordinaria!

—¿Por qué?

—No me hará creer que no sabe cómo se sale de la estación. Sin embargo, si duda, si finge dudar, es porque piensa que pueden seguirla y lo hace para tomar precauciones.

—Por otra parte —observó Flamant—, tiene el aspecto de estar asustada. ¡Qué gentil es! ¡Y qué graciosa!

—¡No te embales, Flamant! Es una mujer con mucha experiencia. El gran Paul está loco por ella. Mira, por fin ha encontrado la escalera… Venga, apresurémonos.

La muchacha descendió la escalera y llegó fuera ante el patio de Roma. Llamó a un taxi.

Gorgeret se apresuró. Vio cómo la muchacha sacaba de su bolso un sobre cuya dirección leyó al chófer. A pesar de que la muchacha hablaba en voz baja, el policía logró escuchar:

—Condúzcame al 63 del Quai Voltaire.

Y subió al coche. A su vez, Gorgeret llamó a un taxi. Pero en aquel preciso momento el emisario de la prefectura que con tanta impaciencia esperaba se le aproximó.

—Ah, es usted, Renauld. ¿Tiene usted el mandato?

—Aquí está —dijo el agente.

Y dio algunas explicaciones complementarias que le habían encargado para Gorgeret. Cuando el inspector principal estuvo libre se dio cuenta de que el taxi que había llamado se había ido y que el vehículo de Clara había dado la vuelta a la plaza.

Perdió todavía tres o cuatro minutos. Pero ¿qué le importaba? ¡Conocía la dirección!

—Chófer —dijo al taxista que se paró frente a él—, condúzcanos al Quai Voltaire, al número 63.

Un individuo había estado rondando alrededor de los dos inspectores al mismo instante en que, apoyados en la columna, vigilaban la llegada del tren 368. Se trataba

de un hombre de bastante edad, con el rostro delgado y peludo, de tez pálida, vestido con un sobretodo oliváceo muy largo y raído. Este individuo consiguió, sin que le descubrieran los inspectores, aproximarse al taxi en el momento en que Gorgeret anunciaba la dirección.

A su vez, saltó en un taxi y ordenó:

—Chófer, al 63 del Quai Voltaire.

III

El caballero del entresuelo

El 63 del Quai Voltaire es un hotel particular que levanta a lo largo del Sena su vieja fachada gris de ventanas altas. La planta baja y casi la totalidad del entresuelo están ocupados por los almacenes de un anticuario y de un librero. En el primer piso y en el segundo se encontraba el lujoso apartamento del marqués d'Erlemont, cuya familia poseía el inmueble desde hacía más de un siglo. Muy rico antaño, pero arruinado ahora debido a las especulaciones, tuvo que restringir el tren de vida y reducir el personal a su servicio.

A ello era debido que hubiera habilitado en el entresuelo una pequeña vivienda independiente compuesta de cuatro habitaciones que su hombre de negocios consentía en alquilar al primero que tuviera la delicadeza de ofrecerle un buen vaso de vino.

En aquella época, y desde hacía un mes, el inquilino era un tal señor Raoul, que raramente dormía en la vivienda y que sólo acudía allí unas dos horas cada mediodía.

Vivía dicho caballero encima de la portería y debajo de las habitaciones que ocupaba el secretario del marqués. Se entraba en un vestíbulo oscuro que conducía al salón. A la derecha una habitación, a la izquierda el baño.

Aquel mediodía el salón estaba vacío. Lo adornaban un escaso número de muebles que parecían haber sido reunidos al azar. Ningún arreglo, ninguna intimidad. Una impresión de campamento en el que unas circunstancias pasajeras os han conducido y que el capricho del momento os hará dejar de modo imprevisto.

Entre las dos ventanas que tenían una vista sobre la admirable perspectiva del Sena, un sillón volvía la espalda a la puerta de entrada alzando su amplio dosel capitonado.

Junto a este sillón, a la derecha, un velador sostenía un cofre que tenía la apariencia de un guarda licores.

Un reloj situado contra la pared en uno de los ángulos sonó cuatro veces. Pasaron dos minutos. Después, en el techo sonaron tres golpes a intervalos regulares como los tres golpes que anuncian en el teatro el levantamiento del telón. Tres golpes más. Después, repentinamente, sonó en alguna parte, junto al cofre de licores, un timbre precipitado, como el del teléfono, pero discreto, apagado.

Un silencio.

Y todo volvió a empezar. Tres golpes de telón, el repiqueteo sordo del teléfono. Pero esta vez la llamada no terminó y continuó sonando en el interior del cofre de licores como si fuera una caja de música.

—¡Maldición y mil veces maldición! —gruñó en el salón la voz adormecida de

alguien que se despierta.

Un brazo surgió lentamente por la derecha del vasto sillón vuelto hacia las ventanas, un brazo que se alargó hacia el cofre del velador, un brazo cuya mano levantó la tapa del cofre y cogió el receptor telefónico que estaba colocado en el interior.

El receptor fue llevado hacia el otro lado del respaldo y la voz, más clara, del señor invisible que estaba semiescondido en las profundidades del sillón, gruñó:

—Sí, soy yo, Raoul… ¿No puedes dejarme dormir, Courville? Fue una idea estúpida poner en comunicación tu despacho y el mío. ¿Verdad que no tienes nada que decirme? Cuelga, que estoy durmiendo.

Colgó. Pero los golpes de telón y la llamada telefónica sonaron otra vez. Entonces el caballero cedió y se estableció un diálogo en sordina entre el señor Raoul del entresuelo y el señor Courville, secretario del marqués d'Erlemont.

—Habla… desembucha… ¿Está el marqués en casa?

—Sí, y el señor Valthex acaba de dejarle.

—¡Valthex! ¡También hoy Valthex! ¡Por todos los diablos! Este tipo me es tanto más antipático en tanto que con toda evidencia persigue el mismo fin que nosotros, con la diferencia que él conoce este fin y nosotros lo ignoramos. ¿Has oído algo a través de la puerta?

—No, nada.

—Nunca oyes nada, tú. Entonces, ¿por qué me molestas? Déjame dormir, ¡maldición! Tengo una cita a las cinco para ir a tomar el té con la magnífica Olga.

Colgó. Pero la comunicación le debía haber quitado el sueño ya que encendió un cigarrillo sin que por ello abandonara las profundidades de su sillón.

Anillos de humo azul ascendían por encima del respaldo. El reloj señalaba las cuatro y diez. Y, bruscamente, un timbrazo seco, que venía del vestíbulo, de la puerta de entrada. Al mismo tiempo, entre las dos ventanas, bajo una cornisa, se deslizó un panel bajo la acción, evidentemente, de un mecanismo puesto en marcha por el timbre.

Un espacio en forma de rectángulo, del tamaño de un pequeño espejo, que se iluminaba como la pantalla de un cine, reflejaba el encantador rostro de una muchacha rubia de pelo rizado.

El señor Raoul saltó del sillón murmurando:

—¡Hermosa muchacha, a fe!

La miró durante un segundo, decididamente no la conocía, no la había visto nunca.

Pulsó un botón y volvió el panel a su sitio. Acto seguido se miró a su vez en otro espejo que le devolvió la agradable imagen de un caballero de unos treinta y cinco años, de porte elegante, de aventajada estatura y vestido impecable. Un caballero de este tipo puede recibir con ventaja la visita de cualquier tipo de hermosa muchacha.

Corrió al vestíbulo.

La hermosa visitante rubia esperaba con un sobre en la mano y una maleta junto a ella sobre la alfombra del rellano.

—¿En qué puedo servirla, señora?

—Señorita —dijo la muchacha en voz baja.

Raoul corrigió:

—¿En qué puedo servirla, señorita?

—¿Vive aquí el marqués d'Erlemont?

Raoul comprendió que la visitante se equivocaba de piso. Mientras que la joven avanzaba dos o tres pasos en el interior del vestíbulo, Raoul cogió la maleta y replicó con aplomo:

—Soy yo mismo, señorita.

La muchacha se detuvo en el umbral del salón y murmuró desconcertada:

—Ah… me habían dicho que el marqués era… un caballero de cierta edad…

—Soy su hijo —afirmó fríamente Raoul.

—Pero si no tiene ningún hijo…

—¿No es posible? En este caso digamos que no soy su hijo. Por otra parte no tiene ninguna importancia. Estoy en muy buenas relaciones con el marqués d'Erlemont, aunque no tengo el honor de conocerle.

Hábilmente la hizo entrar y cerró la puerta.

La muchacha protestó:

—Pero, caballero, tengo que irme… me he equivocado de piso.

—Justamente… Descanse un poco… La escalera es abrupta como un acantilado…

Tenía un aire tan alegre y unas maneras tan desenvueltas que la muchacha no pudo evitar una sonrisa mientras intentaba salir del salón.

Pero, en aquel mismo momento, sonó un timbrazo en el rellano y nuevamente la pantalla luminosa apareció entre las dos ventanas, reflejando un rostro desagradable cruzado por un grueso bigote.

—¡Diablos, la policía! —exclamó Raoul apagando la pantalla—. ¿Qué viene a hacer aquí éste?

La muchacha se inquietó, confundida ante la aparición de aquella cabeza.

—Se lo ruego, caballero, déjeme marchar.

—Pero si se trata del inspector principal Gorgeret, un «poli» desalmado, un auténtico monstruo… cuyo rostro no me es desconocido del todo. Es necesario que no la vea, y no la verá.

—Me es del todo indiferente que me vea, caballero. Deseo irme.

—A ningún precio, señorita. No quiero comprometerla.

—No me comprometerá usted.

—Sí, sí… Mire, ¿quiere usted pasar a mi habitación? ¿No? Entonces, qué; pues a pesar de todo hay que…

Se echó a reír, preso de una idea que le divertía, ofreció galantemente la mano a la

muchacha y la hizo sentarse en el amplio sillón.

—No se mueva usted, señorita. Aquí está usted al abrigo de todas las miradas y dentro de un minuto estará usted libre. Si no quiere aceptar mi habitación como refugio, al menos acepte mi sillón, ¿no es cierto?

La muchacha obedeció a su pesar, tanta decisión y autoridad se mezclaban en su aire alegre y de buen muchacho.

El caballero sonrió ligeramente para manifestar su alegría. La aventura se anunciaba bajo los colores más agradables. Fue a abrir.

El inspector Gorgeret entró de un salto seguido de su colega Flamant y gritó con tono brutal:

—¡Hay una mujer aquí. La portera la ha visto pasar y la ha oído llamar!

Raoul le impidió, suavemente, pasar y le dijo con toda cortesía:

—Puedo saber…

—Inspector principal Gorgeret, de la policía judicial.

—¡Gorgeret! —exclamó Raoul—. ¡El famoso Gorgeret! ¡El que ha estado a punto de atrapar a Arsenio Lupin!

—Y que cuenta con arrestarlo un día u otro —dijo Gorgeret—. Pero por hoy se trata de otra cosa… o, mejor dicho, de otra caza. Ha subido una mujer, ¿verdad?

—¿Una rubia? —preguntó Raoul—. ¿Muy bonita?

—Si usted lo dice…

—Entonces no es esa… Yo hablo de una muchacha muy hermosa, notablemente hermosa… La sonrisa más deliciosa… el rostro más fresco…

—¿Está aquí?

—Acaba de salir. Hace sólo tres minutos que ha llamado y me ha preguntado si yo era el señor Frossin que vive en el número 63 del *boulevard* Voltaire. Le he explicado su error y le he dado las indicaciones necesarias para ir al *boulevard* Voltaire. Se ha marchado acto seguido.

—¡Qué contratiempo! —gruñó Gorgeret que, maquinalmente, miró a su alrededor lanzando un vistazo al sillón vuelto de espaldas y escrutando las puertas.

—¿Abro? —propuso Raoul.

—Es inútil. Ya la encontraremos allá abajo.

—Por usted, inspector Gorgeret, estoy tranquilo.

—Yo también —dijo inocentemente Gorgeret, y añadió poniéndose de nuevo su sombrero—: A menos de que prepare otro de sus trucos… Todo esto tiene el aspecto de una bonita trampa.

—¿Una tramposa esta admirable rubia?

—Ya lo creo. Hace un momento en la estación Saint-Lazare casi la he atrapado a la llegada del tren en el que había sido vista… Es la segunda vez que se me escapa…

—Me ha parecido una muchacha muy educada y simpática.

Gorgeret hizo un movimiento de protesta y dejó escapar a su pesar:

—¡Una astuta mujer es lo que es! ¿Sabe usted de quién se trata? Pues nada menos

que de la amante del gran Paul.

—¿Cómo? ¿El famoso bandido? Ladrón… asesino tal vez. ¿El gran Paul, a quien usted casi arrestó?

—Y que arrestaré, como a su amante, como a esa zorra de Clara la Blonde.

—¡Imposible! Así que la hermosa rubia era esa Clara de quien los periódicos hablaban y a quien hace seis semanas que se está buscando…

—La misma. Ahora comprende usted por qué tiene tanto valor la presa que buscamos. Vamos, Flamant. Entonces, caballero, en cuanto a la dirección estamos de acuerdo. Se trata del señor Frossin del 63 del *boulevard* Voltaire.

—Exacto. Ésta es la dirección que la muchacha me ha dado.

Raoul les acompañó y con amabilidad deferente les dijo inclinándose sobre la barandilla de la escalera:

—¡Buena suerte! Y cuando les coja, detenga también al señor Lupin. Todos son bandidos de la misma calaña.

Cuando regresó al salón, la muchacha estaba en pie, un poco pálida, denunciando una cierta ansiedad.

—¿Qué le sucede, señorita?

—Nada… nada… Sólo que estos hombres me esperaban en la estación, que me habían señalado en el tren…

—¿Entonces usted es Clara la Blonde, la amante del famoso gran Paul?

La muchacha se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé quién es ese gran Paul.

—¿No lee usted los periódicos?

—Rara vez.

—¿Y el nombre de Clara la Blonde?

—Lo ignoro. Yo me llamo Antonine.

—En este caso, ¿qué teme usted?

—Nada. De todas maneras querían arrestarme… querían…

La muchacha se interrumpió y sonrió como si hubiera comprendido de repente la puerilidad de su emoción. Dijo:

—Acabo de llegar de provincias y pierdo la cabeza en la primera complicación con la que me enfrento. Adiós, caballero.

—¿Tiene usted prisa? ¡Espere un poco, tengo tantas cosas que decirle! Tiene usted una hermosa sonrisa… una sonrisa que enloquece… con la comisura de los labios que miran hacia arriba…

—Nada tengo que oír, señor. Adiós.

—¡Cómo! Acabo de salvarla…

—¿Usted me ha salvado?

—¡Demonios! Cárcel… tribunal… cadalso. Todo eso bien merece algo a cambio. ¿Cuánto tiempo permanecerá usted en casa del marqués d’Erlemont?

—Una media hora, quizá…

—Pues bien, esperaré que regrese y tomaremos el té aquí como buenos amigos.

—¡El té aquí! ¡Oh, caballero, usted se aprovecha de un error…! Le ruego que me deje…

La muchacha levantó hacia él unos ojos tan francos que Raoul comprendió lo inconveniente de su oferta y no insistió.

—Aunque usted no lo quiera, señorita, el azar volverá a ponernos al uno frente al otro… y yo voy a ayudar al azar. Hay muchos encuentros que tienen inevitablemente, un mañana… muchos mañanas.

Detenido en el rellano, Raoul la miró subir al piso. La muchacha se volvió para enviarle un gentil saludo con la mano mientras él se decía:

—Sí, es adorable… ¡Ah! Esta sonrisa fresca. Pero ¿qué va a hacer en casa del marqués? Y además, ¿qué hace esta muchacha en la vida? ¿Cuál es el misterio de su existencia? ¡La amante del gran Paul! ¡Que se haya visto comprometida al mismo tiempo que el gran Paul, es posible, pero de ahí a ser su amante! Sólo la policía es capaz de inventar tamañas historias…

A pesar de todo pensó que Gorgeret, después de romperse la nariz en el 63 del *boulevard* Voltaire tal vez tendría la idea de volver y que existía el peligro de un encuentro entre él y la joven. Tenía que evitarlo a todo precio.

De repente, al regresar a su apartamento, se dio un golpe en la frente murmurando:

—¡Diantre, había olvidado…!

Y corrió hacia el teléfono, uno que no estaba disimulado, con línea exterior.

—Vendôme 00-00. ¡Oiga! ¡Dese prisa, señorita! ¡Oiga! ¿La casa de modas Berwitz? ¿Está aquí la reina? Le estoy preguntando si Su Majestad está aquí… ¿Se está probando? Pues bien, dígale que Raoul está al teléfono…

E insistió imperiosamente:

—No me venga con historias. Le ordeno que avise a Su Majestad. Su Majestad se enfadaría mucho si no la avisaran.

Esperó tamborileando sobre el aparato con gesto nervioso. En el otro extremo del hilo alguien respondió. Raoul dijo:

—¿Eres tú, Olga? Soy Raoul. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Estás en la mitad de la prueba? ¿Estás medio desnuda? Pues mira, mejor para quien pueda verte, magnífica Olga. Tienes los hombros más hermosos de toda la Europa central. Pero por favor, Olga, no pronuncies las erres así… ¿Que qué quería decirrrrrte? Pues mira, que no puedo venir a tomar el té… No, no, querrrrida. Cálmate, no estoy con ninguna mujer. Se trata de una cita de negocios… Tienes que ser rrrrazonable… Veamos, querida… esta noche para cenarrr… ¿Te paso a recoger? De acuerrrrdo, mi querrrrida Olga…

Colgó el aparato y rápidamente se apostó detrás de su puerta entreabierta.

IV

El caballero del primero

Sentado ante la mesa en su gabinete de trabajo, vasta pieza llena de libros que leía poco pero cuyas bellas encuadernaciones le gustaban, el marqués d'Erlemont arreglaba sus papeles.

Después del drama terrible del castillo de Volnic, Jean d'Erlemont había envejecido más de lo que exigían los quince años de intervalo. Tenía los cabellos blancos y las arrugas cruzaban su rostro. Ya no era el bello d'Erlemont que antaño causaba estragos entre las mujeres. Se mantenía todavía erguido, pero su fisonomía, antaño animada por el deseo de complacer, se había vuelto grave y, en ocasiones, angustiosa. Problemas de dinero, pensaban los que le rodeaban en los círculos o en los salones que frecuentaba. Sin embargo, nadie sabía nada concreto puesto que Jean d'Erlemont mostraba poca inclinación a las confidencias.

El marqués oyó que llamaban a la puerta. Escuchó. Después de llamar, el ayuda de cámara vino para decirle que una joven muchacha pedía ser recibida.

—Lo siento —dijo el marqués—, no tengo tiempo.

El doméstico salió para regresar al poco.

—La señorita insiste, señor marqués. Dice que es la hija de la señora Thérèse de Lisieux y que trae una carta de su madre.

El marqués dudó un momento. Buscaba entre sus recuerdos repitiéndose para sí mismo: «Thérèse… Thérèse…».

Después respondió vivamente:

—Hazla pasar.

Se levantó enseguida y salió al encuentro de la muchacha a la que acogió con las manos tendidas.

—Sea usted bienvenida, señorita. Ciertamente no he olvidado a su madre… Pero… cómo se le parece usted. El mismo cabello… la misma expresión un poco tímida… y sobre todo, la misma sonrisa que tanto gustaba en ella… Así pues, ¿la envía su madre?

—Mamá murió, señor, hace cinco años. Le escribió una carta que yo prometí llevarle a usted en caso de que tuviera necesidad de ayuda.

Hablaba pausadamente, con su alegre rostro ensombrecido por la tristeza, mientras le ofrecía el sobre en el que su madre había escrito la dirección. El marqués lo abrió, lanzó una ojeada a la carta, se estremeció y, alejándose un poco, leyó:

Si puedes hacer algo por mi hija, hazlo… en recuerdo de un pasado que ella

conoce pero en el que cree que tú sólo representaste el papel de un amigo. Te ruego que no la desengañes. Antonine es muy orgullosa como lo era yo y no te pedirá más que un medio para ganarse la vida. Con todo mi agradecimiento, Thérèse.

El marqués permaneció silencioso. Recordaba la deliciosa aventura, empezada de manera tan hermosa, en aquella ciudad de aguas del centro de Francia, en donde Thérèse acompañaba como institutriz a una familia inglesa. Para Jean d'Erlemont no había sido más que uno de aquellos caprichos que acababan al poco de haber empezado, durante los que su naturaleza despreocupada y muy egoísta de aquella época no le incitaba a inclinarse para conocer a la que se le entregaba con tal abandono y tal confianza. El recuerdo vago de algunas horas era todo lo que su memoria había conservado. ¿Acaso para Thérèse la aventura había sido algo más serio y que la había comprometido toda su vida? Después de la ruptura brutal y sin explicaciones, ¿acaso había dejado el dolor de una existencia rota y aquella niña?…

Nunca lo había sabido. La mujer nunca le había escrito. Y de repente aquella carta surgía del pasado en las condiciones más turbadoras… Emocionado, se aproximó a la joven y le preguntó:

—¿Qué edad tiene usted, Antonine?

—Veintitrés años.

El marqués se dominó: las fechas coincidían. Repitió con voz sorda:

—¡Veintitrés años!

Para no volver a caer en silencio y para satisfacer los deseos de Thérèse, desvaneciendo las sospechas de la muchacha dijo:

—Yo fui el amigo de su madre, Antonine, y el amigo, el confidente del…

—No hablemos de esto, se lo ruego, señor.

—¿Acaso su madre guardó un mal recuerdo de aquella época?

—Mi madre guardaba silencio a este respecto.

—Sea. Una palabra, sin embargo: ¿ha sido la vida muy dura para ella?

La muchacha replicó con firmeza:

—Fue muy feliz, señor, y me dio todas las alegrías. Si yo vengo hoy a hablar con usted es porque no me entiendo con las personas que me habían recogido.

—Ya me contará usted eso más adelante, querida niña. Lo más urgente hoy es ocuparse de su porvenir. ¿Qué desea usted?

—No ser una carga para nadie.

—¿Y no depender de nadie?

—No le temo al tener que obedecer.

—¿Qué sabe usted hacer?

—Todo y nada.

—Es mucho y poco. ¿Quiere usted ser mi secretaria?

—¿No tiene usted un secretario?

—Sí, pero desconfío de él. Escucha a través de las puertas y husmea entre mis papeles. Usted ocupará su puesto.

—En absoluto, señor, yo no quiero ocupar el puesto de nadie.

—¡Diablos! Será difícil, pues, ocuparse de usted —dijo riendo el marqués d'Erlemont.

Sentados uno junto al otro, hablaron durante largo rato, él atento y afectuoso, ella distendida y con despreocupación, pero también con instantes de reserva que desconcertaban un poco al marqués puesto que no los comprendía. Por fin descubrió que la muchacha no tenía mucha prisa en empezar a trabajar y aquello le daba tiempo para conocerla mejor y reflexionar. Tenía que marcharse a la mañana siguiente en automóvil a un viaje de negocios. Después de lo cual pasaría una veintena de días en el extranjero. La muchacha aceptó acompañarle en su viaje en automóvil.

Antonine le dio, en un pedazo de papel, la dirección de la pensión familiar en la que tenía intención de hospedarse en París y ambos convinieron que a la mañana siguiente él iría a buscarla.

En la antesala, el marqués le besó la mano. Como por azar, Courville pasó por allí. El marqués dijo simplemente:

—Hasta pronto, querida niña. ¿Volverá usted a visitarme, no es verdad?

La muchacha recogió su maleta y descendió. Parecía contenta, alegre, a punto de cantar.

Lo que sucedió acto seguido fue tan imprevisto y tan rápido que Antonine sólo tuvo una serie de impresiones incoherentes que la aturdieron. En los últimos escalones del piso —la caja de la escalera estaba muy oscura— Antonine oyó un ruido de voces que discutían ante la puerta del entresuelo y alcanzó a entender algunas palabras.

—Usted se ha burlado de mí, caballero… el número 63 del *boulevard* Voltaire no existe.

—¡Imposible, señor inspector! El *boulevard* Voltaire existe, ¿no es verdad?

—Además, quisiera saber qué ha sucedido con un importante papel que traía en mi bolsillo cuando vine aquí.

—¿Una orden de arresto contra la señorita Clara?

La muchacha cometió la gran equivocación, al reconocer la voz del inspector Gorgeret, de lanzar un grito y de continuar su camino en lugar de volver a subir en silencio hasta el segundo piso. El inspector principal oyó el grito, se volvió, vio a la fugitiva e intentó saltar sobre ella.

Se lo impidieron dos manos que se agarraron a sus muñecas e intentaron arrastrarle hacia el vestíbulo. El inspector se resistió, seguro de sí, pues su estatura y su musculatura eran tan poderosas como las de su adversario inopinado. Sin embargo, experimentó el estupor no solamente de no poderse escapar, sino de verse obligado a la obediencia más pasiva. Protestaba enfurecido:

—¿Acaso pretende estropearme el negocio…?

—Pero es necesario que me siga —decía amablemente el señor Raoul—, la orden de arresto está en mi casa y usted me la ha reclamado…

—¡Me importa un bledo, la orden!

—¡A mí sí que me importa! ¡A mí sí! Tengo que devolvérsela. Usted me la ha reclamado.

—¡Pero, por el amor de Dios, mientras nosotros discutimos la pequeña se nos escapa!

—¿No está su amigo en la calle?

—Sí, pero es tan estúpido…

Súbitamente, el inspector se vio transportado al interior del vestíbulo y bloqueado por una puerta cerrada. Pataleaba de rabia y mascullaba espantosas imprecaciones. Golpeó la puerta y después la emprendió contra la cerradura. Pero ni la puerta cedió ni la cerradura, que parecía ser de un género especial y cuya llave giraba indefinidamente sin librar su secreto.

—Aquí está su orden de arresto, señor inspector principal —dijo Raoul.

Gorgeret estuvo a punto de agarrarlo por el cuello.

—Es usted un caradura. Esta orden estaba en el bolsillo de mi abrigo cuando vine aquí por primera vez.

—Seguramente se le cayó —formuló con calma Raoul—. La he encontrado aquí, en el suelo.

—¡Tonterías! En todo caso, no me negará usted que se ha burlado de mí con su famoso *boulevard* Voltaire y que cuando usted me ha enviado allá abajo, la pequeña no estaba lejos de aquí.

—Mucho más cerca, incluso.

—¿Cómo?

—Estaba en esta habitación.

—¿Qué dice usted?

—En este sillón que le da la espalda.

—¡Vaya por Dios…! Estaba en este sillón… ¿Cómo se atrevió usted…? ¿Está usted loco? ¿Quién le autorizó a…?

—Mi buen corazón —respondió Raoul con tono dulce—. Veamos, señor inspector, usted también es un hombre de honor. Quizá tenga usted mujer, hijos… ¿Habría usted entregado a esta hermosa rubia para que la pongan en prisión? En mi lugar usted habría actuado igual y me habría enviado a pasear por el *boulevard* Voltaire, confiéselo.

Gorgeret se ahogaba:

—¡Estaba aquí, la amante del gran Paul estaba aquí! ¡Es un feo asunto para usted, señor!

—Un feo asunto para mí si usted puede probar que la amante del gran Paul estaba aquí. Pero eso precisamente es lo que hay que demostrar.

—Pero puesto que usted lo confiesa…

—Así, los dos solos, sí. Pero si no, no lo reconoceré.

—Mi testimonio de inspector general…

—¡Vamos, hombre! No tendrá usted el valor de confesar que le han engañado como a un colegial.

Gorgeret estaba estupefacto. ¿Quién era aquel tipo que parecía divertirse provocándole? Sintió deseos de interrogarle y de pedirle su nombre y sus papeles. Pero se sentía dominado de una extraña manera por aquel singular personaje. Dijo simplemente:

—¿Así pues, usted es amigo de la amante del gran Paul?

—¿Yo? Sólo la he visto tres minutos.

—Entonces…

—Entonces me gusta.

—¿Y es ése un motivo suficiente?

—Sí. No me gusta que se moleste a la gente que me cae bien.

Gorgeret cerró el puño y lo blandió en dirección a Raoul quien, sin mostrar signo de emoción alguno, se dirigió hacia la puerta del vestíbulo e hizo funcionar la cerradura al primer intento, como si se tratara de la cerradura más complaciente del mundo.

El inspector se hundió el sombrero en la cabeza y salió con el pecho arqueado, el rostro crispado, como hombre que sabe esperar y encontrar la hora de la revancha.

Cinco minutos más tarde, después de haber comprobado por la ventana que Gorgeret y su colega se iban lentamente, lo que implicaba que la hermosa rubia no corría ningún peligro hasta nueva orden —después de haber llamado dulcemente en el techo—, Raoul introducía en su casa a Courville, secretario del marqués d’Erlemont interpelándole acto seguido:

—¿Has visto a una hermosa mujer rubia?

—Sí, señor. El marqués la ha recibido.

—¿Has escuchado?

—Sí.

—¿Y qué has oído?

—Nada.

—¡Idiota!

Raoul empleaba a menudo con respecto a Courville la misma expresión que Gorgeret usaba con Flamant. Pero su tono seguía siendo afable, matizado de simpatía. Courville era un *gentleman* venerable, con una barba blanca cuadrada y corbata blanca en forma de mariposa, siempre vestido con un redingote negro y con aire de magistrado de provincias o de jefe de ceremonias fúnebres. Se expresaba con una corrección perfecta, mesurado en las palabras y utilizaba una cierta pompa en la entonación.

—El señor marqués y la joven han hablado con una voz que el oído más fino no habría podido percibir.

—Viejo amigo, tienes una elocuencia de sacristán que me horroriza. Responde pero no hables.

Courville se inclinó como un hombre que considerase todas aquellas burlas como otras tantas señales de amistad.

—Señor Courville —continuó Raoul—, no tengo por costumbre recordar a la gente los servicios que les he prestado. Sin embargo, puedo decir que sin conocerte y debido a la excelente impresión que me hizo tu venerable barba blanca te salvé de la miseria, a ti y a tus ancianos padres, y te ofrecí a mi costa una situación de reposo y tranquilidad.

—Señor, mi gratitud hacia usted no tiene límites.

—Cállate. No hablo para que me respondas, sino porque tengo posibilidad de colocar un pequeño discurso. Prosigo. Empleado por mí en diversas tareas, tendrás que confesar lealmente que has actuado con una torpeza insigne y con una falta de inteligencia notoria. No me quejo de ello. Mi admiración por tu barba blanca y tu jeta perfecta de hombre honesto sigue siendo absoluta. Tan sólo constato. Así, por ejemplo, en el puesto en que te he colocado desde hace algunas semanas para proteger al marqués d'Erlemont de las intrigas que le amenazan, en este puesto en el que tu misión consistía simplemente en explorar los cajones secretos, en recoger los papeles equívocos y en escuchar las conversaciones, ¿qué has conseguido? Nada, nada en absoluto. Más que eso. Está fuera de duda que el marqués desconfía de ti y, además, cada vez que utilizas nuestra instalación telefónica particular eliges el momento en que duermo para revelarme increíbles naderías. En esas condiciones…

—En esas condiciones, me da usted mis ocho días —dijo Courville piadosamente.

—No, pero me encargo yo personalmente del asunto, y si así lo hago es porque en él está mezclada la más encantadora de las criaturas de cabellos de oro que jamás haya encontrado.

—¿Puedo recordarle, señor, la existencia de Su Majestad la reina Olga?

—¡Me importa un comino Su Majestad la reina de Borostiria! Nada cuenta ya para mí más que Antonine llamada Clara la Blonde. Todo tiene que funcionar como un reloj, tengo que saber qué pretende este señor Valthex, en qué consiste el secreto del marqués y por qué ha venido hoy, inesperadamente, la pretendida amante del gran Paul.

—¿La amante…?

—No intentes comprenderlo.

—¿Qué es lo que debo intentar comprender?

—La verdad sobre el papel exacto que representas a mi lado.

Courville murmuró:

—Preferiría no saber…

—La verdad nunca debe dar miedo —dijo Raoul severamente—. ¿Sabes quién soy?

—No.

—Arsenio Lupin, ladrón de guante blanco.

Courville no se movió. Quizá pensó que Raoul hubiera tenido que ahorrarle aquella revelación. Pero ninguna revelación, por dura que fuera para su probidad, no podía atenuar sus sentimientos de reconocimiento ni disminuir a sus ojos el prestigio de Raoul. Y Raoul prosiguió:

—Tienes que saber que me lancé en la aventura d'Erlemont como las otras veces… sin saber a dónde iba y sin conocer nada de los hechos, partiendo de un indicio cualquiera y, por lo demás, confiando en mi buena estrella y en mi olfato. Tuve oportunidad de saber, a través de mi servicio de información, que la ruina de un tal señor d'Erlemont, que vendía uno a uno sus castillos y sus posesiones de provincias, al igual que algunos de los libros más preciosos de su biblioteca, suscitaba en algunos medios de la nobleza una cierta sorpresa. En efecto, según mis investigaciones, el abuelo materno del señor d'Erlemont, viajero impenitente, especie de conquistador intrépido, poseedor de dominios inmensos en las Indias, con título y rango de *nabab*, había regresado a Francia con reputación de multimillonario. Murió acto seguido dejando todas sus riquezas a su hija, madre del actual marqués.

»¿Qué había sucedido con aquellas riquezas? Se podía suponer que Jean d'Erlemont las había dilapidado, a pesar de que su tren de vida había sido siempre muy razonable. Pero he aquí que el azar puso en mis manos un documento que parece dar otra explicación. Se trata de una carta, rota en sus tres cuartas partes, no muy reciente de aspecto y en la que, entre otros detalles secundarios, está escrito con la firma del marqués:

»“La misión que le he encargado no parece tener éxito. La herencia de mi abuelo sigue sin encontrarse. Le recuerdo las dos cláusulas de nuestro convenio. Discreción absoluta y una parte del diez por ciento para usted con máximo de un millón… Pero resulta que llamé a su agencia con la esperanza de un resultado rápido y el tiempo pasa…”.

»En este trozo de carta no hay ninguna fecha, ninguna dirección. Se trataba evidentemente de una agencia de información, pero ¿qué agencia? No he perdido un tiempo precioso en buscarla, pues he creído más eficaz colaborar con el marqués e instalarte en el terreno.

Courville se arriesgó a decir:

—¿No cree usted, señor, que hubiera sido más eficaz todavía, puesto que usted había decidido esta colaboración, hablar de ello al marqués y decirle que mediante el diez por ciento usted participaba en la búsqueda…?

Raoul le fulminó con la mirada:

—¡Idiota! Un asunto en el que se propone un millón de francos de honorarios a una agencia, tiene que ser del orden de los veinte o treinta millones. Yo sólo me muevo por ese precio.

—Sin embargo, su colaboración…

—Mi colaboración consiste en cogerlo todo.

—Pero el marqués…

—El marqués tendrá su diez por ciento. Se trata de una cifra inesperada para él, soltero y sin hijos. Sólo hace falta que yo mismo eche mano a la pasta. Conclusión: ¿Cuándo puedes introducirme en casa del marqués?

Courville pareció turbado y objetó con timidez:

—Eso es grave, señor. ¿No cree usted que por mi parte, con respecto al marqués…?

—Una traición… Sí, tienes razón. Pero ¿qué quieres, amigo mío? El destino te coloca cruelmente entre tu deber y tu reconocimiento, entre el marqués y Arsenio Lupin. Elige.

Courville cerró los ojos y respondió:

—Esta noche el marqués cena fuera de casa y no regresará hasta la una de la madrugada.

—¿Los criados?

—Viven en el piso superior, como yo mismo.

—Dame tu llave.

Nuevo debate de conciencia. Hasta aquel momento Courville había podido imaginarse que contribuía a asegurar la protección del marqués, pero entregar la llave de un apartamento, facilitar un robo, prestarse a un formidable engaño… La delicada alma de Courville dudaba.

Raoul tendió la mano. Courville entregó la llave.

—Gracias —dijo Raoul que se divertía diabólicamente jugando con los escrúpulos de Courville—. A las diez te encierras en tu habitación. En caso de que hubiera alarma entre los domésticos, bajas a avisarme. Pero es poco probable. Hasta mañana.

Una vez fuera Courville, Raoul se preparó para salir y cenar con la magnífica Olga. Pero se durmió y no se despertó hasta las diez y media. Saltó entonces al teléfono y pidió el Trocadéro Palace.

—Oiga… oiga… ¿El Trocadéro Palace…? Póngame con los aposentos de Su Majestad… Oiga, oiga… ¿Quién está al teléfono…? ¿La dactilógrafa…? ¿Eres tú, Julie…? ¿Cómo estás, querida? La reina me espera, ¿verdad? Que se ponga al teléfono. Vamos, vamos… no me molestes… Si te he puesto cerca de la reina no es para que refunfuñes… Vamos, deprisa, avísala (*un silencio y Raoul continúa*). Oiga, ¿eres tú, Olga? Resulta que mi cita se ha prolongado… por otra parte, estoy muy contento pues el negocio está resuelto… No, querrrrida, no es culpa mía… ¿Quieres que comamos juntos el vierrrrnes? Vendrrrré a buscarrrrte. ¿Verdad que no me guardas rencor? Ya sabes que tú eres lo primero… ¡ah, querrrrida Olga…!

V

Desvalijamiento

Para sus expediciones nocturnas, Arsenio Lupin no se pone nunca traje especial, color oscuro, gris. «Voy tal como soy, dice, con las manos en los bolsillos, sin armas, el corazón tan tranquilo como si fuera a comprar cigarrillos y la conciencia tan a gusto como si fuera a llevar a cabo una obra de caridad».

Como máximo algunas veces ejecuta unos ejercicios de ligereza, de dar saltos sin hacer ruido o de caminar entre tinieblas sin chocar contra los objetos. Fue lo que hizo aquella noche y con todo éxito. Todo iba bien. Se encontraba en forma y capaz, moral y físicamente, de enfrentarse a todas las eventualidades.

Comió unos cuantos pasteles secos, se tragó un vaso de agua y se dirigió a la caja de la escalera.

Eran las once y cuarto. No había luz alguna. Ningún ruido. Ni riesgo de encontrar inquilinos, puesto que no había; ni un doméstico, puesto que estaban acostados. Y Courville velaba en el piso de arriba. ¡Qué placer actuar en tales condiciones de seguridad! Ni siquiera existía el problema de romper una puerta o forzar una cerradura: poseía una llave. Ni tan sólo el problema de orientarse: poseía un plano.

Entró, pues, como en su casa, y como en su casa después de haber seguido el corredor que conducía al gabinete de trabajo, encendió la luz eléctrica de dicha habitación. Sólo se trabaja bien a plena luz.

Un gran espejo situado entre las dos ventanas le devolvió su imagen, que avanzaba hacia él. Se saludó y se hizo a sí mismo reverencias con aquel espíritu fantasioso que le hacía capaz de hacer comedia tanto para él como para los otros.

Después se sentó y miró. No se debe perder el tiempo dando vueltas como un estornino, vaciando febrilmente los cajones y trastocando una biblioteca. Hay que reflexionar, escrutar con la mirada ante todo, establecer las justas proporciones, analizar las capacidades, medir las dimensiones. Tal mueble no debería, normalmente, tener tales líneas. Aquel sillón tiene un extraño aspecto. Los escondrijos escapan a un Courville: para un Lupin no hay secretos.

Al cabo de diez minutos de contemplación atenta, se fue directo al secreter, se arrodilló, palpó la madera satinada y estudió los tiradores de cobre. Después se levantó, esbozó algunos gestos de prestidigitador, abrió un cajón, lo retiró por completo, apretó uno de los lados, empujó el otro, pronunció unas palabras y chasqueó la lengua.

Se produjo un movimiento. Del interior surgió un segundo cajón.

Chasqueó nuevamente la lengua, pensando: «¡Diablos! Cuando yo me pongo manos a la obra… Y pensar que este torpe de la barba blanca no ha descubierto nada

en cuarenta días cuando a mí me han bastado cuarenta segundos… ¡Soy un tipo extraordinario!».

Pero todavía hacía falta que su descubrimiento tuviera un significado y un resultado. En el fondo, lo que esperaba era encontrar la carta que Antonine había llevado al marqués. Enseguida se dio cuenta de que no estaba allí.

Primeramente, dentro de un gran sobre amarillo, encontró una decena de billetes de mil francos. Aquello era sagrado. No se pispa el dinero suelto de un vecino, de un propietario, de un representante de la vieja nobleza francesa. Colocó el sobre en su sitio con un gesto de asco.

En cuanto al resto, un examen sumario le permitió constatar que allí no había más que cartas y retratos, cartas de mujeres, retratos de mujeres. Recuerdos, evidentemente. Reliquias de un hombre conquistador que no ha podido decidirse a quemar las huellas de un pasado que representa para él toda la felicidad y todo el amor.

¿Las cartas? Sería necesario leerlas todas y buscar en cada una lo que pudiera tener un interés. Trabajo considerable y quizá inútil y que, por otra parte, tenía algunos escrúpulos para emprenderlo. El enamorado, el conquistador que también él era, se jactaba de demasiada delicadeza para entrar brutalmente en la intimidad de estas confidencias y de estas confesiones de mujeres.

Pero ¿cómo no tener valor para contemplar las fotografías? Había casi un centenar. Aventuras de un día o de un año… pruebas de ternura o de pasión… Todas eran hermosas, graciosas, amantes, cariñosas, con ojos prometedores, actitudes abandonadas, sonrisas que recordaban la tristeza, la angustia en ocasiones. Había nombres, fechas, dedicatorias, alusiones a algún episodio de la relación. Grandes damas, artistas, coristas, surgían de este modo de las sombras, desconocidas entre sí y sin embargo tan próximas unas de otras por el recuerdo común de aquel hombre.

Raoul no las examinó a todas. En el fondo del cajón, una fotografía de tamaño mayor que adivinó bajo la doble hoja de papel que la protegía atrajo especialmente su atención. La cogió en el acto, separó ambas hojas y miró.

Raoul quedó estupefacto. Aquella verdaderamente era la más hermosa, de una belleza extraordinaria en la que había todo aquello que presta en ocasiones —muy raramente— a la belleza un relieve particular y una expresión personal. Los hombros desnudos eran magníficos. La estatura, el porte de la cabeza daban a entender que aquella mujer sabía mantenerse en público y quizá aparecer en público.

«Una artista, evidentemente», concluyó Raoul.

Sus ojos no se apartaban del retrato. Volvió la fotografía con la esperanza de encontrar una inscripción, un nombre. Y acto seguido se estremeció. Lo que le había sorprendido era una amplia firma que partía el cartón de través: Elisabeth Hornain, con estas palabras debajo: «A ti, hasta más allá de la muerte».

¡Elisabeth Hornain! Raoul estaba demasiado al corriente de la vida mundana y artística de su época para ignorar el nombre de la gran cantante, y si no recordaba el

detalle preciso de un suceso que había tenido lugar quince años antes, no por ello ignoraba que la hermosa mujer había sucumbido como consecuencia de una herida misteriosa recibida en un parque en el que cantaba al aire libre.

Así pues, Elisabeth Hornain se contaba entre las amantes y la manera en que el marqués conservaba su fotografía y la tenía separada de las otras demostraba el lugar que había ocupado en su vida.

Entre las dos hojas de papel, por otra parte, había además, un pequeño sobre sin cerrar que examinó y cuyo contenido le sorprendió todavía más. Tres cosas: un bucle de cabellos, una carta de diez líneas en la que la cantante hacía al marqués su primera confesión de amor y le otorgaba una primera cita, y un retrato de la mujer con este nombre que intrigó a Raoul: Elisabeth Valthex.

En este retrato era muy joven y el nombre de Valthex sería ciertamente el de Elisabeth antes de su boda con el banquero Hornain. Las fechas no dejaban lugar a dudas.

«De manera que —pensó Raoul— el Valthex actual, a quien se le pueden hacer unos treinta años, sería un sobrino o primo de Elisabeth Hornain, y es por ello que dicho Valthex está en relaciones con el marqués d’Erlemont y le saca dinero sin que el marqués tenga el valor de negarse a ello. ¿Su papel se limita al de “sablista”? ¿Obedece a otras razones? ¿Persigue, con mayores elementos de éxito, el mismo fin que yo persigo a ciegas? Misterio. Pero, en todo caso, este misterio tengo que aclararlo puesto que estoy en el centro de la partida que se está jugando».

Reanudó sus investigaciones y volvió a tomar los otros retratos hasta que se produjo un hecho que le interrumpió. En alguna parte se oyó un ruido.

Escuchó. El ruido era el de un ligero roce que cualquier otro que no fuera Raoul no hubiera oído. Le pareció que provenía de la puerta de la entrada principal. Alguien había introducido una llave. La llave giró, la puerta fue empujada suavemente. Unos pasos, apenas perceptibles, recorrieron el pasillo que conducía al gabinete de trabajo.

En cinco segundos Raoul reemplazó los cajones y apagó la luz. Después se disimuló detrás de un biombo que desplegaba sus cuatro hojas de laca.

Tales alarmas constituían una alegría para él. De entrada la alegría del peligro corrido. Después un elemento nuevo de interés con la esperanza de sorprender alguna cosa que le fuera de provecho, ya que si una persona extraña penetraba furtivamente en casa del marqués y él podía enterarse de las razones de aquella visita nocturna, era una suerte.

Una mano prudente agarró el pomo de la puerta. Ningún ruido señaló el empuje progresivo del batiente, pero Raoul adivinó su insensible movimiento. En medio de la oscuridad brilló el haz de una lámpara eléctrica.

A través de una de las ranuras del biombo, Raoul vio la forma que avanzaba. Raoul tuvo la impresión más que la certeza de que se trataba de una mujer, delgada, con una falda ceñida. No llevaba sombrero. Esta impresión se la confirmó la manera de avanzar y la imagen poco precisa de la silueta. La mujer se detuvo, volvió la

cabeza de izquierda a derecha como si se orientara. Se dirigió sin vacilar hacia el secreter, sobre el que paseó el haz luminoso y sobre el que, una vez explorado, dejó la lámpara.

«No hay lugar a dudas de que conoce el escondrijo, pensó Raoul. Actúa como una persona que estuviera en el secreto».

De hecho —y durante todo aquel tiempo el rostro permaneció en la sombra— rodeó el secreter, se inclinó, retiró el cajón principal, maniobró como era debido e hizo salir el cajón interior. Entonces actuó exactamente como había hecho Raoul. Dejó de lado los billetes de banco y se puso a examinar las fotografías como si se tratara de descubrir especialmente una entre las restantes.

La muchacha iba deprisa, no le incitaba ninguna curiosidad. Buscaba con mano febril, una mano cuya blancura y fineza Raoul percibió.

La muchacha encontró lo que buscaba. Por lo que él pudo juzgar, se trataba de una fotografía de tamaño intermedio, un 13-18. La contempló largo rato, dio la vuelta a la cartulina, leyó la inscripción y dejó escapar un suspiro.

Estaba tan absorta que Raoul decidió aprovecharse de ello. Sin que ella oyera nada ni pudiera verle, se aproximó al conmutador, observó la silueta inclinada y, de repente, encendió la luz. Después, rápidamente, corrió hacia la mujer, que había lanzado un grito de temor y huía.

—No te vayas, preciosa. No te haré ningún daño.

La alcanzó, la cogió por el brazo y, a pesar de su resistencia, le hizo volver la cara.

—¡Antonine! —murmuró estupefacto, reconociendo a su involuntaria visitante del mediodía.

Raoul no había sospechado la verdad ni por un momento. ¡Antonine, la pequeña provinciana cuyo aspecto ingenuo y ojos cándidos le habían conquistado! La muchacha permanecía frente a él asustada, con el rostro crispado. Aquel giro imprevisto de los acontecimientos le turbó hasta el punto que Raoul se puso a refunfuñar:

—Así pues, ésta es la razón de su visita al marqués este mediodía. Vino usted para reconocer el terreno… y después, esta noche…

La muchacha parecía no comprender nada y balbuceó:

—No he robado nada… ni siquiera he tomado los billetes…

—Yo tampoco… con todo, no hemos venido aquí para pasearnos por las habitaciones.

Raoul la tenía cogida por el brazo. La muchacha intentó soltarse mientras gemía:

—¿Quién es usted? No le conozco…

Él se echó a reír.

—¡Ah!, no es muy amable de su parte. ¡Cómo!, después de nuestra entrevista de esta mañana en mi apartamento, ¿me pregunta usted quién soy? ¡Qué falta de memoria! Yo que creía haberla impresionado tanto, Antonine.

Ásperamente, la muchacha replicó:

—No me llamo Antonine.

—¡Diantre! Tampoco yo me llamo Raoul. En nuestro oficio se tienen nombres a docenas.

—¿Qué oficio?

—¡El robo!

La muchacha se rebeló:

—¡No soy una ladrona!

—¡Demonio! Si roba usted una fotografía y desprecia el dinero, lo único que demuestra es que esa fotografía tiene para usted un valor y que el único modo de apoderarse de ella era actuando como una rata de hotel… Enséñeme esta preciosa fotografía que se ha metido usted en el bolsillo cuando me ha visto.

Raoul intentó forzarla. La muchacha se debatió entre aquellos brazos fuertes que la ceñían y, excitándose con la lucha, Raoul la hubiera besado si ella no hubiera logrado deshacerse de su abrazo.

—¡Por Dios! —exclamó Raoul—. ¿Quién hubiera supuesto tanto pudor en la amante del gran Paul?

La muchacha pareció trastornada y tartamudeó:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que dice usted? ¿El gran Paul? ¿Quién es? No entiendo lo que quiere decir.

—Pues claro que sí —dijo tuteándola—, lo sabes perfectamente, querida Clara.

La muchacha repitió, cada vez más turbada:

—¿Clara? ¿Clara? ¿Quién es?

—Acuérdate… Clara la Blonde.

—¿Clara la Blonde?

—Cuando Gorgeret ha estado a punto de ponerte la mano encima hace un rato no estabas tan emocionada. Vamos, recupérate, Antonine o Clara. Si esta mañana te he sacado dos veces de entre las garras de la policía es porque no soy tu enemigo… Una sonrisa, hermosa… Tu sonrisa es tan embriagadora…

Una crisis de debilidad la deprimió. Las lágrimas resbalaron sobre sus pálidas mejillas y no tenía fuerza para rechazar a Raoul, que le había vuelto a tomar las manos y las acariciaba con una dulzura amical que no asustaba a la muchacha.

—Cálmate, Antonine… Sí, Antonine… Me gusta más este nombre… Si has sido Clara para el gran Paul, para mí tu nombre será el que me has dado cuando te he visto llegar con aspecto de provinciana. Te prefiero así, pero no llores… todo se arreglará. El gran Paul te persigue sin duda, ¿no es cierto? Y te busca… y tú tienes miedo… No tengas miedo, estoy aquí… sólo tienes que contármelo todo.

La muchacha murmuró desfalleciente:

—No tengo nada que contar… no puedo contar nada.

—Habla, pequeña.

—No, yo no le conozco.

—No me conoces y, sin embargo, tienes confianza en mí, confiésalo.

—Quizá… No sé por qué… Me parece…

—Te parece que te puedo proteger, ¿no es cierto? Hacerte bien. Pero para ello hará falta que me ayudes. ¿Cómo conociste al gran Paul? ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué buscabas este retrato?

Ella dijo con voz muy baja:

—Se lo suplico, no me interrogue… un día u otro se lo diré.

—Es ahora que tienes que hablar… Un día perdido, una hora, es mucho tiempo.

Raoul continuaba acariciándola sin que ella hiciera ningún gesto para evitarlo. Sin embargo, cuando le besó la mano y sus labios subieron a lo largo del brazo, la muchacha imploró con tanta laxitud que Raoul no insistió y dejó de tutearla.

—Permítame… —dijo.

—¿Volverme a ver? Se lo prometo.

—¿Y confiar en mí?

—Sí.

—¿Puedo serle útil en la espera?

—Sí —dijo ella vivamente—, acompáñeme usted.

—¿Teme usted algo?

Raoul la sintió temblar mientras decía sordamente:

—Al entrar esta noche he tenido la impresión de que vigilaban la casa.

—¿La policía?

—No.

—¿Quién?

—El gran Paul… los amigos del gran Paul.

Pronunció aquel nombre con terror.

—¿Está usted segura?

—No… pero me ha parecido reconocerle. Estaba bastante lejos, contra el parapeto del muelle. He reconocido también a su cómplice principal, uno a quien llaman el Árabe.

—¿Cuánto tiempo hace que no había visto usted al gran Paul?

—Varias semanas.

—Así es que no podía saber que usted venía aquí esta noche.

—No.

—¿Qué hacía entonces aquí?

—También él ronda esta casa.

—Es decir, ¿ronda al marqués…? ¿Por las mismas razones que usted?

—No lo sé… Una vez dijo delante de mí que quería verle muerto.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Conoce usted a sus cómplices?

—Sólo al Árabe.

—¿Dónde se encuentran?

—Lo ignoro. Quizá en un bar de Montmartre cuyo nombre un día oí que pronunciaban.

—¿Se acuerda usted?

—Sí… Les Écrevisses.

Raoul no preguntó nada más. Intuyó que la muchacha no respondería nada más aquel día.

VI

Primer choque

—Vamos —dijo Raoul—, y suceda lo que suceda, no tenga miedo. Yo respondo de todo.

Examinó si todo estaba en orden. Después apagó la luz y, tomando la mano de Antonine con el fin de conducirla en la oscuridad, se dirigió hacia la entrada, cerró suavemente la puerta a su espalda y descendió la escalera con ella.

Estaba deseoso de verse fuera y temía que la muchacha se hubiera equivocado, tal era su deseo de luchar y de atacar a los que la perseguían. Sin embargo, aquella manita que tenía en la suya estaba tan fría que prefirió detenerse para estrechársela con fuerza.

—Si me conociera usted un poco mejor, sabría que estando a mi lado no hay peligro alguno. No se mueva usted. Cuando su mano esté caliente, verá usted cómo está más tranquila y llena de ánimo.

Permanecieron así inmóviles, con las manos juntas. Después de unos minutos de silencio, la muchacha dijo ya tranquilizada:

—Vámonos.

Raoul llamó a la puerta de la portera y le pidió que le abriera. Salieron.

La noche era brumosa y las luces se hacían difusas en la sombra. Había pocos transeúntes en aquella hora. Pero de repente, con su rapidez de apreciación, Raoul percibió dos siluetas que cruzaban la calzada y se deslizaban hacia la acera al abrigo de un coche estacionado cerca del cual dos siluetas más parecían esperar. Estuvo a punto de arrastrar a la muchacha en dirección opuesta, pero cambió de opinión pues la ocasión era estupenda. Por otra parte, los cuatro hombres se habían separado con viveza y maniobraban con el fin de rodearles.

—Seguramente son ellos —dijo Antonine, asustada de nuevo.

—¿El gran Paul es el más alto?

—Sí.

—Tanto mejor —dijo Raoul—, tendremos una explicación.

—¿No tiene usted miedo?

—No, si usted no grita.

En aquel momento el muelle estaba desierto por completo. El hombre alto lo aprovechó. Uno de sus amigos y él se dirigieron hacia la acera. Los otros dos se quedaron inmóviles… El motor del coche ronroneó, accionado sin duda por un chófer invisible y que preparaba la huida.

Y de repente, sonó un ligero silbido.

Lo que siguió fue brusco, tres de los hombres se precipitaron sobre la muchacha e

intentaron arrastrarla al coche. El que era conocido con el nombre de gran Paul se enfrentó a Raoul poniéndole su revólver bajo la nariz.

Antes de que pudiera disparar, Raoul, de un revés con la mano sobre el puño del gran Paul, le desarmó murmurando:

—¡Idiota! Primero se dispara y luego se apunta.

Alcanzó a los otros tres bandidos. Uno de ellos se volvió sobre la acera justo a tiempo para recibir en el mentón un violento puntapié que le hizo vacilar y derrumbarse como un saco.

Los otros dos cómplices no esperaron su turno. Lanzándose dentro del coche, huyeron. Antonine, liberada, huyó hacia la dirección opuesta perseguida por el gran Paul, que se estrelló de repente contra Raoul.

—Prohibido el paso —dijo Raoul—. Deja que se vaya la rubita, muchacho. Ésta es una vieja historia que tienes que olvidar, mi pequeño gran Paul.

El gran Paul intentaba, a pesar de todo, pasar y encontrar una salida a derecha o a izquierda de su adversario. Aunque éste se encontraba siempre frente a él, intentaba pasar, rechazando el combate.

—¿Pasarás o no pasarás? Es divertido, ¿verdad?, jugar como niños. Hay un muchachito que quiere correr y otro más pequeñito que no le deja pasar, y mientras tanto, la señorita rubia huye… Bien, ya está. Se acabó el peligro para ella. Ahora empieza la batalla de verdad. ¿Estás a punto, gran Paul?

De un salto se lanzó sobre su enemigo, le cogió el antebrazo y le inmovilizó instantáneamente frente a él.

—¡Crac! Es igual que unas esposas, ¿verdad? Los de tu banda no son de lo mejorcito. Más bien diría que son todos unos cobardes. Basta con pegar un trompazo y todos toman las de Villadiego. Pero, ven conmigo. Tengo que ver tu rostro a plena luz.

El otro se debatía, estupefacto de su debilidad y de su impotencia. A pesar de todos sus esfuerzos no conseguía desembarazarse de aquellas dos tenazas que le encadenaban como anillos de hierro, y que le causaban tanto daño que apenas podía tenerse en pie.

—Vamos, vamos, enseña tu jeta al señor… y nada de muecas, que vea si te conozco… No refunfuñes. ¿No quieres moverte?

Le hizo girar suavemente como una masa demasiado pesada pero que se desplaza a pequeñas sacudidas. De este modo, lo quisiera o no el gran Paul, giró hacia el lado en que caía de lleno la luz eléctrica de un farol.

Un esfuerzo todavía y Raoul consiguió su objetivo. Al ver el rostro del hombre exclamó con sorpresa:

—¡Valthex!

Y repitió, echándose a reír a grandes carcajadas:

—¡Valthex!… Valthex… Pues, la verdad, ya me lo esperaba… ¿Así que Valthex es el gran Paul y que el gran Paul es Valthex? Valthex lleva una chaqueta de buen

corte y un sombrero hongo. El gran Paul, unos pantalones de pana y una gorra. ¡Qué divertido resulta! Cultivas al marqués y eres al mismo tiempo jefe de una banda.

Furioso, el gran Paul gruñó:

—También yo te conozco. Tú eres el tipo del entresuelo.

—Pues claro que sí… Raoul, para servirte. Y aquí estamos los dos metidos en el mismo asunto. Tienes muy mala suerte, sin contar que de ahora en adelante me reservo para mí a Clara la Blonde.

El nombre de Clara sacó al gran Paul de sus casillas.

—¡Te lo prohíbo!

—¿Tú me lo prohíbes? ¿Te has visto, amigo mío? Si se piensa que me llevas media cabeza y que debes practicar todos los trucos del boxeo y del cuchillo, no se comprende cómo puedes estar entre mis pinzas absolutamente fuera de combate. Vamos, anímate, hombre. Me das lástima.

Le dejó. El gran Paul gruñó amenazadoramente:

—¡Cerdo, ya nos encontraremos!

—¿Por qué quieres encontrarme si estoy aquí? Vamos, atrévete.

—Si has tocado a la pequeña…

—Eso es cosa hecha, amiguito. Ella y yo somos camaradas.

Exasperado, el gran Paul gritó:

—¡Mientes! No es cierto.

—Y sólo hemos empezado. La continuación en el próximo número. Ya te avisaré.

Se midieron dispuestos a la pelea, pero sin duda el gran Paul creyó más prudente esperar una mejor ocasión ya que escupió algunas injurias, a las que Raoul contestó con una carcajada, y se marchó con una última amenaza:

—¡Conseguiré tu piel!

—Cuando quieras. Hasta pronto, muchacho.

Raoul le miró mientras se alejaba. El otro cojeaba, lo que debía ser una superchería del gran Paul ya que Valthex no lo hacía.

«Tendré que desconfiar de este tipo —se dijo para sí Raoul—. Es de esos que preparan sus malos golpes. Gorgeret y Valthex… Tendré que abrir bien los ojos».

Raoul, de regreso a su casa, se sorprendió de ver sentado en la puerta cochera a un hombre en el que creyó reconocer al tipo que había dejado fuera de combate de una patada en la barbilla. El hombre, en efecto, había recuperado el conocimiento pero, débil todavía, descansaba en el dintel de la puerta.

Raoul lo examinó. Tenía la cara curtida, largos cabellos ligeramente encrespados que se escapaban de su gorra y un cierto aire africano. Raoul le dijo:

—Dos palabras, compañero. Seguramente, tú eres el tipo a quien llaman el Árabe en la banda del gran Paul. ¿Quieres ganarte un billete de mil francos?

Con cierta dificultad, pues tenía la mandíbula dolorida, el hombre respondió:

—Si es para traicionar al gran Paul, no hay nada que hacer.

—¿Así que eres fiel, tú? No, no se trata de nada de eso sino de Clara la Blonde.

¿Sabes dónde para?

—No. Y el gran Paul tampoco.

—Entonces, ¿a qué viene ese acecho ante la casa del marqués?

—Porque la muchacha vino antes.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—He sido yo. Seguía al inspector Gorgeret. Le he visto operar en la estación de Saint-Lazare mientras esperaba la llegada de un tren. Se trataba de la muchacha que volvía a París disfrazada de chica de provincias. Gorgeret oyó la dirección que daba al chófer. Yo oí la dirección que Gorgeret daba a otro chófer, y entonces vinimos para acá. Después fui corriendo a buscar al gran Paul. Nos hemos pasado toda la tarde montando guardia.

—¿Así pues, el gran Paul sospechaba que la muchacha regresaría?

—Probablemente. Nunca me dice nada de sus asuntos. Cada día, a la misma hora, tenemos cita en un bar. Allí me da las órdenes, que yo paso a los compañeros y que ejecutamos.

—Mil francos más si me dices más cosas.

—No sé nada.

—Mientes. Sabes que su verdadero nombre es Valthex y que lleva una doble vida. Por lo tanto, estoy seguro de encontrarle en casa del marqués y puedo denunciarle a la policía.

—También él sabe dónde encontrarle a usted. Sabemos que vive en el entresuelo y que la muchacha ha ido a visitarle. El juego es peligroso.

—Nada tengo que ocultar.

—Mejor para usted. El gran Paul es rencoroso y está chiflado por la pequeña. Desconfíe usted de él y que desconfíe también el marqués. El gran Paul tiene malas ideas a su respecto.

—¿Cuáles?

—He hablado demasiado.

—De acuerdo. Aquí tienes tus dos billetes, y veinte francos más para coger un taxi.

Raoul tardó en dormirse. Reflexionaba sobre los acontecimientos de la jornada y se complacía en evocar la seductora imagen de la hermosa rubia. De todos los enigmas que complicaban la aventura en la que estaba implicado, el de la muchacha era el más cautivador e inaccesible. ¿Antonine?… ¿Clara?… ¿Cuál de aquellos dos rostros constituía la verdadera personalidad del ser encantador que había encontrado? Tenía a la vez la sonrisa más franca y la más misteriosa, la mirada más cándida y los ojos más voluptuosos, el aspecto más ingenuo y el aire más inquietante. Sorprendía por su melancolía y por su alegría. Tanto sus lágrimas como su sonrisa provenían de un mismo manantial, fresco y claro en ocasiones, y en otras oscuro y turbador.

A la mañana siguiente llamó al secretario Courville:

—¿El marqués?

—Esta mañana ha salido a primera hora, señor. El ayuda de cámara le ha preparado el coche y ha marchado con dos maletas de equipaje.

—¿Una ausencia?

—De algunos días, me ha dicho; y en compañía, me parece, de la joven rubia.

—¿Te ha dado alguna dirección?

—No, señor. Siempre es muy misterioso y se las arregla para que yo no sepa nunca a dónde va. Eso le resulta muy fácil porque, *primo*, conduce él mismo, *secondo*…

—Porque tú eres un estúpido. En vista de ello, decido abandonar el entresuelo. Tú mismo te encargarás de retirar la instalación telefónica particular y todo lo que pueda ser comprometedor. Después de lo cual, haremos la mudanza lo más secretamente posible. Adiós. No tendrás noticias mías hasta dentro de tres o cuatro días. Tengo trabajo… ¡Ah!, una palabra todavía: ¡Atención a Gorgeret! Podría muy bien vigilar la casa. Desconfía de él. Es un bruto y un vanidoso, pero es muy terco y a veces tiene destellos de inteligencia…

VII

Castillo en venta

El castillo de Volnic había conservado su aspecto de palacio con torres y con techo de tejas rojizas. Pero algunos de los postigos pendían de las ventanas, demolidos y lamentables, faltaban muchas tejas, la mayoría de las avenidas estaban invadidas por hierbajos y ortigas, y la masa de las ruinas desaparecía bajo una aglomeración de hiedra que cubría el granito con sus hojas e incluso cambiaba la forma de las torres medio derruidas.

En particular, el terraplén de la capilla en donde había cantado Elisabeth Hornain ya no se distinguía en medio de las ondulaciones de verdor.

Fuera, sobre los muros de la torre de entrada, a ambos lados de la puerta maciza por la que se entraba en el patio de honor, grandes carteles anunciaban la venta del castillo y daban los detalles de las habitaciones, dependencias, granjas y terrenos que formaban la posesión.

Desde hacía tres meses, estos anuncios estaban colgados en los muros y habían aparecido en los periódicos de la región gacetillas al respecto. Las puertas del castillo estaban abiertas a horas fijas para permitir a los eventuales compradores la visita del lugar y la viuda Lebardon había contratado a un hombre del lugar para deslindar y limpiar la terraza y para desbrozar el camino que subía hasta las ruinas. Habían acudido muchos curiosos que recordaban el drama. Pero la viuda Lebardon, al igual que el joven notario hijo y sucesor de Audigat, seguía fiel a la consigna de silencio que antaño se les impusiera. ¿Quién había comprado hacía tiempo el castillo para revenderlo ahora? Se ignoraba.

Aquella mañana —la tercera desde el momento en que d'Erlemont saliera de París— los postigos que cerraban una de las ventanas del primer piso fueron abiertos de golpe y apareció la rubia cabeza de Antonine, una Antonine primaveral, vestida con su traje gris y tocada con una pamela de paja que le caía en aureola sobre los hombros, sonriente al sol de junio, a los árboles verdes, a los hierbajos sin cultivar, al cielo tan azul. Llamó:

—¡Padrino…!, ¡padrino!

La muchacha descubrió al marqués d'Erlemont que fumaba su pipa a veinte pasos de la planta baja, sentado en un viejo banco, protegido del sol por un grupo de tuyas.

—¡Ah! ¿Ya te has despertado? —dijo alegremente el marqués—. Son sólo las diez de la mañana.

—Duermo tanto, aquí… Mire usted lo que he encontrado en un armario, padrino… Un viejo sombrero de paja.

La muchacha entró en su habitación, descendió la escalera de cuatro en cuatro,

franqueó la terraza y se aproximó al marqués, a quien ofreció la frente.

—¡Dios mío, padrino…! Si es que quiere usted que le siga llamando padrino… ¡Qué feliz soy…! ¡Todo es tan hermoso! Y usted es tan bueno conmigo. Parece que vivo un cuento de hadas.

—Lo mereces, Antonine… Según lo poco que me has contado de tu vida. Y digo lo poco, porque parece que no te gusta mucho hablar de ti misma.

Una nube ensombreció el claro rostro de la muchacha. Dijo:

—No tiene ningún interés. Sólo cuenta el presente. ¡Y si este presente pudiera durar!

—¿Por qué no?

—¿Por qué? Porque el castillo será vendido esta mañana y mañana estaremos en París. ¡Qué lástima! ¡Se respira tan bien aquí! ¡El corazón se llena de alegría y los ojos también!

El marqués guardó silencio. La muchacha acarició con su mano la del hombre y dijo con ternura:

—¿Es necesario que lo venda usted, verdad?

—Sí —repuso el marqués—. ¿Qué quieres? Desde que lo compré a mis amigos Jouvel no he venido más de diez veces, y siempre con prisas, sin pasar más de veinticuatro horas seguidas aquí. Como que necesito dinero, me he decidido, y a menos de que se produzca un milagro… —y añadió sonriendo—: Por otra parte, puesto que te gusta esta región, ya encontraremos un medio para que puedas vivir aquí.

La muchacha le miró sin comprender. D’Erlemont se puso a reír:

—Desde anteayer, me parece que el notario Audigat, hijo y sucesor de su difunto padre, multiplica sus visitas. ¡Oh, ya sé! No es muy atractivo pero, a pesar de todo, siente una tan fuerte pasión por mi ahijada…

Antonine enrojeció.

—No diga usted eso, padrino. Ni tan sólo me he fijado en el señor Audigat… y la razón por la cual este castillo me gusta tanto es porque usted está conmigo.

—¿Es verdad eso?

—Absolutamente cierto, padrino.

El hombre pareció emocionado. Desde el primer momento, aquella muchacha, que él sabía que era su hija, había enternecido su corazón endurecido de viejo solterón y la gracia y profunda ingenuidad que notaba en ella le habían turbado. También se sentía atraído por la especie de misterio que la envolvía, con aquella reticencia continua sobre los hechos de su pasado. En algunas ocasiones se abandonaba llena de manifestaciones que parecían provenir de una naturaleza expansiva, ocasiones que se prodigaban cuando estaba con él, pero acto seguido se dominaba y caía en una reserva desconcertante que la hacía aparecer indiferente e incluso hostil a las atenciones de aquel a quien había llamado tan espontáneamente padrino.

Y cosa rara, desde su llegada al castillo, el hombre producía esta misma impresión, un poco contradictoria, a la muchacha.

En realidad, fueran cuales fueran la simpatía y el deseo de afecto que les empujaba el uno hacia el otro, no podían, en tan poco tiempo, romper todos los obstáculos que se interponían entre ambos. Jean d'Erlemont intentaba a menudo comprenderla y la miraba diciéndose a sí mismo: «¡Cómo te pareces a tu madre! En ti veo la misma sonrisa que transforma el rostro».

A la muchacha no le gustaba que el marqués hablara de su madre y le respondía siempre con evasivas nuevas preguntas. De este modo, d'Erlemont se vio obligado a contar brevemente a la muchacha el drama del castillo y la muerte de Elisabeth Hornain, lo que la apasionó.

Almorzaron servidos por la viuda Lebardon.

A las dos, el notario, señor Audigat, vino a tomar el café y a velar por los preparativos de la venta por subasta que se debía de efectuar a las cuatro, en uno de los salones abiertos para tal circunstancia. Era un joven pálido, de aspecto desagradable, tímido y engolado, que lanzaba con descuido en medio de la conversación alejandrinos que él mismo fabricaba para este efecto, añadiendo: «Como dice el poeta».

Y lanzaba una ojeada a la muchacha para ver el efecto que sus palabras producían.

Después de un largo y paciente esfuerzo, aquella estupidez indefinidamente repetida, cansó tanto a Antonine que dejó a los dos hombres solos y salió al parque.

Ante la proximidad de la hora fijada para la venta, el patio principal se había llenado de gente que, rodeando una de las salas del castillo, empezaba a formar grupos en la terraza y ante el jardín inglés. Se trataba en su mayoría de ricos campesinos, de burgueses de pequeñas ciudades vecinas y de algunos gentilhombres de la región. Y, sobre todo, habían acudido curiosos entre los cuales habría media docena de compradores eventuales según las previsiones del notario Audigat.

Antonine encontró algunas personas que aprovechaban la ocasión para visitar las ruinas que desde hacía tanto tiempo estaban cerradas a los turistas. Ella se paseó también por allí como una visitante más, atraída por el grandioso espectáculo. Pero cuando el tintineo de una campana reunió a la gente en el patio del castillo, la muchacha permaneció sola y se aventuró por los caminos que todavía no habían sido desbrozados de hierbajos y plantas silvestres.

Se adentró incluso por la maleza, alcanzando así el terraplén que rodeaba la pequeña loma en la que, quince años antes, se había producido el drama. Si no hubiera sido que el marqués le había revelado todas las circunstancias de la tragedia, la muchacha no habría podido encontrar el emplazamiento exacto entre aquella inextricable maleza.

Antonine alcanzó la loma a duras penas y, súbitamente, al llegar a un espacio más libre, se detuvo en seco ahogando un grito. A diez pasos, también parado en seco con

un movimiento de sorpresa, apareció la silueta del hombre a quien no había podido olvidar en los cuatro días de intervalo que habían transcurrido. Era de estatura poderosa, de enormes espaldas y áspero rostro.

Era el inspector Gorgeret.

Aunque lo había visto fugazmente, Antonine no se equivocó: era él. Era el policía, cuya ruda voz había escuchado y que la había seguido en la estación manifestando su deseo de atraparla.

El duro rostro del policía dibujó una expresión bárbara. Una carcajada maligna torció su boca y gruñó:

—¡A esto se le llama suerte! La rubita que se me escapó en tres ocasiones el otro día… ¿Qué está haciendo por aquí? ¿También usted se interesa en la venta del castillo?

Dio un paso hacia adelante. Asustada, Antonine hubiera querido huir pero, además de que no tenía fuerzas para ello, ¿cómo lo hubiera podido hacer, acorralada por los obstáculos que le impedían correr?

El inspector avanzó otro paso burlándose de la muchacha:

—No tienes escapatoria. Estás bloqueada. Qué revancha para Gorgeret, ¿verdad? He aquí que Gorgeret, quien después de tantos años no pierde de vista el asunto tenebroso de este castillo y que no ha querido perder la ocasión de husmear por aquí aprovechando la venta del castillo, he aquí digo, que se encuentra frente a frente con la amante del gran Paul. Si verdaderamente existe la Providencia, tendrás que confesar que me protege contra viento y marea.

Un nuevo paso. Antonine se envaraba para no caer.

—Parece que tienes miedo. ¿A qué viene esa mueca? Pero tienes razón, tu situación es mala, muy mala. Y tendrás que explicarme a qué se debe la vinculación de Clara la Blonde y el gran Paul con la aventura del castillo y el papel que desempeñáis en todo eso. Todo este asunto es subyugador y no cambiaría por nada mi posición de ahora.

Tres pasos más. Gorgeret sacó de su cartera el mandato de arresto que desplegó con un aire de feroz ironía.

—¿Es necesario que lea mi papelito? ¿No vale la pena, verdad? Me acompañarás dócilmente hasta mi coche y en Vichy tomaremos el tren hacia París. La verdad es que siento perderme la ceremonia de la subasta, pero he encontrado una pieza que me compensa. Pero ¿por qué diablos…?

Se interrumpió. Sucedía algo que le intrigaba. La expresión de miedo se había borrado poco a poco del hermoso rostro de la muchacha y se hubiera dicho —fenómeno incomprensible— que una vaga sonrisa empezaba a iluminarlo. ¿Se podía admitir que la mirada de la muchacha dejara de clavarse en él? Antonine ya no tenía aquel aire de bestia acorralada, de pájaro fascinado que tiembla. ¿Hacia dónde se dirigían sus ojos y a quién sonreía?

Gorgeret se volvió:

—¡Por las barbas de Satanás! —murmuró—. ¿Qué viene a hacer aquí este tipo?

En realidad, Gorgeret sólo percibía, en el ángulo de una columna que aguantaba los vestigios de una capilla, un brazo que sostenía un revólver que le apuntaba… Pero no dudó ni por un instante, dada la tranquilización que la muchacha había experimentado, que aquel brazo y aquella mano pertenecieran a aquel señor Raoul que parecía estar siempre a punto para defenderla. Clara la Blonde, en el castillo de Volnic, implicaba la presencia del señor Raoul, y aquella manera de permanecer invisible mientras le amenazaba con el revólver era una típica broma del misterioso personaje.

Gorgeret, por otra parte, no tuvo ni un momento de vacilación. Era valeroso y nunca retrocedía ante el peligro. Por otra parte, aunque la rubita se escapara —lo cual hizo sin duda—, no era problema puesto que podía atraparla de nuevo en el parque o en la región. Por ello, se lanzó contra la mano diciendo:

—¡Amigo, será mejor que no metas tus narices en mis asuntos!

La mano desapareció y cuando Gorgeret alcanzó el ángulo del pórtico, sólo vio una cortina de hiedra que corría de una arcada a otra. Sin embargo, no disminuyó su carrera puesto que el enemigo no podía haberse esfumado. Pero a su paso, el brazo surgió de la hiedra, un brazo que no estaba armado sino provisto de un puño que se estrelló contra el mentón de Gorgeret.

El golpe, preciso, impecable, cumplió con su misión: Gorgeret perdió el equilibrio y se hundió, como lo hiciera el Árabe días atrás, a causa del puntapié. Gorgeret perdió el conocimiento.

Antonine alcanzó la terraza sin aliento. El corazón le golpeaba tan fuertemente que tuvo que sentarse antes de penetrar en el castillo en el que los visitantes se sentaban unos junto a otros. Pero la muchacha tenía tanta confianza en aquel desconocido que la protegía que se rehízo rápidamente de su emoción. Estaba convencida de que Raoul sabría hacer entrar en razón al policía, con todo sin hacerle demasiado daño. Pero ¿cómo era que Raoul estaba allí, una vez más dispuesto a luchar por ella?

Antonine escuchó con los ojos fijos en las ruinas y, más especialmente, en el lado de las ruinas en que el encuentro había de producirse. No oyó ruido alguno y sus ojos no vieron la más mínima silueta y nada sospechó su descubridor.

Por más tranquila que estuviera, decidió colocarse de tal manera que pudiera escapar una vez más a una posible ofensiva de Gorgeret y huir por una de las salidas del castillo. Sin embargo, la pequeña ceremonia que se preparaba en el interior la cautivó hasta tal punto que se olvidó de todo peligro.

El gran salón se abría más allá del vestíbulo y de una pequeña antecámara. La gente estaba agrupada de pie alrededor de algunas personas que el notario suponía posibles compradores y que había hecho sentarse. Sobre una mesa se hallaban las tres pequeñas bujías de ritual.

El notario Audigat actuaba con solemnidad y hablaba con énfasis. De vez en

cuando se dirigía al marqués d'Erlemont, a quien la multitud empezaba a reconocer como propietario. Un poco antes de la hora, el notario Audigat experimentó la necesidad de dar explicaciones. Puso de relieve la situación del castillo, su importancia histórica, su belleza, su pintoresquismo, el buen negocio que con seguridad constituía su adquisición.

Después recordó el mecanismo de las subastas. Cada una de las tres bujías permanecía encendida alrededor de un minuto. Se tenía libertad, pues, de hablar hasta que se apagara la última, pero se corría el riesgo de perder la ocasión de comprar si se demoraba demasiado.

Dieron las cuatro.

El notario Audigat exhibió una caja de cerillas, tomó una, la frotó y aproximó la llama a la primera de las tres bujías; todo eso lo hizo con gestos de prestidigitador que va a hacer salir una docena de conejos de un sombrero de copa.

Encendió la primera bujía.

De repente, se hizo un gran silencio. Los rostros se crisparon, sobre todo los de las mujeres sentadas, cuya expresión se hizo muy particular, o demasiado indiferente, o desesperada.

La bujía se extinguió. El notario previno:

—Todavía dos fuegos, señoras y señores.

Una segunda cerilla. Una segunda llama. Una segunda extinción.

El notario Audigat habló con voz lúgubre:

—El último fuego… que no haya ningún malentendido… las dos primeras bujías se han quemado. Queda sólo la tercera. Voy a precisar que el precio mínimo es de ochocientos mil francos. No se admitirá ninguna puja inferior.

La tercera bujía quedó encendida.

Una voz tímida anunció:

—Ochocientos veinticinco.

Otra voz respondió:

—Ochocientos cincuenta.

El notario, hablando por una dama que había esbozado un gesto, dijo:

—Ochocientos setenta y cinco.

—Novecientos —replicó uno de los pujantes.

Después un silencio. El notario repitió precipitadamente:

—¿Novecientos mil? Veamos, señoras y señores, es una cifra absurda… el castillo…

Un nuevo silencio.

La bujía expiraba. Algunos destellos de agonía entre la cera fundida.

Después, en el fondo de la sala, al lado del vestíbulo, una voz articuló:

—Novecientos cincuenta.

La muchedumbre abrió paso. Avanzó un caballero sonriente, apacible y simpático, que repitió tranquilamente:

—Novecientos cincuenta mil francos.
Desde el principio Antonine había reconocido a Raoul.

VIII

Un extraño colaborador

A pesar de sus pretensiones de sangre fría, el notario quedó muy turbado. Una puja doble de las precedentes no era muy frecuente. Murmuró:

—¿Novecientos cincuenta mil francos? ¿No hay quien dé más?… Novecientos cincuenta… adjudicado.

Todo el mundo se apretujó alrededor del recién llegado. El notario Audigat, inquieto, vacilante, iba a preguntarle por segunda vez que confirmara la oferta y a informarse de su nombre, referencias, etc., cuando comprendió por la mirada de Raoul que aquel caballero no era de los que se dejan maniobrar. Hay hábitos y conveniencias a las que hay que someterse. Las explicaciones de este tipo no se producen en público.

El notario se contuvo, pues, y se limitó a empujar al público hacia fuera con el fin de reservar el salón para la conclusión de un negocio que se presentaba de manera singular. Cuando regresaba, Raoul estaba sentado frente a la mesa y, con la estilográfica en la mano, firmaba un cheque.

Un poco más lejos, de pie, Jean d'Erlemont y Antonine seguían sus gestos sin decir palabra.

Siempre apacible y tranquilo, Raoul se levantó y, dirigiéndose al notario con la desenvoltura de un señor a quien incumbe el cuidado de tomar decisiones, le dijo:

—Dentro de un momento, señor Audigat, me permitiré reunirme con usted en su despacho, donde podrá usted examinar las piezas que le confiaré. ¿Quiere usted precisarme los informes que necesita?

—Ante todo su nombre, caballero.

—Aquí están mis documentos: don Luis Perenna, súbdito portugués de origen francés. Éste es mi pasaporte y aquí están todas mis referencias útiles. En cuanto al pago, aquí hay un cheque, por valor de la mitad, del Banco Portugués de Crédito en Lisboa, en donde tengo mi cuenta. La otra mitad le será entregada en la fecha que el señor d'Erlemont quiera fijar después de nuestra conversación.

—¿Nuestra conversación? —preguntó el marqués sorprendido.

—Sí, señor. Tengo muchas cosas interesantes para comunicarle.

El notario, cada vez más desorientado, estuvo a punto de hacer algunas objeciones ya que, ¿quién garantizaba que habría dinero suficiente en la cuenta? ¿Quién probaba que, en el intervalo necesario para el pago del cheque, la provisión no se agotaría? ¿Quién probaba…? Calló. No sabía qué decir frente a aquel hombre que le intimidaba y a quien su intuición personal señalaba como a un caballero quizá no muy escrupuloso y, en todo caso, bastante peligroso para un oficial ministerial

vinculado a la letra de los reglamentos.

Por último, juzgó prudente reflexionar y dijo:

—Me encontrará usted en mi despacho, caballero.

Se fue con la cartera bajo el brazo. Jean d'Erlemont, deseoso de cambiar algunas palabras con él, le acompañó hasta la terraza. Antonine, que había escuchado las explicaciones de Raoul con visible excitación, también quiso salir, pero Raoul había cerrado la puerta y empujó a la muchacha. Turbada, corrió hasta la otra puerta que daba directamente al vestíbulo. Raoul, rápido, la alcanzó y la tomó por el talle.

—Tiene usted hoy —dijo riendo— un aire feroz. ¿Acaso no nos conocemos? Gorgeret eliminado hace un rato. El gran Paul derrotado la otra noche. ¿Nada de todo eso cuenta para usted, señorita?

Quiso besarla en la nuca, pero sus labios se posaron en la tela de su corpiño.

—Déjeme usted —balbuceó Antonine—, déjeme, esto es abominable.

Obstinadamente vuelta hacia la puerta que intentaba abrir, la muchacha se debatía con furor. Raoul, irritado, la cogió por el cuello, le hizo volver la cabeza y buscó bruscamente la boca que intentaba zafarse.

La muchacha gritó:

—¡Ah! ¡Qué vergüenza! ¡Voy a llamar…! ¡Qué vergüenza!

Raoul retrocedió súbitamente. Los pasos del marqués resonaban en las losas del vestíbulo. Murmuró:

—Pues tiene usted suerte. ¡Aunque si hubiera sabido esto! La otra noche, en la biblioteca del marqués, era usted más dócil. Pero ya volveremos a vernos.

La muchacha dejó de forcejear la puerta. Retrocedió también. Cuando Jean d'Erlemont entró la vio frente a él en una actitud de duda y de emoción.

—¿Qué sucede?

—Nada —dijo la muchacha, todavía sofocada—. Quería hablar con usted.

—¿De qué?

—No, nada, una cosa sin importancia… Me equivocaba. Le aseguro, padrino…

El marqués se volvió hacia Raoul que escuchaba sonriente y que respondió a su muda interrogación:

—Supongo que la señorita quería hablarle de un ligero malentendido que, por otra parte, yo mismo deseo disipar.

—No le entiendo, caballero —declaró el marqués.

—Mire usted. He dado mi verdadero nombre, don Luis Perenna. Pero por razones personales vivo en París bajo nombre prestado: señor Raoul. Con este nombre le alquilé el entresuelo de su casa del Quai Voltaire. El otro día, la señorita llamó a mi puerta en lugar de llamar a la suya y yo le expliqué su error presentándome con mi nombre prestado. Entonces, ¿no es así, señorita?, ha debido experimentar alguna sorpresa hoy al identificarme…

La sorpresa de Jean d'Erlemont parecía igualmente grande. ¿Qué le quería decir aquel personaje extraño cuya conducta era bastante equívoca y cuyo estado civil no

parecía claramente establecido?

—¿Quién es usted, caballero? Ha solicitado usted una entrevista conmigo… ¿con qué propósito?

—¿Con qué propósito? —dijo Raoul quien hasta el fin de la conversación no volvió los ojos hacia la muchacha—. A propósito de un negocio…

—¡Yo no tengo negocios! —le lanzó d’Erlemont con voz cortante.

—Tampoco yo —afirmó Raoul—, pero me ocupo de los de los demás.

Aquello se ponía serio. ¿Era el inicio de un chantaje? ¿La amenaza de un enemigo que iba a descubrirse? D’Erlemont palpó el bolsillo en el que llevaba un revólver y consultó con la mirada a su ahijada. Antonine escuchaba con una atención ansiosa.

—Seamos breves —dijo el marqués—. ¿Qué quiere usted?

—Recuperar la herencia que usted no ha podido conseguir.

—¿La herencia?

—La de su abuelo que desapareció y a cuyo respecto usted ha hecho hacer inútiles investigaciones a una agencia.

—¡Ah, bien! Usted se presenta como un agente de información.

—No, sino como alguien a quien gusta hacer favores a sus semejantes. Tengo la afición de esta especie de investigaciones. Es una pasión, una necesidad de saber, de esclarecer, de resolver estos enigmas. En verdad, no podría decirle a qué sorprendentes resultados he llegado en la vida, los problemas seculares que he resuelto, los tesoros históricos que he sacado a la luz del día, las tinieblas que he llegado a alumbrar…

—¡Bravo! —gritó el marqués con buen humor—. Y, claro está, con una pequeña comisión.

—Ninguna.

—¿Trabaja usted gratis?

—Por placer.

Raoul lanzó estas últimas palabras también con una sonrisa. ¡Qué lejos estaba de los proyectos que había expuesto a Courville! Los veinte o treinta millones para él… el diez por ciento abandonado al marqués… En verdad, su necesidad de hacerse valer y de desempeñar un buen papel frente a su interlocutor y sobre todo ante la joven, le condujo a ofrecer dinero antes que reclamarlo.

Se paseaba arriba y abajo con la cabeza levantada, contento de impresionar a d’Erlemont y de mostrarse a sus ojos bajo una luz favorable.

Desorientado, dominado por él, el marqués pronunció sin ironía ya:

—¿Tiene usted alguna información que darme?

—Por el contrario, soy yo quien vengo a pedírsela —contestó Raoul alegremente —. Mi propósito es simple: vengo a ofrecer mi colaboración. Vea usted, caballero: en todas las empresas a las que me consagro, existe siempre un período de tiempo de tanteo que sería mucho más corto si se quisiera confiar en mí desde el primer momento, lo que ocurre raramente. Naturalmente, me estrello contra reticencias y

desconfianzas que me obligan a descubrirlo todo por mí mismo. ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Cómo actuaría usted en su propio favor si consintiese en ahorrarme las falsas pistas y en decirme, por ejemplo, en qué consistía esta misteriosa herencia y si usted ha pleiteado por ella!

—¿Es todo lo que usted desea saber?

—¡Diablos, no! —respondió Raoul.

—¿Qué más?

—¿Puedo hablar delante de la señorita del drama que se desarrolló en este castillo en la época en que usted todavía no era el propietario de Volnic?

El marqués se turbó y respondió sordamente:

—Ciertamente. Yo mismo he hablado de la muerte de Elisabeth Hornain a mi ahijada.

—Pero sin duda no le ha confiado el extraño secreto que usted ocultó a la justicia.

—¿Qué secreto?

—Que usted era el amante de Elisabeth Hornain —y sin dejar a d’Erlemont tiempo para reaccionar, Raoul añadió—: Ya que eso es lo inexplicable y lo que más me intriga. Una mujer muere y es despojada de sus joyas. Se abre una investigación. Se le interroga a usted como se interroga a todos los asistentes. Y usted no dice que tenía vínculos amorosos con esa mujer. ¿Por qué ese silencio? ¿Y por qué acto seguido compró usted este castillo? ¿Ha hecho usted investigaciones por su cuenta? ¿Sabe alguna otra cosa más de lo que yo he leído en los periódicos de la época? Por último, ¿existe alguna relación entre el drama de Volnic y el robo de la herencia del cual ha sido usted víctima? ¿Los dos asuntos tienen el mismo origen, el mismo desarrollo, los mismos actores? Éstas son las preguntas, caballero, a las que me gustaría que me respondiera usted, lo que me permitiría avanzar en el caso.

Un largo silencio siguió a las palabras de Raoul. La duda del marqués desembocó en una manifiesta voluntad de no decir nada. Raoul levantó ligeramente los hombros y exclamó:

—¡Qué lástima! Cuánto lamento que se niegue usted a responder. ¿No comprende usted que un caso no queda nunca cerrado? En la mente de la gente que ha intervenido en él siempre sigue abierto y, en ocasiones, un interés personal que usted ignora intenta aprovecharse de él. ¿No le da qué pensar esta idea?

Raoul se sentó junto al marqués y, escanciando sus frases, martilleando sus palabras, pronunció:

—Conozco cuatro de estas tentativas aisladas que giran alrededor de su pasado, caballero. La mía, que me condujo de entrada al entresuelo del Quai Voltaire y después a este castillo, que he comprado para que no lo hiciera otro, hasta tal punto deseaba hacerme dueño de la investigación. Éste es el primero. Acto seguido está Clara la Blonde, la antigua amante del gran Paul, el famoso bandido; Clara la Blonde, que penetró la otra noche en su biblioteca de París y que violó el cajón secreto de su despacho para poder husmear entre sus fotografías. Éste es el segundo.

Raoul hizo una pausa. ¡Con qué cuidado evitaba mirar a la joven mientras que, inclinado sobre el marqués, intentaba concentrar toda su atención en él! Con los ojos clavados en los de d'Erlemont, aprovechando la sorpresa del viejo caballero, continuó con voz baja:

—Pasemos al tercer caso, ¿quiere usted?… El más peligroso con toda seguridad… Pasemos a Valthex.

El marqués se sobresaltó.

—¿Valthex? ¿Qué dice usted?

—Sí, Valthex, el sobrino o el primo, en todo caso el pariente de Elisabeth Hornain.

—¡Absurdo! ¡Imposible! —protestó d'Erlemont—. Valthex es un jugador, un libertino de moralidad dudosa, ya lo sé, pero ¿peligroso? ¡Vamos, no exagere!

Siempre frente al marqués, Raoul prosiguió:

—Valthex tiene otro nombre, caballero; un mote, mejor dicho, con el que es conocido en el mundo del crimen.

—¿El mundo del crimen?

—A Valthex le busca la policía.

—¡Imposible!

—Valthex no es otro que el gran Paul.

La agitación del marqués fue extrema. Se sofocó, e indignado, protestó:

—¿El gran Paul? ¿El jefe de banda…? Es inadmisible… Valthex no es el gran Paul. ¿Cómo puede usted pretender…? ¡No, no, Valthex no es el gran Paul!

—Valthex no es otro que el gran Paul —repitió Raoul implacable—. La noche de la que le he hablado yo sabía que el gran Paul, apostado con sus cómplices en la calle, espiaba a su antigua amiga. Cuando Clara salió de su casa quiso raptarla… Pero yo estaba allí. Me batí con él y al verle a plena luz reconocí a Valthex, cuyas maniobras alrededor de usted vigilaba desde hacía alrededor de un mes. ¡Y van tres! Pasemos al cuarto intruso: la policía… La policía, que oficialmente ha renunciado pero que se obstina en la persona testaruda y vindicativa del inspector que, antaño, fue aquí el auxiliar impotente de la ley: me refiero al inspector principal Gorgeret.

En dos ocasiones, Raoul se arriesgó a echar un vistazo a la muchacha. La veía mal, puesto que estaba a contraluz, pero el hombre adivinaba su emoción, la angustia que debía infligirle aquel relato en el que su papel, su misterioso papel, se mezclaba estrechamente.

El marqués, a quien las revelaciones de Raoul parecían turbar en lo más profundo, bajó la cabeza.

—Recuerdo a ese Gorgeret, aunque no me interrogó nunca. No creo que esté enterado de las relaciones que me unían a Elisabeth Hornain.

—No —afirmó Raoul—. Pero también él debe haber leído algún anuncio de la venta del castillo y ha venido.

—¿Está usted seguro?

—Le he encontrado en las ruinas.

—Así pues, ¿ha asistido a la subasta?

—No, no ha asistido.

—¡Cómo!

—No ha abandonado las ruinas.

—¿Cómo es eso?

—Sí, he preferido retenerle allí poniéndole una mordaza en la boca, un pañuelo en los ojos y unas cuerdas en los brazos y las piernas.

El marqués tuvo un sobresalto.

—Me niego absolutamente a prestarme a un acto semejante.

Raoul sonrió:

—Usted no se presta a nada, caballero. La responsabilidad de este acto me incumbe a mí solo y solamente por deferencia se lo comunico a usted. Mi deber es ejecutar las cosas que yo juzgo útiles para nuestra seguridad común y para el buen fin de este asunto.

Jean d’Erlemont se dio cuenta entonces a dónde le arrastraba una colaboración que no quería a ningún precio pero que le era impuesta por las circunstancias y por la voluntad de su interlocutor. ¿Cómo sustraerse a ella?

Raoul volvió a hablar:

—Ésta es la situación, caballero. Es grave o, al menos, puede agravarse sobre todo por parte de Valthex y ello me obliga a intervenir desde ahora. La antigua amiga del gran Paul está amenazada por éste, quien además está decidido a actuar contra usted, Por lo tanto he de tomar la ofensiva y hacerle arrestar mañana por la tarde por la policía. ¿Qué sucederá entonces? ¿Acaso se establecerá la identidad del gran Paul y de Valthex? ¿Acaso descubrirá sus relaciones con Elisabeth Hornain, acusándole a usted al cabo de quince años? Lo ignoro y por esto me hubiera gustado estar al corriente de lo que sucedió…

Raoul esperó, pero esta vez la indecisión del marqués no fue larga. Declaró:

—No sé nada… no puedo decir nada.

Raoul se levantó.

—Sea. Ya me las arreglaré solo. Será más largo, habrá ruido. Usted lo habrá querido. ¿Cuándo marcha usted?

—Mañana, en coche, a las ocho.

—Bien. Creo que Gorgeret no podrá librarse antes y, por consiguiente, cogerá el tren de las diez de la mañana en Vichy. Por esta parte, no hay nada que temer si usted se encarga de que la guardiana del castillo no dé información alguna sobre la señorita y sobre usted. ¿Permanecerá usted en París?

—Solamente una noche y luego me ausentaré durante tres semanas más o menos.

—¿Tres semanas? Concertemos una cita para dentro de cinco días. El miércoles, tres de julio, en el banco de la terraza, delante del castillo, a las cuatro. ¿Le parece bien?

—Sí —murmuró d’Erlemont—. Reflexionaré durante este tiempo.

—¿Sobre qué?

—Sobre sus revelaciones y sobre lo que usted me propone.

Raoul se echó a reír.

—Será demasiado tarde, caballero.

—¿Demasiado tarde?

—¡Diablos, sí! No tengo mucho tiempo para conceder al asunto d’Erlemont. Dentro de veinticinco días estará todo resuelto.

—¿Qué es lo que estará resuelto?

—El asunto Jean d’Erlemont. El tres de julio, a las cuatro, le traeré la verdad sobre el drama y sobre lodos los enigmas que lo complican. Igualmente le traeré la herencia de su abuelo materno… lo que permitirá a la señorita, por poco que lo desee y mediante la restitución del cheque que acabo de firmar, conservar y habitar este castillo que tanto parece complacerla.

—Entonces… entonces… —exclamó d’Erlemont muy emocionado—, ¿cree usted verdaderamente que tendrá éxito en este asunto?

—Un solo obstáculo podría impedírmelo.

—¿Cuál?

—El que ya no esté en este mundo.

Raoul cogió su sombrero con el que saludó con resto elegante a Antonine y al marqués y, sin añadir una palabra, giró sobre sí mismo y salió con un cierto contoneo que debía serle familiar en los instantes en que más particularmente se sentía satisfecho de sí mismo.

Se oyeron sus pasos en el vestíbulo y poco después la puerta de la torre se cerró.

Solamente entonces el marqués se sacudió su estupor y murmuró, todavía pensativo:

—No, no… no se puede confiar de este modo en el primer recién llegado… ciertamente, nada de especial tenía que decirle, pero en verdad, uno no se asocia con esos individuos.

Al ver que Antonine callaba, le dijo:

—¿Eres de la misma opinión, verdad?

La muchacha replicó con embarazo:

—No lo sé, padrino… no tengo ninguna opinión…

—¡Es un aventurero! ¡Un hombre que lleva dos nombres, que surge de no se sabe dónde…!, ¡y que persigue no se sabe qué…! ¡Y que se ocupa de mis asuntos… que se burla de la policía… y que no duda, sin embargo, en hacer arrestar al gran Paul! —se interrumpió en la enumeración de los actos de Raoul, meditó durante dos o tres minutos y concluyó—: Un hombre extraordinario, que tiene todas las posibilidades de alcanzar el éxito… verdaderamente extraordinario…

—Extraordinario —repitió la muchacha a media voz.

IX

En persecución del gran Paul

La entrevista de Raoul y el notario Audigat fue breve. El notario planteó unas preguntas, de hecho inútiles, a las que Raoul contestó con respuestas claras y perentorias. El notario, contento de su propia fineza y de su clarividencia, prometió llenar todas las formalidades necesarias con la mayor brevedad posible.

Raoul abandonó el pueblo abiertamente, al volante de su coche, y se trasladó a Vichy en donde tomó una habitación y cenó. Hacia las once regresó a Volnic. Había estudiado todos los muros de la propiedad. En uno de los lados se abría una brecha para todos inaccesible menos para él. Consiguió pasar al otro lado, se dirigió hacia las ruinas y encontró bajo la hiedra al inspector Gorgeret, cuyas cuerdas y mordazas no habían cedido. Le dijo al oído:

—Soy el amigo que antes le ha procurado a usted estas horas de siesta reconfortante. Como veo que le gusta, le traigo algunas exquisiteces: jamón, queso y vino tinto.

Suavemente, desató la mordaza. El otro le envió una andanada de injurias con voz tan estrangulada y furiosa que era imposible entender. Raoul aprobó:

—En vista de que no tiene usted hambre, no hay por qué forzarle, amigo Gorgeret. Excúseme usted por haberle molestado.

Sujetó de nuevo la mordaza, verificó minuciosamente todas las ataduras y se fue.

El jardín estaba silencioso, la terraza desierta, las luces apagadas. Raoul había descubierto aquella misma tarde, bajo el techo de una dependencia, una escalera. La descolgó. Conocía la posición de la habitación en la que dormía Jean d'Erlemont. Apoyó la escalera y subió. La noche era cálida y la ventana, detrás de los postigos cerrados, estaba completamente abierta. Forzó silenciosamente el pestillo de los postigos y entró. Raoul oyó la respiración regular del marqués, encendió su linterna de bolsillo y vio los vestidos cuidadosamente doblados sobre una silla.

En un bolsillo de la chaqueta encontró la cartera. En la cartera, la carta que la madre de Antonine había escrito al marqués y que era la causa de la expedición nocturna de Raoul. La leyó.

«Es exactamente lo que pensaba —se dijo—. Esta excelente persona fue antaño una de las numerosas amantes del seductor marqués y Antonine es su hija. Bueno, puedo regresar».

Devolvió la cartera a su sitio, pasó de nuevo por la ventana y descendió.

Tres ventanas más lejos, a la derecha, estaba la habitación de Antonine. Apoyó su escalera y escaló de nuevo. También allí los postigos estaban cerrados y la ventana abierta. Entró en la habitación. Su linterna buscó la cama. Antonine dormía vuelta

hacia la pared con sus rubios cabellos desparramados.

Esperó un minuto, y otro y otro más. ¿Por qué no se movía? ¿Por qué no se dirigía hacia aquella cama en la que la muchacha reposaba sin defensa? La otra noche en la biblioteca del marqués, había sentido la debilidad de Antonine frente a él y la sumisión con que la muchacha aceptaba la presión de la mano que la acariciaba. ¿Por qué no aprovechar la ocasión, puesto que a pesar de la inexplicable conducta de Antonine aquella tarde, Raoul sabía que no tendría fuerzas para resistírsele?

Su vacilación no fue larga. Volvió a descender.

«Hay momentos —pensó— en que los más malvados son blandos. En este caso, me bastaba con querer… sólo que no siempre se quiere…».

Tomó de nuevo el camino de Vichy, durmió allí y a la mañana siguiente regresó a París muy satisfecho de sí mismo. Estaba en el centro del asunto, entre el marqués d'Erlemont y su hija, Antonine, a su disposición, poseyendo un castillo histórico. ¡Cómo habían cambiado las cosas en pocos días desde que se ocupaba activamente de aquel caso! Ciertamente, no pretendía recibir la recompensa a sus servicios casándose con la hija del marqués d'Erlemont…

«No, no, soy modesto; mis ambiciones son restringidas y poco me importan los honores. A lo que yo aspiro… después de todo, ¿a qué aspiro? ¿A la herencia del marqués? ¿Al castillo? ¿Al placer del éxito? ¡Tonterías! Mi verdadero fin es Antonine, eso es todo».

A media voz, continuó hablándose a sí mismo:

«Estoy hecho un caballero andante. Para hacer el papel de gran señor y para impresionar a la hermosa lo he tirado todo por la borda. Soy un Jobard, un Quijote, un Cabotin».

Sin embargo, Raoul pensaba en ella con un fervor que le sorprendía, y la que evocaba no era la Antonine inquieta, enigmática, cuya mirada rehuía en el castillo de Volnic, y menos todavía la Antonine burlona, dolorosa y sumisa a las leyes de la fatalidad que, la primera noche en la biblioteca cumplía su trabajo de tinieblas, sino la otra, la del principio, aquella que había contemplado por primera vez en la pantalla luminosa de su salón. En aquel momento y durante su breve visita involuntaria, Antonine había sido encanto, despreocupación, felicidad de vivir, esperanza. Minutos fugitivos en un destino áspero y aplastante, pero minutos en los que Raoul había degustado profundamente la dulzura y la alegría.

«Sólo —y ésta era una cuestión que se planteaba muy a menudo y con irritación —, sólo que ignoro la razón secreta de sus actos. ¿Con qué propósito secreto ha maniobrado para captarse la confianza del marqués? ¿Sospecha que es su padre? ¿Quiere vengar a su madre? ¿Persigue acaso la riqueza?».

Obsesionado por el recuerdo y por todo lo que significaba aquel ser diverso, incomprensible y delicioso, Raoul, contrariamente a sus costumbres, efectuó el viaje en el más calmoso de los trenes. Almorzó en camino y no llegó a París hasta las tres con la intención de ver cómo estaban los preparativos de Courville. Pero no había

subido más que la mitad de las escaleras de su piso cuando bruscamente echó a correr, subiendo el resto de las escaleras de cuatro en cuatro, abalanzándose sobre su puerta, entrando como un loco en la habitación, empujando a Courville que arreglaba la pieza y abatiéndose sobre el teléfono mientras exclamaba:

—¡Diablos, había olvidado por completo que debía almorzar con la magnífica Olga! Oiga, ¿señorita? ¡Oiga!, póngame con el Trocadéro Palace… deme la habitación de Su Majestad… ¡Oiga…!, ¿quién está al aparato? ¿La masajista…? ¿Eres tú, Charlotte? ¿Cómo estás, querida? ¿Estás contenta con tu trabajo…? Pero ¿qué dices? ¿Que el rey llega mañana…? Olga debe estar de un humor… Pásale la comunicación… Al galope, querida…

Esperó durante algunos segundos y después, con voz untuosa, alegre:

—¡Por fin! ¿Eres tú, Olga? Hace dos horas que intento hablar contigo. Pero ¿qué dices…?, ¿qué soy un malandrín…? Vamos, Olga, no te encolerices… no tengo yo la culpa de estar en pana a ochenta kilómetros de París… tienes que comprender que en esas condiciones… Y tú, querida, ¿qué haces? ¿Te haces dar masaje…? ¡Ah, magnífica Olga, quien estuviera aquí…!

Escuchó un chasquido metálico al otro lado del hilo. Furiosa, la magnífica Olga, había cortado la comunicación.

—¡Cielo santo! ¡Echa espuma por la boca! ¡También yo empiezo a estar harto de Su Majestad!

—¡La reina de Borostiria! —murmuró Courville con tono de reproche—. ¡Estar harto de una reina!

—Tengo algo mejor que ella, Courville —exclamó Raoul—. ¿Sabes quién es la joven del otro día? ¿No? ¡Eres poco malicioso…! Se trata de una hija natural del marqués d’Erlemont. Este caballero es encantador. Acabamos de pasar dos días juntos en el campo. Y yo le caigo muy bien. Me ha otorgado la mano de su hija. Tú serás mi testigo de honor. Ah, a propósito… te pone de patitas en la calle.

—¿Cómo?

—O por lo menos podría ponerte de patitas en la calle. Así pues, coge la delantera. Déjale una nota diciéndole que tu hermana está enferma.

—Pero si yo no tengo hermana.

—Precisamente. Así no será de mal agüero. Y después te largas con tus trastos.

—¿Y dónde me refugio?

—Bajo los puentes. A menos que prefieras la habitación que hay encima del garaje en nuestro pabellón de Auteuil. ¿Sí? Entonces, vamos, date prisa. Y sobre todo, déjalo todo en orden en casa de mi suegro. Si no te haré picadillo.

Courville se fue sorprendido. Raoul permaneció allí durante largo tiempo para verificar si quedaba algo sospechoso. Quemó unos papeles y a las cuatro y media salió nuevamente en coche. En la estación de Lyon se informó sobre la hora en que llegaba el rápido de Vichy y se apostó en el andén que le indicaron.

Entre la muchedumbre de gente que descendía del tren y que se amontonaba a la

salida, descubrió el poderoso perfil de Gorgeret. El inspector enseñó su carnet al empleado y pasó. Una mano se posó sobre su hombro. Un rostro amable le dio la bienvenida. Una boca sonriente pronunció:

—¿Cómo va eso, señor inspector?

Gorgeret no era de esos que se dejan desconcertar fácilmente. ¡Había visto tantas cosas en su vida de policía! ¡Había vivido tantos acontecimientos insólitos y conocía tantos personajes fantasiosos! Pero quedó confundido, incapaz de traducir lo que sentía. Raoul se sorprendió:

—¿Qué sucede, mi querido amigo? Espero que no esté enfermo. Y yo que creía que le causaría placer que yo viniera a esperarle… Al fin y al cabo no es más que una muestra de gentileza y afecto.

Gorgeret le tomó por el brazo y le arrastró aparte. Entonces, vibrante de indignación, logró pronunciar:

—¡Qué cara más dura! ¿Crees que no te reconocí anoche en las ruinas? ¡Cerdo! ¡Imbécil! Ante todo, vas a seguirme a la prefectura. Allí hablaremos.

Empezaba a levantar la voz hasta el punto de que algunos paseantes se detuvieron.

—Si eso ha de complacerte, viejo amigo —dijo Raoul—. Pero reflexiona que si he venido aquí y te he abordado es porque tengo razones serias para hacerlo. Uno no se mete en la boca del lobo, ¡y qué boca!, por el placer de meterse.

El argumento convenció a Gorgeret, que se contuvo:

—¿Qué quieres? Apresúrate.

—Tengo que hablarte de alguien.

—¿De quién?

—De alguien a quien tú detestas, de tu enemigo personal, de un tipo a quien capturaste, y que se te ha escapado y cuyo arresto definitivo debe ser la obsesión de tus pensamientos y la gloria de tu carrera. ¿Debo decir su nombre?

Gorgeret murmuró algo pálido:

—¿El gran Paul?

—El gran Paul —confirmó Raoul.

—¿Y después?

—¿Cómo, después?

—¿Has venido a esperarme a la estación para hablarme del gran Paul?

—Sí.

—Entonces, tienes alguna revelación que hacerme.

—Mejor que esto: una oferta.

—¿Cuál?

—Su arresto.

Gorgeret no se movió. Pero unos pequeños signos que Raoul había ya notado, temblor en las aletas de la nariz, guiño de sus párpados, traicionaron su emoción. Insinuó:

—¿Dentro de ocho días? ¿Acaso de quince?

—Esta tarde.

Nueva palpitación de las aletas de la nariz y de los párpados.

—¿Qué precio a cambio?

—Tres francos cincuenta.

—Sin bromas. ¿Qué pides?

—Que me dejes en paz, a mí y a Clara.

—De acuerdo.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor —afirmó Gorgeret con una sonrisa falsa.

—Además, necesito cinco hombres sin contarte a ti.

—¡Diablos! ¿Así pues, son numerosos los otros?

—Probablemente.

—Vendré con cinco muchachos.

—¿Conoces al Árabe?

—Un tipo peligroso.

—Es el brazo derecho del gran Paul.

—¡Vaya!

—Se ven cada tarde a la hora del aperitivo.

—¿Dónde?

—En Montmartre. En el bar Les Écrevisses.

—Lo conozco.

—También yo. Se desciende a un sótano y desde este sótano se puede huir por una salida oculta.

—Exacto.

Raoul precisó:

—Cita allá abajo a las siete menos cuarto. Entraréis en el sótano en bloque, con el revólver en la mano. Yo estaré ya allí antes. Pero, cuidado, no disparéis contra un tipo con cara de jockey inglés que os esperará. Seré yo. Además, hay que apostar dos agentes en la salida de emergencia para recoger a los fugitivos. ¿De acuerdo?

Gorgeret estudió la propuesta durante largo rato.

¿Por qué separarse en lugar de ir juntos hasta aquel bar? ¿Era una estratagema? ¿Una manera de escapar?

Tanto como al gran Paul, Gorgeret detestaba a aquel hombre que se burlaba tan fácilmente de él y que le había injuriado de modo tan vil la noche anterior, en las ruinas del castillo. Pero, por otra parte, ¡qué tentación! ¡La captura del gran Paul…! Ya oía el rumor de la noticia.

«Bah —pensó Gorgeret—, a éste le cogeré otro día, y a Clara la Blonde con él».

En voz alta añadió:

—De acuerdo. A las siete menos cuarto el ataque por sorpresa.

X

El bar de Les Écrevisses

El bar de Les Écrevisses era frecuentado por una gente bastante curiosa, fracasados de la pintura o del periodismo, empleados sin trabajo o gente que no quería trabajar, jóvenes pálidos de gestos equívocos, muchachas pintadas con sombreros de plumas y corpiños vistosos. Pero, por encima de todo, un público más o menos tranquilo. Si se buscaba un espectáculo más pintoresco y una atmósfera más especial, era necesario, en lugar de entrar, seguir un corredor exterior que conducía a una trastienda en la que acechaba, aplastado en un sillón, un hombre gordo que desbordaba grasa: el patrón.

Todo recién llegado se paraba obligatoriamente ante aquel sillón, cambiaba algunas palabras con el patrón y, finalmente, se dirigía hacia una puertecita. Un largo pasillo, otra puerta claveteada. Cuando ésta se abría, una vaharada de música surgía del interior mezclada con olores de tabaco y un aire cálido que olía a moho.

Quince escalones, o mejor dicho, quince barras de escalera fijadas en la pared, caían a pico sobre un largo sótano abovedado en el que, aquel día, cuatro o cinco parejas daban vueltas al son de un violón que rasgaba un viejo ciego.

Al fondo, detrás de un mostrador de cinc, gobernaba la mujer del patrón, más gorda todavía que él y adornada con bisutería.

Una docena de mesas estaban ocupadas. En una de ellas fumaban dos hombres silenciosos: el Árabe y el gran Paul. El Árabe vestía su sobretodo oliváceo e iba tocado con un grasiento sombrero de fieltro; el gran Paul llevaba una gorra, una camisa sin cuello, un pañuelo marrón y en el rostro un maquillaje que le envejecía y que le daba un tinte de ceniza y un aspecto de suciedad vulgar.

—Tienes un aspecto horrible —bromeó el Árabe—. Cien años y jeta de enterrador.

—Déjame en paz —dijo el gran Paul.

—No. Pase que te pegues cien años en la piel, pero deja este aire de miedo, este rostro de entierro que luces. No hay razón para ello.

—Hay un montón de razones.

—¿Cuáles?

—Me siento acorralado.

—¿Por quién? No duermes tres días en la misma cama… desconfías incluso de tu sombra y estás rodeado de camaradas. Fíjate, de las dos docenas de tipos que hay aquí, una docena se tirarían de cabeza al fuego por ti, hombres y mujeres.

—Porque pago.

—¿Y qué? Estás más guardado que un rey.

Entraron otros clientes, aislados o por parejas. Se sentaban o bailaban. El Árabe y

el gran Paul los escrutaban con ojo sospechoso. El Árabe hizo un gesto a una de las sirvientas y le preguntó en voz baja:

—¿Quién es esa especie de inglés que está ahí enfrente?

—Un jockey, ha dicho el patrón.

—¿Ha venido otras veces?

—No lo sé. Soy nueva aquí.

El ciego tocaba un tango que una mujer con el rostro de yeso cantaba con voz rota de contralto, cuyas notas graves imponían un silencio melancólico.

—¿Sabes lo que te pasa? —insinuó el Árabe—. Clara. Desde su huida no te has repuesto.

El gran Paul le aplastó la mano.

—¡Cállate! No pienso en su huida… Se trata de ese miserable que quizá la ha tocado.

—¿Raoul?

—Lo que daría por aplastarle…

—Para aplastarle hay que encontrarle y desde hace cuatro días me esfuerzo en vano… Ha desaparecido.

—Pues hay que encontrarle, si no…

—Si no, ¿estás acabado? En el fondo tienes miedo.

El gran Paul se sobresaltó.

—¿Miedo? Estás loco. Lo que pasa es que he sentido, es que sé que entre él y yo hay una cuenta pendiente y que uno de los dos quedará fuera de combate.

—Y a ti te gustaría que ese uno fuera él.

—¡Diablos!

El Árabe se encogió de hombros:

—¡Idiota! Por una mujer… Siempre te has liado con estas historias del sexo.

—Clara es algo más que una mujer para mí, es la vida… No puedo vivir sin ella.

—Nunca te ha querido.

—Por eso mismo… ¡La idea de que ame a otro…! ¿Estás seguro de que aquel mediodía salía de casa de Raoul?

—Claro que sí, ya te lo he dicho… Hice cantar a la portera. Con un billete se obtiene lo que se quiere.

El gran Paul crispó sus puños y masculló palabras de cólera. El Árabe prosiguió:

—Y después la muchacha subió a casa del marqués. Cuando volvió a bajar hubo follón en el entresuelo. Era Gorgeret, pero la pequeña huyó. Por la tarde «trabajó» con Raoul el apartamento del marqués.

—¿Qué buscaría allí? —murmuró el gran Paul pensativamente—. Debió entrar con la llave que yo tenía y que creí perdida… Pero ¿qué buscaban? ¿Qué tienen que ver con respecto al marqués? Una vez ella me dijo que su madre había conocido al marqués y que antes de morir le había dicho cosas sobre él. ¿Qué cosas? Nunca quiso decírmelo… ¡Es una mujer muy extraña! No sé nada de ella… No se trata de que le

guste mentir, no. Es clara como su nombre, pero esquiva y cerrada en sí misma.

El Árabe bromeó:

—¡Anímate, hombre! Vas a llorar… ¿No me has dicho que irías esta noche a la inauguración de un nuevo casino?

—Sí, el Casino Bleu.

—Entonces, recoges allí a otra fulana. Eso es lo que te conviene.

El sótano se había llenado. Una quincena de parejas giraban y cantaban en medio de la espesa humareda de los cigarrillos. El ciego y la mujer de la máscara de yeso hacían el mayor ruido posible. Las muchachas descubrían sus hombros, amonestadas por la patrona que exigía decencia.

—¿Qué hora es? —preguntó el gran Paul.

—Un poco más de las siete menos veinte.

Transcurrió un instante. Después el gran Paul afirmó, algo preocupado:

—Ya es la segunda vez que mi mirada se cruza con la de ese jockey.

—Tal vez sea un tipo de la prefectura… invítale a unas copas.

Callaron. El violón tocaba con sordina y después dejó de sonar. En un gran silencio la cantante iba a acabar su tango con unas notas graves que los habituales esperaban con deferencia. La mujer exhaló una, después otra. Pero un silbido estridente rasgó el techo, provocando acto seguido un reflejo brutal de la muchedumbre hacia el mostrador.

Súbitamente, la puerta de la escalera se abrió. Aparecieron dos hombres y después Gorgeret empuñando el revólver y vociferando:

—¡Las manos arriba! ¡Al primero que se mueva…!

Disparó para asustar a la gente. Tres de sus agentes se deslizaron hasta el pie de la escalera y gritaron también:

—¡Arriba las manos!

Una cuarentena de individuos obedecieron frente a los agentes. Pero el empuje de los que intentaban huir fue tan violento que el jockey inglés, a pesar de ser el primero en ponerse en pie, no pudo abrirse paso hasta el gran Paul. A pesar de las protestas de la patrona, el mostrador fue volcado. Ocultaba una puerta secreta por la que se deslizaron, uno a uno, en el desorden y el tumulto, los fugitivos. Dos de ellos, exasperados, luchaban para salir primero. El jockey inglés, subido a una silla, reconoció al Árabe y al gran Paul.

El cuerpo a cuerpo fue de una brutalidad espantosa. Ni uno ni otro querían ser detenidos por los agentes que avanzaban. Se hicieron algunos disparos que no les alcanzaron. Después el Árabe cayó de rodillas. El gran Paul se metió en el negro agujero de la salida y cerró la puerta tras de sí en el momento mismo en que intervenían los agentes.

Gorgeret, que acudía corriendo, tuvo una risa de triunfo. Cinco hombres de la banda chocaron contra el obstáculo.

—¡Buena caza! —gruñó.

—Sobre todo —añadió el jockey—, sobre todo si el gran Paul ha sido atrapado en la salida.

Gorgeret observó al inglés y reconoció a Raoul. Afirmó:

—Eso está hecho. He puesto allí a Flamant, un tipo sólido.

—Vaya usted, señor inspector, será mejor.

Gorgeret formuló sus órdenes. Se ató a los de la banda. Bajo la amenaza de los revólveres, se reunió a los restantes en uno de los rincones.

Raoul retuvo al inspector:

—Un segundo. Dé orden de que me dejen hablar con el Árabe que está allí. Está a punto para que se le saque algo… pero ha de ser enseguida…

Gorgeret consintió en ello y después se marchó.

Raoul se arrodilló junto al Árabe y le dijo en voz baja:

—¿Me reconoces? Soy yo, Raoul, el tipo del Quai Voltaire que te dio dos billetes. ¿Quieres otros dos?

El Árabe barbotó:

—No me gusta traicionar… Sin embargo…

—Sí, ha sido el gran Paul quien te ha impedido huir. Pero no tiene importancia porque te hubieran atrapado a la salida.

El Árabe picó el anzuelo y dijo con voz llena de rabia:

—¡Tonterías! Hay una salida nueva… una escalera que da al corredor.

—¡Diablos! —exclamó Raoul con despecho—. Eso es lo que obtiene uno por fiarse de Gorgeret.

—Así pues, ¿tú eres de la poli?

—No, pero en esta ocasión trabajo con ellos. ¿En qué puedo ayudarte?

—En nada de momento, puesto que me cogerían los billetes. Pero no hay pruebas contra mí. Cuando esté libre, envíame el dinero a A. R. B. E., despacho 79.

—¿Tienes confianza en mí?

—Hay que tenerla.

—Tienes razón. ¿Cuánto quieres?

—Cinco mil.

—¡Caray! Tienes apetito.

—Ni uno menos.

—Sea. Lo tendrás si tu informe es bueno… Y si nada dices de Clara la Blonde… ¿Hay posibilidad de encontrar al gran Paul?

—Sí, y peor para él… Me ha hecho una mala pasada… Esta noche, a las diez… en el Casino Bleu… Una nueva *boîte*.

—¿Estará solo?

—Sí.

—¿Por qué va allí?

—Tiene esperanza de encontrar a su rubita… La tuya, ¿verdad? Sólo que es una *soirée* de gala. Allí no verás al gran Paul.

—¿A Valthex, entonces?

—Sí, a Valthex.

Raoul preguntó todavía algunas cosas más, pero parecía que el Árabe había cesado en sus confidencias y se negó a responder.

Por otra parte, Gorgeret regresaba de la salida con aire desilusionado. Raoul le llevó aparte burlándose de él.

—Con las manos vacías, ¿verdad? Los polis siempre actuáis como unos idiotas, sin informaros a fondo. Pero no importa, no te preocupes.

—¿Ha hablado el Árabe?

—No, no tiene importancia. Yo repararé tu error. Cita esta noche a las diez en el control del Casino Bleu. Disfrázate de hombre de mundo para no llamar la atención.

Gorgeret se sorprendió.

—Claro que sí —insistió Raoul—. Tienes que ir disfrazado de hombre de mundo, de gala, y sobre todo ponte un poco de polvo de arroz en las mejillas y en la nariz. ¡Tienes unas mejillas tan rubicundas! ¡Y qué nariz más vulgar! Hasta luego, querido amigo.

Raoul encontró su coche en la calle vecina y cruzó París para llegar a su casa de Auteuil que, por aquella época, era su instalación principal y el centro de sus operaciones. En una larga avenida poco frecuentada, al fondo de un jardín bastante exiguo, un pabellón sin estilo, sin color, levantaba sus dos estrechos pisos compuestos de una habitación que daba a cada una de las fachadas.

La habitación de atrás daba sobre un patio provisto de un garaje inutilizado en el que se entraba por otra calle —lo que constituía la seguridad primordial de todas las instalaciones de Raoul. En los bajos, un comedor, profundo, formado por las dos habitaciones y sumariamente amueblado. En el primer piso, una habitación confortable y lujosa con sala de baño. El personal, ayuda de cámara fiel y vieja cocinera, dormían encima del garaje vacío. Raoul dejaba su coche a cien metros de allí.

A las ocho se sentó a la mesa. Courville, que se presentó, le anunció que el marqués había llegado a las seis y que la muchacha no había aparecido. Raoul se inquietó:

—¡Tiene que estar en algún rincón de París, aislada, en algún rincón de París, aislada, sin defensa! En cualquier momento el azar puede ponerla en manos de Valthex. Hay que actuar deprisa. Cena conmigo, Courville. Después me acompañarás al *music-hall*. Vestido de gala. Tú tienes una buena apariencia con el frac.

El atavío de Raoul fue largo y acompañado de ejercicios de agilidad. Tenía idea de que la noche sería movida.

—¡Bravo! —le dijo a Courville cuando éste se presentó—. Pareces un gran duque.

La hermosa barba cuadrada del secretario se apoyaba sobre una pechera impecable. Arqueaba un pecho de diplomático sobre un vientre redondeado.

XI

El Casino Bleu

La inauguración del Casino Bleu, construido en el emplazamiento de un célebre café-concierto de los Champs-Elysées, era un acontecimiento mundano de gran relieve. Habían sido enviadas dos mil tarjetas de invitación, todas ellas destinadas a gentes de la alta sociedad, artistas conocidos y mujeres célebres elegantes.

Una iluminación, de un azul claro de luna, lucía sobre los grandes árboles de la avenida, delante del vestíbulo de columnas bárbaras, lleno de carteles y fotografías. La muchedumbre, canalizada por los controladores, invadía ya la sala, cuando se presentó Raoul con una tarjeta de invitación en la mano.

Había dado sus órdenes a Courville.

—No tienes que reconocerme. No te acerques a mí. Pero debes rondar a mi lado… y más todavía junto a Gorgeret. Gorgeret es el enemigo, desconfío de él como de la peste. Si puede, dará un golpe doble: Raoul y el gran Paul. Así pues, no le pierdas de vista y menos todavía de oreja. Tendrá agentes apostados allí, les dará instrucciones: a ti te corresponde no sólo coger al vuelo las palabras, sino incluso el sentido de sus órdenes.

Courville bajó la cabeza compungidamente y provocó al enemigo con su bella barba cuadrada erizada hacia adelante.

—Comprendido —dijo, dándose importancia—. Pero ¿y si le atacan sin que yo tenga tiempo de advertírselo?

—Tienes que proteger mi fuga con tus dos brazos y toda tu barba.

—¿Y si quieren pasar, a pesar de todo?

—Imposible. Tu barba es demasiado respetable.

—¿Sin embargo…?

—Entonces te haces matar allí mismo. Mientras tanto, aquí está Gorgeret… Déjame y sin que él se dé cuenta, vigílale.

De acuerdo con las instrucciones recibidas, Gorgeret se había adornado con su equipo de hombre de mundo, frac reluciente, demasiado estrecho, que le estallaba en las costuras, sombrero tan estropeado que no lo llevaba puesto y la cara cubierta de polvos harinosos. Sobre el hombro, con arrogancia, el inspector llevaba un viejo impermeable viejo, de color trinchera, doblado cuidadosamente. Raoul le abordó discretamente:

—¡Santo cielo! ¡Eres irreconocible! ¡Un verdadero *gentleman*! Vas a pasar inadvertido del todo…

«Se está burlando de mí» pensó de nuevo el inspector, cuyo rostro se vio cruzado por una nube de cólera.

—¿Tus hombres?

—Cuatro —afirmó Gorgeret, que había traído siete.

—¿Tan bien camuflados como tú?

Raoul lanzó una ojeada circular y descubrió sin esfuerzo seis o siete tipos que demostraban bien a las claras su oficio de polizontes disfrazados de hombres de gran mundo. A partir de aquel momento se plantó ante el inspector para impedir que éste pudiera señalarlo a sus acólitos.

La ola de recién llegados no cesaba. Raoul murmuró de repente:

—Aquí está…

—¿Dónde? —preguntó Gorgeret.

—Detrás de dos damas, cerca del control… Un gran tipo elegante con una bufanda de seda.

Gorgeret se volvió y musitó:

—¡No es él… Es imposible que ese tipo sea el gran Paul!

—Es el gran Paul disfrazado de señor elegante.

El inspector lo miró con más detalle.

—En efecto… ¡Ah, el crápula!

—¿Nunca le habías visto así?

—Sí… sí, me parece que sí. No lo hubiera dudado ni un minuto. ¿Cuál es su nombre verdadero?

—Ya te lo dirá él, si le interesa… Pero, sobre todo, nada de escándalos inútiles… y nada de ruido… Le arrestarás cuando se vaya y cuando sepamos a qué ha venido.

Gorgeret fue a entrevistarse con sus hombres, les mostró al gran Paul y regresó para reunirse con Raoul. Ambos entraron en el local, sin hablar. El gran Paul había ido a la derecha y ellos se colocaron a su izquierda.

La animación crecía en la rotonda, en la que se entrecruzaban veinte rayos azulados de todos los matices, que se mezclaban, se complementaban, se confundían. Alrededor de las mesas, se apretujaban dos veces más personas que las que cabían. Se hablaba en voz alta. Una marca de champán que quería promocionarse llenaba todas las copas que se vaciaban.

La novedad del espectáculo consistía en que se bailaba en el centro del local y que después de cada pieza empezaba un número de café-concierto, en un pequeño escenario improvisado en el fondo del local. El cambio era rápido, inmediato. Todo transcurría con un ritmo trepidante. Y los espectadores repetían los estribillos de las canciones a voz en grito.

Gorgeret y Raoul, en pie en los pasillos de la derecha, el rostro medio oculto por sus respectivos programas, no perdían de vista a Valthex que, veinte pasos alejado de ellos, disimulaba cuanto podía su alta estatura curvando sus hombros. A su espalda, los hombres de Gorgeret vigilaban, controlados por el inspector.

Un número de juglares hindús fue seguido por un tango en la pista de baile. Un vals precedió un número cómico. Después vinieron unos acróbatas, grupos de canto,

atletas de barra fija y siempre el baile. La muchedumbre enloquecía, embriagada de ruido y de ficticia alegría. Entre ella y un grupo de payasos, hubo apóstrofes y clamores.

Acto seguido, sobre el escenario apareció un cartel multicolor en el que se veía la fina silueta de una bailarina enmascarada, con esa inscripción que al mismo tiempo anunciaron veinte pantallas luminosas: «La danzarina enmascarada». La orquesta atacó una obertura. Y la danzarina saltó al escenario, vestida con unos velos que se cruzaban en su espalda y en su pecho y con una amplia falda azul, constelada de oro, de entre la que surgían, al más mínimo movimiento, sus piernas desnudas.

La bailarina se inmovilizó un instante, igual que la más graciosa Tanagra. Una gasa de oro de finas mallas cubría una parte de su cabeza y de su rostro. De dicha gasa surgían bucles ligeros de admirables cabellos de oro.

—¡Demonios! —exclamó Raoul entre dientes.

—¿Qué sucede? —preguntó Gorgeret que estaba a su lado.

—No… nada.

Pero Raoul contemplaba con una ardiente curiosidad aquella preciosa cabellera rubia, aquella grácil silueta…

La mujer bailó muy suavemente al principio, desplazándose con movimientos invisibles y conservando una actitud fija, en la que era imposible distinguir el menor movimiento del cuerpo. De este modo dio dos vueltas completas al escenario, caminando sobre las puntas de sus pies desnudos.

—No, pero mira el rostro del gran Paul —murmuró Gorgeret.

Raoul se fijó. La cabeza del hombre estaba torcida por una expresión de dolorosa atención forzada. Para ver mejor, se levantaba con toda su estatura. Sus ojos estaban clavados en la danzarina enmascarada.

Gorgeret dejó escapar una sonrisa sardónica.

—¿Acaso son los cabellos rubios los que le ponen en ese estado? Le deben recordar a su Clara… A menos que… a menos que…

Dudó un momento antes de expresar su pensamiento imprevisto. Por último completó la idea:

—A menos que… ¡Claro que sí! Tal vez es ella, su mujer… la tuya… ¡Ah, sería divertido!

—Estás loco —replicó secamente Raoul.

Pero también a él le había asaltado la misma idea. De entrada no se había fijado más que en la exacta similitud de los cabellos y de su color, la igual ligereza de los bucles. Pero después, la emoción de Valthex, su esfuerzo por apartar con la mirada la máscara de oro y descubrir el rostro de la mujer, le impresionaron vivamente. Valthex debía conocer las cualidades de Clara como bailarina, ya que sin duda la había visto bailar sobre otros escenarios, en otros países, y no podía ignorar aquella gracia infantil, aquella visión de sueño y de fantasía.

—Es ella… Es ella —se decía Raoul.

Y, sin embargo ¿era posible? ¿Cómo admitir que la pequeña provinciana, hija del marqués d'Erlemont, poseía aquella ciencia, aquel oficio? ¿Cómo concebir que, de regreso de Volnic, hubiera tenido tiempo de ir a su casa, cambiarse de vestido y acudir al *music-hall*?

Pero a medida que Raoul se planteaba las objeciones, éstas se hundían ante el asalto de los argumentos contrarios. En el tumulto de su cerebro, la cadena de los hechos probables se formaba de la manera más lógica. No, tal vez no era ella, pero ¿tenía que negar ciegamente que podía serlo?

En el escenario la mujer se animó poco a poco, ante la agitación creciente del público. Giró sobre sí misma, con gestos precisos, que se paraban en seco y se reanudaban al ritmo sincopado de la orquesta. Después sus piernas empezaron a moverse. Aquello provocó el entusiasmo del público. Eran unas piernas finas, de adorable contorno, ágiles y gráciles como sus sinuosos brazos.

Gorgeret hizo notar:

—El gran Paul parece deslizarse hacia los bastidores. Me parece que es fácil entrar.

De hecho, al final del pasillo, a izquierda y a derecha, se podía entrar en los bastidores mediante una rampa que conducía a ellos, en lo alto de la cual un controlador intentaba contener, en vano, a los curiosos.

—Sí —dijo Raoul, después de comprobar la maniobra del gran Paul—. Sí, intentará meterse entre bastidores. Tus hombres deberían cubrir la salida de artistas que debe estar en la avenida lateral y estar allí al acecho por si intenta huir.

Gorgeret fue de la misma opinión y se alejó para dar las instrucciones necesarias. Tres minutos más tarde, mientras el inspector se esforzaba por reagrupar a sus hombres, Raoul abandonó la sala. En el exterior, cuando rodeaba el Casino, precediendo así al público, fue alcanzado por Courville quien le informó de su misión.

—Acabo de oír las órdenes de Gorgeret, señor. Les ha dicho que hay que detenerle a usted y atrapar a la bailarina enmascarada.

Eso es lo que temía Raoul. Ignoraba si la bailarina era Antonine. Pero Gorgeret no corría ningún riesgo asegurándose de ello y si se trataba de la muchacha, Antonine, cogida entre la policía y el gran Paul, estaba perdida.

Echó a correr. Tenía miedo. El rostro duro y amenazador del gran Paul le dejaba suponer que era capaz, si se encontraba frente a Antonine, de todas las brutalidades.

Raoul y Courville franquearon la puertecita. «Policía», lanzó Raoul mostrando una de sus tarjetas al conserje, que se oponía a su paso. Les dejaron entrar.

Una escalera y un corredor les condujeron a los camerinos de los artistas.

Al mismo tiempo de uno de aquellos camerinos salió la bailarina. Durante las ovaciones había acudido allí para tomar un chal para la segunda parte de su número. Cerró con llave la puerta de su camerino y se deslizó entre los fracs que habían invadido los bastidores. Con su regreso al escenario, estallaron los aplausos con más

entusiasmo. Raoul adivinó al público en pie, gritando su regocijo.

Y entonces, súbitamente, descubrió que el gran Paul estaba cerca de él, turbado por el paso de aquella mujer, con los puños crispados, hinchadas las venas de su frente. En aquel instante, Raoul dejó de dudar que se trataba de ella, y percibió todo el peligro que la amenazaba…

Buscó con la mirada a Gorgeret. ¿Qué estaba haciendo aquel imbécil? ¿No había comprendido que el campo de batalla estaba allí, en aquel limitado espacio y que su presencia y la de sus agentes era indispensable?

Decidió entablar la lucha sin pérdida de tiempo, y atraer sobre sí mismo la ciega amenaza del enemigo. Le golpeó ligeramente el hombro y cuando Valthex se volvió, descubrió el rostro burlón de aquel Raoul a quien odiaba y temía al mismo tiempo.

—Usted… Usted… ¿Está usted aquí por ella? ¿La acompaña?

Se dominó. A pesar de que estaban detrás de la multitud enfervorizada, no se encontraban aislados y pasaban constantemente electricistas, maquinistas, vestidoras… Una entonación demasiado elevada hubiera sido sospechosa.

Raoul se burló en el mismo tono, en sordina:

—¡Claro que sí! La acompaño. La muchacha me ha confiado la misión de protegerla… Parece ser que hay algunos pillastres que corren tras de ella. Piensa que eso me divierte mucho, compañero.

—¿Por qué te divierte?

—Porque siempre que emprendo algo salgo victorioso de ello. Es mi costumbre.

Valthex se estremeció de rabia.

—¿Has salido victorioso en esta ocasión?

—Pues claro.

—Tonterías. Habrás alcanzado el éxito cuando yo no viva. Y vivo. ¡Estoy aquí!

—Aquí estoy yo también. Y también estaba antes, en el sótano.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—El jockey era yo.

—¡Miserable!

—Y fui yo quien se lo dijo a la poli para que te encerraran.

—Pues te falló, camarada —dijo el otro con una sonrisa.

—Falló antes, pero no ahora. Ahora la cosa está hecha.

Valthex se apretó contra él, mirándole fijamente a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Gorgeret está aquí con sus compañeros.

—¡Mientes!

—Está aquí. Te lo advierto para que te las puedas pirar. Vamos, rápido. Tienes tiempo todavía.

Valthex echó una sutil ojeada a su alrededor, con el aspecto de una bestia acosada. Ciertamente aceptó la idea de huir y Raoul se alegró de ello, pensando ante todo en la salvación de Antonine. Si Valthex huía, para él sería un juego burlar una vez más a la

policía.

—Vamos, vamos, galopa, amigo. No seas estúpido… vete.

Demasiado tarde. La bailarina apareció, saliendo del escenario. En aquel mismo momento, procedentes de la escalera, corriendo entre los camerinos de los artistas, Gorgeret y cinco de sus hombres se lanzaron sobre ellos.

Valthex vaciló, con el rostro sombrío. Miró a la bailarina que avanzó y se detuvo al verlo, temerosa. Miró a Gorgeret que no estaba a más de cinco o seis pasos de él. ¿Qué hacer? Raoul se lanzó sobre el gran Paul. Éste pudo librarse de él, metió bruscamente la mano en su bolsillo y la sacó armada de un revólver que apuntó sobre la bailarina.

Sonó un disparo y la muchedumbre enloqueció. Con gesto vivo Raoul había levantado bruscamente su brazo. La bala se perdió en el aire, entre los decorados. Pero la bailarina cayó desvanecida.

Lo que sucedió entonces no duró más de diez segundos. Hubo un tumulto, en el que se vio a Gorgeret saltar sobre el gran Paul, agarrarle por la cintura y gritar a sus hombres:

—¡A mí, Flamant! Los otros a por Raoul y la bailarina.

Se vio surgir a un pequeño caballero de apacible aspecto, con una respetable barba blanca, que impidió a los agentes que pasaran, mientras protestaba por su brutalidad. Se vio a un elegante caballero que, aprovechando la confusión, se inclinaba, recogía a la desvanecida bailarina y se la cargaba al hombro. Era Raoul. Protegido por la audacia indomable de Courville, seguro de tener unos segundos de delantera sobre sus perseguidores a quienes la muchedumbre retrasaría, se llevó a la muchacha hacia la sala. La retirada por aquel lado del local se le apareció como más segura.

No se equivocaba. El público nada había descubierto de lo que sucedía entre bastidores. Un conjunto de jazz negro gritaba un tango. De nuevo se bailaba. La gente cantaba y reía. Así pues, cuando Raoul hubo franqueado la rampa de la derecha, manteniendo en el extremo de sus brazos levantados a una mujer en quien todos reconocieron acto seguido a la bailarina enmascarada, el público creyó que era una broma, que uno de los acróbatas, vestido de etiqueta, era el hombre que paseaba de aquella manera a la muchacha. Las filas de público se abrieron ante él y se cerraron a su espalda más compactas y más hostiles a quien intentara forzar el paso. Se desplazaron mesas y sillas para permitir que Raoul pudiera pasar.

Sin embargo, desde el fondo del escenario, alguien gritó:

—¡Detenedles…! ¡Detenedles!

Las risas arreciaron. Cada vez más se hacía evidente que aquello no era más que una broma. La *jazz-band* redobló su ruido. Nadie impidió el paso a Raoul. Sonriente, sin esfuerzos, con la cabeza alta, continuó su ejercicio, aplaudido por un público delirante. Lo prosiguió hasta alcanzar las puertas del amplio vestíbulo del local.

Uno de los batientes fue empujado ante él. Salió. Los espectadores pensaron que

iba a dar la vuelta al edificio y regresar al escenario. Los controladores y los agentes de policía, a quienes también divertía el imprevisto número, no se inquietaron en absoluto. Pero cuando estuvo fuera, dejó que la bailarina se deslizara en sus brazos y se la echó nuevamente al hombro. Tomó la avenida lateral, entre las manchas de luz y los espacios sombríos que se extendían entre los árboles.

A cincuenta pasos del casino, oyó todavía el grito de alarma:

—¡Detenedlos…! ¡Detenedlos!

Pero no por ello se apresuró. Su coche estaba cerca, en medio de la larga fila de coches cuyos chóferes dormían o se entretenían charlando en grupos. Habían oído los clamores, pero no comprendieron nada en el acto, se interrogaron, se emocionaron, pero no hicieron nada.

Raoul depositó a la bailarina en su coche, y lo puso en marcha. Afortunadamente el motor arrancó en seguida.

«Si tengo suerte —se dijo— y no hay embotellamiento, he ganado la mano».

Siempre hay que contar con la suerte. Éste era uno de los principios de Arsenio Lupin… Y una vez más, la suerte jugó a su favor. No había embotellamiento y los policías que estaban a veinte pasos de él, cuando el coche se puso en marcha, se distanciaron rápidamente.

¡Bien! —exclamó Raoul—. Ya estamos a salvo.

Y por primera vez desde que había comenzado la acción se preguntó:

«¿Y si no fuera Antonine?».

Toda la convicción que le había empujado a intervenir en el asunto, le abandonó repentinamente. Pero no, no. No podía ser ella. Demasiadas pruebas en contra de aquel hecho que había aceptado tan fácilmente, sin reflexionar, lo demostraba. El gran Paul era un loco, un obseso, cuya emoción no constituía un elemento de verdad.

Raoul tuvo un acceso de risa. En determinados casos, cuando el misterio de una mujer le turbaba, era un ingenuo. Un verdadero colegial… pero un colegial a quien la aventura apasionaba. ¡Antonine u otra, qué más daba! Aquella que había salvado era una mujer, la más ardiente, la más apasionada, la más armoniosa de las mujeres. ¿Qué podría negarle?

Tomó velocidad. Un deseo febril de saber le estimulaba. ¿Por qué cubría aquella mujer su rostro con una gasa de celosas mallas? ¿Acaso la divina visión de su cuerpo habría desmerecido a causa de unos rasgos deformados o a causa de una horrible enfermedad facial? Y, por otra parte, si era hermosa, ¿qué extraña razón, qué miedo, qué desequilibrio, qué capricho, qué amor la obligaban a no ofrecer al público el tesoro de su belleza?

Cruzó de nuevo el Sena. Tomó los muelles de la otra ribera. Auteuil. Calles provincianas. Después una larga avenida. Se detuvo.

Su cautiva no se había movido.

Se inclinó y dijo:

—¿Puede usted sostenerse de pie y subir las escaleras? ¿Me oye usted?

Ninguna respuesta.

Después de abrir la verja del jardín y llamar, tomó a la bailarina en sus brazos y la estrechó contra su pecho. Una embriaguez le invadió al sentirla contra él y adivinar su boca tan próxima a la suya, al respirar su aliento.

—¿Quién eres…? ¿Quién eres? —murmuró, palpitante de deseo y de curiosidad —. ¿Antonine? ¿Una extraña…?

Acudió el doméstico.

—Conduce el coche al garaje y déjame.

Entró en el pabellón, subió vivamente las escaleras como si llevara el más ligero de los fardos. Alcanzó su habitación, tendió a la cautiva sobre un diván, se arrodilló ante ella y retiró la máscara de oro.

Un grito de alegría se escapó de sus labios:

—¡Antonine!

Transcurrieron dos o tres minutos. Raoul hizo que la muchacha respirara sales y le bañó con agua fresca las sienes y la frente. Ella entreabrió los ojos, le miró un momento. Sus ideas volvían poco a poco.

—¡Antonine… Antonine! —repetía él, extasiado.

La muchacha le sonrió con lágrimas y amargura en la sonrisa, pero con una profunda ternura.

Raoul buscó sus labios. ¿Iba a rechazarle como en el salón de Volnic? ¿O le aceptaría?

La muchacha no se resistió.

XII

Las dos sonrisas

Terminaron de tomar ambos el desayuno que el doméstico les había servido en un velador de la habitación. La ventana estaba abierta sobre el jardín del que subían perfumes de alheñas en flor. Entre los dos castaños que se levantaban a ambos lados se percibía la avenida y en el cielo azul brillaba el sol. Y Raoul hablaba.

Toda su alegría victoriosa —victoria sobre Gorgeret, victoria sobre el gran Paul, victoria sobre la adorable Clara—, toda su alegría se exhalaba en exuberancia cómica, en lirismo irónico, en palabrería, en una facundia irresistible, a la vez sarcástica y encantadora, ingenua y cínica.

—Habla más… dime más cosas —imploraba ella sin apartar de él sus ojos en los que tanta melancolía se mezclaba con tanta alegría juvenil.

Y cuando él había acabado, la muchacha insistía:

—Habla… cuéntame… Dime todo lo que ya sé… Mírame, cuéntame toda la aventura de las ruinas de Volnic con Gorgeret, la subasta en el salón y tu conversación con el marqués.

—¡Pero si tú estabas allí, Antonine!

—No importa. Todo lo que has hecho, todo lo que has dicho me apasiona. Y, además, hay cosas que no he acabado de comprender… ¿Es verdad que subiste por la noche a mi habitación?

—Sí, en tu habitación.

—¿Y no osaste venir hasta mí?

—¡Diablos, no! Tenía miedo de ti. En el castillo de Volnic eras terrible.

—¿Y antes habías estado en la habitación del marqués?

—En el dormitorio de tu padrino, sí. Quería conocer la carta de tu madre que tú le entregaste. Y así supe que tú eras su hija.

—Yo —dijo la muchacha con aire pensativo— lo supe antes por la fotografía de mamá que encontré en su casa, en su despacho de París. ¿Recuerdas? Pero eso no tiene importancia. Eres tú quien debe hablar. Vuelve a empezar… explica…

Y él volvía a empezar, explicaba, imitaba. Era, a la vez, el ridículo y acompasado notario Audigat, el inquieto y absorto d’Erlemont. Y fue también la graciosa y ligera Antonine.

Ella protestaba:

—No, ésa no soy yo… Yo no soy así.

—Tú eras así anteayer y la vez que viniste a mi casa. Hiciste esa cara… y esa otra… Mira, así.

La muchacha reía pero no cedía.

—No… no me viste bien… mira cómo soy.

—Sí, sé cómo eres esta mañana, con tus ojos que brillan y tus dientes deslumbrantes… Ya no eres la pequeña provinciana de aquel día ni la muchachita del castillo, la que no quería mirar pero que adivinaba. Eres diferente, pero vuelvo a encontrar en ti tu aire de reserva y de pudor que no cambia nunca, y también tus cabellos rubios que ayer reconocí… Y también tu silueta llena de gracia y de gentileza dentro de tu vestido de bailarina.

La muchacha no se había quitado el atuendo de danzarina, con el corpiño de gasa y la falda azul sembrada de estrellas. Estaba tan deseable así vestida que Raoul la cogió en sus brazos:

—Sí —le dijo—, te reconocí porque sólo tú podías dar esta imagen de seducción. Pero, a pesar de todo, ¡cómo te buscaba debajo de tu máscara! ¡Y qué miedo tenía cuando la retiré! ¡Y eras tú! ¡Eras tú! ¡Y también lo serás mañana, y toda la vida, y cuando estemos lejos de aquí!

Llamaron suavemente a la puerta.

—¡Pase!

Era el doméstico. Traía los periódicos y algunas cartas abiertas con anterioridad y clasificadas por Courville.

—¡Ah! Perfecto. Vamos a ver lo que dice la prensa del Casino Bleu, de Gorgeret y del gran Paul. Y también, supongo, del bar Les Écrevisses. ¡Qué histórica jornada!

El doméstico salió. Raoul pasó en seguida a las noticias.

—¡Vaya! Nos otorgan el honor de la primera página…

Después de una breve ojeada al título que anunciaba el suceso, Raoul se ensombreció y su alegría desapareció en seco. Murmuró:

—¡Qué idiotas! ¡Ese Gorgeret es un imbécil!

Y leyó a media voz: «El gran Paul, después de haber escapado a la policía en el curso de una redada efectuada en un bar de Montmartre, es arrestado en la inauguración del Casino Bleu y se escapa nuevamente de las manos del inspector Gorgeret y de sus agentes».

—¡Ah! —exclamó la muchacha—. ¡Es terrible!

—¿Terrible? —dijo Raoul—. ¿Por qué? Uno de esos días volverán a cogerle y seré yo quien me encargue de ello…

En el fondo aquella evasión le atormentaba y le irritaba profundamente. Se hacía necesario empezar de nuevo. Si el peligroso bandido volvía a estar libre, significaba que Antonine sería perseguida nuevamente y estaría amenazada por un enemigo despiadado que la abatiría en la primera ocasión que tuviera.

Recorrió el artículo. En él se mencionaba la captura del Árabe y de algunos subordinados en torno de los cuales la policía había levantado gran polvareda. Se contaba también la tentativa de asesinato contra la bailarina enmascarada y su rapto por un espectador, de quien se suponía que era un rival pero de quien no se daba ningún detalle preciso que permitiera reconocer a Raoul.

En cuanto a la danzarina enmascarada, nadie la había visto con el rostro descubierto. El director del casino la había contratado a través de una agencia de Berlín, en donde, «sin máscara», bailaba el invierno anterior con mucho éxito.

«Hace dos semanas —añadía el director en una entrevista— me telefoneó desde no sé dónde, diciéndome que acudía el día fijado pero que, por razones personales, aparecería enmascarada. Acepté creyendo que aquello tendría un suplemento de atractivo y esperando poder interrogarla la noche de la inauguración. Pero llegó a las ocho vestida ya para bailar y se encerró en su camerino».

Raoul preguntó:

—¿Es eso verdad?

—Sí —dijo Clara.

—¿Desde cuándo bailas?

—He bailado siempre. Para mi diversión y sin que nadie me viera. Después de la muerte de mi madre, recibí lecciones de una antigua bailarina y realicé algunos viajes.

—¿Qué vida llevabas, Clara?

—No me preguntes. Estaba sola, cortejada… No siempre supe defenderme.

—¿Dónde conociste al gran Paul?

—¿A Valthex? En Berlín. No le quería, pero tenía influencia sobre mí y yo no desconfiaba de él… Una noche me sorprendió en mi habitación después de forzar la cerradura. Fue más fuerte que yo.

—¡Miserable…! ¿Y eso duró mucho?

—Algunos meses. Después, en París, se comprometió en un asunto. Rodearon su habitación. Yo estaba con él y así supe que era el gran Paul. Asustada, mientras él se debatía, huí.

—¿Te ocultaste en provincias?

Después de una vacilación, la muchacha respondió:

—Sí. Me hubiera gustado corregirme y trabajar, pero no pude. Estaba sin recursos. Fue entonces cuando llamé al casino para decir que acudiría.

—Pero… ¿cuál era la razón de tu visita al marqués?

—Por última vez intenté escapar de la mala vida y pedirle protección.

—¿De ahí el viaje a Volnic?

—Sí, y después, ayer por la noche, sola en París, con una decisión repentina, me dirigí al teatro… El deseo de bailar… y también el de no faltar a mi compromiso… Un compromiso, por otra parte, de sólo ocho días. No quería más… ¡Tenía tanto miedo…! Y ya ves, mi miedo era fundado…

—No —dijo Raoul—, puesto que yo estaba allí y ahora tú estás aquí.

La muchacha se acurrucó entre sus brazos. Raoul murmuró:

—¡Qué muchacha más extraña eres! ¡Tan imprevista… tan incomprensible!

No se movieron del pabellón ni aquel día ni los dos siguientes. Leían en los periódicos todo lo que se publicaba en torno al caso, informaciones en su mayoría fantasiosas puesto que una vez más la policía no obtenía resultados. La única suposición que correspondía a la realidad fue la que decía que la bailarina enmascarada podía ser aquella Clara la Blonde de la que se había hablado tiempo atrás a propósito del gran Paul. En cuanto al nombre de Valthex, no fue mencionado. Gorgeret y sus hombres no descubrieron la personalidad verdadera de su adversario. Nada se pudo obtener del Árabe.

Sin embargo, cada día aumentaba la ternura y la pasión entre Raoul y su amiga.

Él continuaba respondiendo a todas las preguntas que ella le formulaba y se esforzaba por satisfacer su insaciable curiosidad. Quizá, como contrapartida, ella se encerraba cada vez más en aquel misterio en el que parecía esconderse como en su refugio preferido. En todo lo que se refería a sí misma, a su pasado, a su madre, a sus preocupaciones actuales, a sus sentimientos secretos, a sus intenciones con respecto al marqués, al papel que desempeñaba a su lado, el silencio, un silencio feroz, obstinado, doloroso… o el subterfugio mezclado con intentos de confesión que nunca se llevaban a cabo.

—No, no, Raoul, te lo suplico, no me preguntes nada. Mi vida y mis pensamientos no tienen ningún interés. Quiéreme tal como soy.

—Pero si precisamente no sé cómo eres.

—Entonces, ámame como te parezco ser.

El día en que le dijo esta frase, Raoul la llevó ante un espejo y bromeó:

—Tú apareces hoy con unos cabellos admirables, ojos de una pureza infinita, una sonrisa que me encanta… y con una expresión que me inquieta, en la que creo ver, no me lo tengas en cuenta, pensamientos… que desmienten tu rostro fresco… Y mañana te veré de otro modo. Los mismos cabellos, los mismos ojos, pero una sonrisa diferente y una expresión en la que todo parecerá cándido e inocente. Así cambias tú de un momento a otro. Tan pronto eres la pequeña provinciana como la mujer a la que el destino ya ha turbado y perseguido.

—Es cierto —dijo Clara—. Hay dos mujeres en mí…

—Sí —dijo él distraídamente—. Dos mujeres que se combaten y que por momentos se excluyen una a otra… Dos mujeres que no tienen la misma sonrisa, ya que es la sonrisa la que difiere en tus dos imágenes… tan pronto ingenua y joven, con las comisuras levantadas, como sonrisa amarga y entristecida.

—¿Cuál amas más?

—Desde ayer noche la segunda… Es la más misteriosa y oscura…

Al ver que la muchacha callaba, Raoul la llamó alegremente:

—Antonine… Antonine o la mujer de las dos sonrisas.

Ambos habían avanzado hacia la ventana abierta. Y ella le dijo:

—Raoul, quisiera pedirte algo.

—Tienes el sí por adelantado.

—Pues bien, no me llames más Antonine.

—¿No llamarte más Antonine? ¿Por qué?

—Es el nombre de la provinciana que yo era antes… Ingenua y osada ante la vida: aquel nombre lo perdí para llamarme Clara, Clara la Blonde.

—¿Y bien?

—Llámame Clara hasta que me haya convertido de nuevo en la que era antes.

Él se puso a reír.

—¿La que eras antes? Perderé en el cambio, querida. Si hubieras seguido siendo la pequeña provinciana no estarías aquí, ¡no me amarías!

—¡No amarte, Raoul!

—A mi vez te pregunto: ¿Sabes siquiera quién soy yo?

—Tú eres tú —dijo ella simple y apasionadamente.

—¿Estás segura? Yo no. He tenido tantas personalidades, he desempeñado tantos papeles que ya no me reconozco. ¿Lo ves, mi pequeña Clara?, puesto que así quieres que te llame. ¿Lo ves? No tienes que enrojecer ante mí, pues, hayas hecho lo que hayas hecho, yo te supero.

—Raoul…

—Sí… Una existencia de aventurero como la mía… no siempre es hermosa. ¿Has oído hablar alguna vez de Arsenio Lupin?

La muchacha se estremeció:

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Nada… Era un punto de referencia que tomaba… Tienes razón… ¿Para qué acusarnos el uno al otro? Clara y Antonine. Sois igualmente dulces e igualmente puras, y es a ti a quien amo más, Clara. En cuanto a mí, soy un mal sujeto, cosa que no me impide ser un buen hombre, y de ser un enamorado quizá no siempre fiel pero encantador, atento, lleno de cualidades…

Raoul reía besándola y repitiendo a cada beso:

—Clara… Clara la dulce… Clara la triste… Clara la enigmática…

Ella dijo bajando la cabeza:

—Sí, me amas… pero acabas de decirlo: eres un inconstante… ¡Dios mío! ¡Cuánto voy a sufrir por tu culpa!

—Pero qué feliz vas a ser —dijo él alegremente—. Además, no soy tan infiel como crees. ¿Cuántas veces te he engañado?

A su vez, Clara se echó a reír.

Durante una semana, el público y los periódicos se ocuparon del Casino Bleu. Después, ante la inanidad de las investigaciones y el hundimiento sucesivo de todas las hipótesis, se olvidó la cuestión. Por otra parte, Gorgeret se negaba a cualquier entrevista. Los periodistas no descubrieron ninguna pista.

Menos preocupada, Clara salía al atardecer y efectuaba algunas compras en los

almacenes de los barrios exteriores o se paseaba por el bosque. Raoul elegía también aquella hora para ir a sus citas y no la acompañaba por temor a llamar la atención.

De vez en cuando, pasaba por el Quai Voltaire, frente al número 63, sospechando que el gran Paul debía rondar por allí y que la policía debía haber tendido alguna trampa para cogerle.

Nada sospechoso descubrió y, a pesar de ello, encargó a Courville que estuviera al acecho ojeando los libros de las paradas de los buquinistas instaladas en los parapetos del Sena. Pero un día —el quince desde el rapto de Clara—, estando personalmente al acecho, descubrió a Clara que salía del número 63 y que subía a un taxi, alejándose en dirección opuesta.

Raoul no intentó seguirla. Hizo un gesto a Courville, que se reunió con él, y le envió a informarse con la portera. Courville regresó al cabo de unos momentos y le anunció que el marqués no había vuelto todavía pero que ya era la segunda vez que la joven muchacha rubia había pasado ante la portería, a la misma hora, llamando a la puerta del marqués. Al no estar los domésticos, la muchacha se había ido.

«Es curioso —se dijo Raoul—, que nada me haya dicho. ¿Qué hace allí?».

Regresó a su pabellón de Auteuil. Un cuarto de hora más tarde, Clara regresó a su vez, fresca y llena de animación. Él le preguntó:

—¿Te has paseado por el bosque?

—Sí —respondió la muchacha—. El aire me ha hecho bien. Andar resultaba delicioso.

—¿No has estado en París?

—No, la verdad. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te he visto.

Clara respondió sin esfuerzo:

—Me has visto… en imaginación.

—En carne y hueso, como suele decirse.

—Imposible.

—Es tal como tengo el honor de afirmar. Y mis buenos ojos no se equivocan nunca.

Ella le miró. Raoul hablaba seriamente, incluso con gravedad, con un matiz de reproche en la voz.

—¿Dónde me has visto, Raoul?

—Te he visto salir de la casa del Quai Voltaire y partir en coche.

Clara tuvo una sonrisa molesta.

—¿Estás seguro?

—Ciertamente. Y la portera, interrogada, pretende que es la tercera vez que vas allí.

La muchacha enrojeció sin saber cómo comportarse. Raoul añadió:

—Estas visitas son de lo más natural. ¿Por qué, pues, me las ocultas?

Al ver que la muchacha no respondía, se sentó a su lado, le tomó dulcemente la

mano y dijo:

—Siempre tus misterios, Clara. ¡Cuán equivocada estás! Si supieras a dónde puede conducirnos esta obsesión tuya en desconfiar de mí.

—No desconfío de ti, Raoul.

—No, pero lo parece. Habla de una vez, querida. ¿No comprendes que un día u otro sabré todo lo que no has querido revelarme y quién sabe si será demasiado tarde? Habla, querida.

Clara estuvo a punto de hacerlo. Sus rasgos se distendieron un momento y sus ojos tomaron una expresión de tristeza y de desarraigo como si temiera de entrada las palabras que iba a pronunciar. Por fin no tuvo el valor y se fundió en lágrimas con el rostro entre las manos.

—Perdóname —balbuceó—. Y cree que no tiene importancia que hable o no. Que lo haga no cambiará en nada lo que es y lo que será. Es algo insignificante para ti… ¡Pero tan importante para mí…! Las mujeres, ya lo sabes, somos como niños… Nos hacemos algunas ideas… Tal vez me equivoque… pero no puedo hablar… perdóname.

Raoul hizo un gesto de impaciencia.

—Sea —dijo—, pero insisto de la manera más formal que no vuelvas allí. Si lo haces, un día u otro te encontrarás o bien con el gran Paul o con la policía. ¿Acaso es eso lo que quieres?

Clara se inquietó.

—Tampoco tú tienes que ir. Corres el mismo peligro que yo.

Raoul lo prometió. La muchacha se comprometió a no volver e incluso a no salir del pabellón antes de que transcurrieran unos quince días…

XIII

El acecho

Raoul no se equivocaba al suponer que la casa del Quai Voltaire estaba vigilada. Pero no lo estaba de una manera regular y constante, lo que hubiera implicado el golpe que él temía. Gorgeret cometió el error, desde el punto de vista policial, de no hacer más que cortas apariciones en aquel lugar y de fiarse de sus hombres, dándoles demasiada libertad en la ejecución de sus órdenes. Fue a causa de esto que las visitas de la hermosa rubia y las a menudo imprudentes rondas de Courville pasaron desapercibidas. Además, Gorgeret fue traicionado por la portera, que recibía dinero de Raoul por intermedio de Courville, y de Valthex por intermedio de uno de sus cómplices, y que por ello sólo le pasaba informes vagos y contradictorios.

La vigilancia de Valthex fue más estrecha. Desde hacía media semana, un tipo raído, con sombrero de ala ancha y largos cabellos agrisados, que llevaba un bote de pintura, un caballete y pinceles, se instalaba a las diez de la mañana en la acera opuesta, a cincuenta metros de la mansión d'Erlemont, y aplastaba sobre su tela capas de pastas coloreadas que pretendían reproducir la ribera del Sena y la silueta del Louvre. Era el gran Paul. Era Valthex. Los policías no se interesaron en examinar a aquel viejo raído, tanto más porque su vestido era extravagante y porque su pintura atraía la atención de muchos curiosos.

Pero el gran Paul se iba hacia las cinco y media, y por ello no vio a la hermosa rubia que solía llegar más tarde.

Eso, precisamente, es lo que supo aquel día, a la mañana siguiente de la visita de Raoul. Había consultado su reloj y daba los últimos toques de pincel, cuando una voz murmuró a su espalda:

—No se mueva. Soy Sosthène.

Tres o cuatro personas estaban agrupadas a su alrededor. Una a una se alejaron. Nuevos curiosos se detenían.

Sosthène, un grueso burgués con aspecto de pescador de caña, murmuró de manera que sólo Valthex le oyera, mientras se inclinaba sobre el cuadro con interés de aficionado:

—¿Ha visto usted ya los periódicos de este mediodía?

—No.

—El Árabe ha sido interrogado de nuevo. Tenía usted razón. Él fue quien nos traicionó y quien dio la indicación del Casino Bleu. Pero no quiere hablar más y se niega a traicionarle de nuevo. No ha dicho ni el nombre de Valthex ni el de Raoul, y tampoco ha mencionado a la pequeña. Por este lado podemos estar tranquilos.

Sosthène se incorporó, examinó el cuadro desde un nuevo ángulo, echó una

ojeada al Sena, y se inclinó una vez más sosteniendo en la mano unos espejuelos que movía con gestos afectados. Prosiguió:

—El marqués regresa de Suiza pasado mañana. La pequeña vino ayer y se lo dijo a la portera para que ésta se lo comunicara a los domésticos. Así pues, la pequeña y el marqués mantienen correspondencia. ¿Dónde vive ella? Imposible saberlo. En cuanto a Courville, todavía ha trasladado algunos muebles y tengo la prueba de que es él. Así pues, sabemos que trabaja para Raoul y además que se pasea por aquí, según me ha dicho la portera.

El pintor, al tiempo que escuchaba disimuladamente, había levantado su pincel en el aire como para tomar medidas. El cómplice debió interpretar aquel gesto como una señal ya que lanzó una ojeada hacia el lado indicado y descubrió a un anciano que hojeaba libros en una de las paradas del parapeto. Cuando se volvió, el viejo exhibió una barba blanca tan admirable y tan cuadrada que no había medio de equivocarse.

Sosthène murmuró:

—Le he visto. Es Courville. Voy a pegarme a él como una lapa. Esta tarde, cita en la misma taberna que ayer.

Mientras se alejaba, fue acercándose poco a poco a Courville. Éste efectuó algunas evoluciones, destinadas, sin duda alguna, a despistar a un posible seguidor, pero como pensaba en todo menos en examinar el rostro de la gente, no se fijó en el gran Paul ni en su cómplice y se dirigió a Auteuil, remolcando, sin siquiera sospecharlo, al burgués con aspecto de pescador de caña.

El gran Paul esperó todavía una hora. Clara no acudió aquel día. Pero al ver aparecer a Gorgeret, el pintor recogió sus trastos y huyó.

Aquella tarde, los hombres de su banda se reunieron en el Petit-Bistrot de Montparnasse que había reemplazado para ellos al bar Les Écrevisses.

Sosthène se reunió con ellos.

—¡Ya está! —exclamó—. Están en un pabellón, en Auteuil, en la avenida de Marruecos, número 27. Courville ha llamado a la verja del jardín. La verja se ha abierto sola. A las ocho menos cuarto he visto llegar a la pequeña. Igual ceremonia: ha llamado y la verja se ha abierto.

—Y a él, ¿le has visto?

—No, pero no hay duda a su respecto.

—A pesar de todo, antes de actuar quiero percatarme… Tráeme el coche mañana a las diez, y juro por Dios que si es cierto Clara está perdida.

A la mañana siguiente, un taxi se detuvo ante la puerta del hotel en el que dormía el gran Paul. Subió. Al volante estaba, panzudo y rubicundo, con un sombrero de paja, el cómplice Sosthène.

—¡En marcha!

El chófer era hábil. Rápidamente llegaron a Auteuil y a la avenida de Marruecos, larga calle bordeada de árboles jóvenes que cruzaba entre viejos jardines y grandes posesiones parceladas recientemente. El pabellón de Raoul era un vestigio de una de

esas posesiones.

El coche se detuvo un poco más lejos. El gran Paul oculto en el taxi, podía ver por el espejo retrovisor la verja a treinta pasos de donde él se hallaba y las ventanas del primer piso, ambas abiertas. En el asiento delantero, el chófer leía su periódico.

De vez en cuando, cambiaban algunas palabras. El gran Paul se irritaba:

—¡Maldita sea! El pabellón parece deshabitado. Desde hace una hora no se mueve nadie.

—Los enamorados —dijo el gordo— no tienen prisa en levantarse.

Transcurrieron veinte minutos más. Después dieron las once y media.

—¡La muy perra! —masculló el gran Paul con el rostro pegado al cristal de la ventanilla—. ¡Y él un miserable!

En una de las ventanas aparecieron Raoul y Clara. Se acodaron en la barandilla del pequeño balcón. Se distinguían claramente sus bustos apretados uno contra otro, sus rostros sonrientes y felices, los cabellos deslumbrantes de Clara la Blonde.

—¡Vámonos! —ordenó el gran Paul, cuyo rostro estaba contraído por la ira—. Ya he visto bastante… ¡perra…! Ésa es su sentencia de muerte.

El coche arrancó y se dirigió hacia el barrio populoso de Auteuil.

—¡Alto! —ordenó el gran Paul—. ¡Sígueme!

Saltó sobre la acera y entraron en un café, en el que había escasa clientela.

—Dos vermuts… Y algo con qué escribir —encargó el gran Paul.

Durante largo tiempo reflexionó con la boca crispada y la expresión feroz. Después murmuró en voz baja, siguiendo el hilo de sus ideas:

—Eso es… sí… eso es… Caerá en la trampa… Ya está arreglado… Puesto que le ama, caerá en la trampa… Y entonces, ya la tengo… Tendrá que ceder… ¡Y si no, peor para ella!

Una pausa. Y después preguntó:

—Lástima que no tengo una muestra de su escritura. ¿La tienes tú?

—No. Pero tengo una carta de Courville que me agencié en el despacho del entresuelo.

El rostro del gran Paul se iluminó:

—Dámela.

Estudió la escritura. Copió palabras, se aplicó en las mayúsculas y después, tomando una hoja de papel, trazó apresuradamente algunas líneas que firmó «Courville».

En un sobre trazó la dirección con la misma letra imitada:

«Señorita Clara - Avenida de Marruecos, 27».

—¿El número? ¿Es el 27, verdad…? Bien, ahora escúchame y toma buena nota de mis palabras. Te dejo. Sí, si permaneciera aquí haría una tontería. Quédate y almuerza. Después te pones a vigilar. Lógicamente, Raoul y Clara deben salir cada uno por su cuenta y Raoul el primero, puesto que Clara sólo va a pasear. Una hora u hora y media después de la salida de Raoul, te detienes ante el pabellón con tu coche,

llamas, te abren, finges estar muy agitado y entregas esta carta a la pequeña. Léela.

Sosthène leyó y bajó la cabeza.

—El lugar está mal elegido. ¡Una cita en el Quai Voltaire! ¡Es un error! ¡No acudirá!

—Acudirá porque no desconfiará. ¿Cómo podrá suponer que he elegido este lugar para tenderle una trampa?

—De acuerdo, pero ¿y Gorgeret? Gorgeret puede verle a usted, patrón, puede verla a ella…

—Tienes razón. Toma, envía este neumático por correo.

El gran Paul escribió: «La policía tiene que saber que el gran Paul y sus amigos se reúnen cada día, a la hora del aperitivo, en el Petit-Bistrot de Montparnasse».

Y explicó a su acólito:

—Gorgeret acudirá al Petit-Bistrot. La investigación inmediata le probará que el informe es bueno y nos esperará. De este modo estaremos libres para ir donde queramos. Tienes que prevenir a los camaradas.

—¿Y si Raoul no sale del pabellón o sale demasiado tarde?

—Tanto peor. Aplazaremos el golpe para mañana.

Los dos hombres se separaron. Después de su almuerzo, Sosthène empezó su vigilancia. Raoul y su amiga permanecieron durante más de cuatro horas en el pequeño jardín que precedía al pabellón. El calor era pesado y los enamorados hablaban apaciblemente, protegidos del sol por las ramas de un viejo castaño.

Antes de partir, Raoul observó:

—Estás hoy melancólica, querida. ¿Ideas negras? ¿Presentimientos?

—No creo en presentimientos desde que te conozco, pero de todas maneras, cuando nos separamos me siento triste.

—Sólo es por algunas horas.

—Es demasiado tiempo… Y además, tu vida… ¡tan secreta!

—¿Quieres que te la cuente y te ponga al corriente de mis buenas acciones? Pero tendrás que oír también el relato de las malas.

Al cabo de un instante de vacilación, la muchacha respondió:

—No. Prefiero ignorarla.

—¡Tienes razón! —dijo Raoul riendo—. También yo preferiría no saber lo que hago, pero tengo una endemoniada lucidez que me obliga a ver claro incluso cuando cierro los ojos. Hasta ahora, querida. Y no te olvides de la promesa que me has hecho de no moverte de aquí.

—Y tú no te olvides de lo que me has dicho de no aventurarte por el Quai Voltaire. —Y Clara añadió en voz más baja—: En el fondo eso es lo que me obsesiona… el peligro que corres…

—Nunca corro peligro.

—¡Sí! Cuando imagino tu existencia más allá de este pabellón, te veo en medio de bandidos que se lanzan sobre ti, de policías que quieren tu piel…

Raoul acabó, irónico, la frase:

—De perros que intentan morderme, de tejas que esperan caer sobre mi cabeza, de llamas que sueñan en quemarme.

—¡Así es, así es! —exclamó Clara, contagiada por su alegría.

Le besó apasionadamente y después le acompañó hasta la verja.

—Apresúrate, Raoul. Sólo hay una cosa importante: estar a tu lado.

Clara se sentó de nuevo en el jardín e intentó leer o interesarse en un bordado. Después, entró en la casa e intentó dormir. Pero estaba atormentada y no tenía ganas de hacer nada.

De vez en cuando se miraba en un espejo. ¡Cómo había cambiado! ¡Cuántos signos de preocupación! Los ojos estaban circundados de azul. La boca estaba lacia, la sonrisa era desolada.

«Qué importa —se dijo—, Raoul me ama como soy».

Dieron las cinco y media. Se oyó el ruido de un coche que se detenía, lo que la obligó a acudir a la ventana. De hecho, el coche se había estacionado frente a la verja. Un grueso chófer descendió y llamó a la puerta.

Clara vio cómo el ayuda de cámara cruzaba el jardín y regresaba con una carta, cuyo sobre examinaba. Al cabo de unos instantes llamó a su puerta y le tendió la misiva.

«Señorita Clara - Avenida Marruecos, 27».

Clara abrió el sobre y leyó. Un grito se estranguló en su garganta y la muchacha balbuceó:

—¡Tengo que ir… tengo que ir!

El ayuda de cámara observó:

—Puedo recordar a la señorita que el patrón…

Sin una vacilación, tomó la carta y leyó a su vez:

«Señorita, el patrón ha sido herido en la escalera. Está acostado en su despacho del entresuelo. Todo va bien, pero la reclama. A usted, la reclama a usted. Respetuosamente. — Courville».

La escritura estaba tan bien imitada que el ayuda de cámara, que la conocía, no creyó necesario retener a Clara. Por otra parte, ¿hubiera sido posible retenerla?

Clara se envolvió con un chal, corrió a través del jardín, descubrió el rostro de Sosthène, le interrogó y, sin esperar respuesta, subió al coche.

XIV

Rivalidad

Ni por un segundo, Clara pensó que aquello fuera una estratagema o una trampa. Raoul estaba herido, quizá muerto. Más allá de aquella espantosa realidad, nada contaba. Cuando reflexionaba, en el tumulto de su cerebro se presentaban tan sólo los incidentes que ella imaginaba que habían sucedido: visita de Raoul a la casa del 63, encuentro con Gorgeret o con el gran Paul, choque, batalla, transporte del herido al entresuelo. Clara sólo presentía dramas y catástrofes y la herida tomaba el aspecto, visible para ella, de una horrible llaga de la que manaba gran cantidad de sangre.

Pero una herida era sólo la hipótesis más favorable en la que Clara apenas confiaba. La visión de la muerte no se apartaba de su cerebro y le parecía que las fórmulas empleadas por Courville en su apresurada carta hubieran sido diferentes si el resultado del encuentro no fuera tan grave. No, Raoul estaba muerto. No tenía derecho a poner en duda aquella muerte que percibía de golpe como un acontecimiento que las circunstancias habían preparado desde hacía largo tiempo. El destino, al aproximar Raoul a Clara, exigía aquella muerte inevitable. Un hombre amado por Clara y que la amaba tenía que morir fatalmente.

Ni por un instante pensó en las consecuencias que su llegada junto al cadáver podían tener para ella. Tanto si el choque se había producido entre Raoul y Gorgeret como entre Raoul y el gran Paul, lo cierto era que la policía ocuparía el entresuelo del Quai Voltaire. Así, cuando la policía descubriera a Clara la Blonde atraparía aquella presa que había perseguido inútilmente hasta el momento presente. Aquella eventualidad no se le ocurrió o le pareció insignificante. ¿Qué le importaba ser arrestada y encarcelada si Raoul había dejado de vivir?

Pero Clara no tenía ni siquiera fuerzas para encadenar las ideas que la obsesionaban. Fugaces, estas ideas se convertían en frases incoherentes o, mejor dicho, en breves imágenes que se sucedían más allá de cualquier lógica: se mezclaba la visión de los paisajes que se presentaban ante sus ojos, riberas del Sena, mansiones, calles, aceras, gente que paseaba y todo aquello evolucionaba tan lentamente que de vez en cuando la muchacha gritaba al chófer:

—¡Deprisa! ¡Apresúrese! ¡No nos movemos de sitio…!

Sosthène volvía hacia ella su rostro cordial con expresión de decir: «Tranquilícese usted, señorita, ya llegamos».

De hecho, estaban llegando.

Clara saltó a la acera.

El chófer rechazó el dinero que la muchacha le ofrecía. Clara arrojó el billete sobre el asiento sin prestar atención y corrió al vestíbulo de la planta baja. No vio a la

portera que estaba en el patio interior y subió rápidamente, sorprendida de que todo estuviera tan calmado y de que nadie acudiera a su encuentro.

No había nadie tampoco en el rellano. Ningún ruido.

Aquello la sorprendió pero nada la podía detener. Se precipitaba hacia su desgraciado destino con un deseo y una esperanza inconsciente de acabar, también ella, y de que su muerte se mezclara con la muerte de Raoul.

La puerta estaba entreabierta.

Clara no se dio exacta cuenta de lo que sucedía. Una mano le sujetó el rostro buscándole la boca para amordazarla con un pañuelo convertido en una bola, mientras que otra mano la agarraba por los hombros y la empujaba con tanta brutalidad que la muchacha perdió el equilibrio, se tambaleó hacia la pieza principal, en la que cayó cuan larga era con el rostro contra el parquet.

Entonces, tranquilamente, súbitamente serenado, Valthex echó el cerrojo de seguridad, cerró a su espalda la puerta del salón y se inclinó hacia la mujer caída.

Clara no estaba desvanecida. Se estaba recuperando de su atontamiento y comprendió acto seguido la trampa en la que había caído. Abrió los ojos y contempló a Valthex con espanto.

Y Valthex, frente a aquella adversaria impotente, inerte, vencida, desesperada, se echó a reír, pero a reír con una risa que Clara no había oído nunca, en la que había tanta crueldad que hubiera sido una locura apelar a su compasión.

Valthex la levantó y la sentó sobre el diván, único asiento que, junto con el gran sillón, había en la pieza. Después, abriendo las puertas de las dos habitaciones contiguas, dijo:

—Las habitaciones están vacías. El apartamento está protegido. Nadie puede socorrerte, Clara. Nadie, ni siquiera tu buen amigo. Y él menos que nadie, pues he lanzado a la policía sobre sus huellas. Así pues, estás perdida, y ya sabes lo que tienes que hacer.

Y repitió con crueldad:

—Ya sabes lo que tienes que hacer, lo que te espera.

Apartó la cortina de una ventana. El coche todavía estaba allí. Sosthène vigilaba, de pie en la acera, con ojo atento. Valthex insistió:

—Estamos guardados por todos lados, y bien guardados. Durante una hora estaremos tranquilos. ¡Y pasan tantas cosas en una hora! Tantas cosas y yo sólo quiero una. Después partiremos juntos. Nuestro coche está abajo… Podremos coger el tren… Y haremos un largo viaje… ¿De acuerdo?

Valthex avanzó un paso.

Clara temblaba de pies a cabeza. Bajó los ojos y miró sus manos para obligarlas a estar inmóviles, pero sus manos continuaron temblando como hojas, y también sus piernas y todo su cuerpo, que sentía, a la vez, febril y helado.

—¿Tienes miedo, verdad? —le dijo el hombre.

La muchacha balbuceó:

—No tengo miedo de morir.
—No, pero sí de lo que va a pasar.
Clara bajó la cabeza:
—No pasará nada.
—Sí —exclamó él—. Algo muy importante y que es lo único que ambiciono. Recuerda lo que pasó la primera vez entre nosotros… Y todas las veces siguientes mientras estuvimos juntos. No me amabas… incluso creo que me detestabas… Pero eras la más débil y, cansada, extenuada… entonces… ¿Recuerdas?
Se aproximó. Clara retrocedió sobre el diván con los brazos extendidos para rechazarle. Él bromeó:
—Te preparas… Como en las otras ocasiones… Mejor… no te pido que me aceptes… por el contrario… cuando te beso prefiero que sea por la fuerza… Hace tiempo que ya no tengo amor propio.
Su rostro se hacía odioso, atroz de rabia y de deseo… Sus dedos se crispaban para estrechar aquel cuello débil, convulso, agónico…
Clara se había levantado, en pie, sobre el diván, del que saltó para ir a protegerse detrás del sillón. Había un revólver escondido en el cajón de la mesa. La muchacha intentó cogerlo pero no tuvo tiempo y huyó a la habitación contigua, corrió, se tambaleó y, finalmente, fue atrapada por los terribles dedos que, acto seguido, la agarraron por el cuello y le quitaron toda la fuerza.
Clara se dobló sobre sus rodillas. Fue empujada hacia el diván. Su talle se plegó. Sintió que iba a perder el conocimiento…
Pero el espantoso abrazo se aflojó un poco. El timbre del vestíbulo había sonado y su tintineo se prolongaba en la habitación con un ligero eco. El gran Paul volvió la cabeza y tendió la oreja. No se produjo ningún otro ruido. El cerrojo estaba echado. ¿Qué había que temer?
De nuevo se dirigió para coger a su presa, cuando dejó escapar un gemido de espanto. Su mirada había sido atraía por un destello de luz que se movía entre ambas ventanas y que le dejó estupefacto, aterrorizado, incapaz de comprender el milagroso fenómeno que se producía más allá de toda explicación plausible.
—¡Él! ¡Él! —murmuró confundido.
¿Era una alucinación? ¿Una pesadilla? Veía claramente en el centelleo de una pantalla luminosa, que parecía una pantalla cinematográfica, la figura de Raoul. No un rostro de retrato sino un rostro vivo, con ojos que se movían y la sonrisa agradable y alegre de caballero que se presenta con el aire de decir: «Pues sí, soy yo. ¿No me esperaban, verdad? ¿Está usted contento de verme? Quizá llego con retraso, pero recuperaremos el tiempo perdido porque aquí estoy».
Se produjo el ruido de una llave al introducirse en la cerradura, otro ruido de llave en el cerrojo de seguridad, el ruido de una puerta al ser empujada… Valthex se había levantado y miraba lleno de espanto. Clara escuchaba con el rostro distendido.
La puerta se abrió, no por el empujón violento de un intruso o de un agresor, sino

por el gesto apacible de alguien que entra en su casa y que está contento de entrar en ella porque lo va a encontrar todo en orden, cada objeto en su lugar y los buenos amigos hablando afectuosamente de él.

Sin molestia ni precaución, Raoul pasó cerca de Valthex, cerró la pantalla luminosa y dijo a su adversario:

—Tienes aspecto de candidato a la guillotina. Tal vez sea ésta la suerte que te ha sido reservada, pero por el momento estás fuera de todo peligro.

Después, dirigiéndose a Clara:

—Ésta es la consecuencia de desobedecer a Raoul, querida. ¿Acaso el señor te ha mandado una carta? Déjamela ver.

La muchacha le tendió un pedazo de papel que él examinó cuidadosamente.

—Es culpa mía —dijo—. Tenía que haber previsto esta trampa. Es un ardid clásico en el que siempre la enamorada se lanza de cabeza. Pero ahora, pequeña, no hay por qué tener miedo. Vamos, de prisa, sonríe. Ya ves que es inofensivo… No es más que un cordero, un cordero embrutecido… Creo que se acuerda de nuestros encuentros precedentes y que no va a arriesgarse a una nueva batalla, ¿verdad, Valthex? ¿Te has vuelto razonable, no es así? Razonable pero estúpido. ¿Por qué diablos has dejado a tu chófer sobre el muelle? Y además, teniendo esa jeta tan especial. En seguida he reconocido en él al tipo que estaba estacionado esta mañana en la avenida de Marruecos. La próxima vez, pídeme consejo.

Valthex intentaba recuperarse de su sorpresa. Cerraba los puños, fruncía las cejas. El tono irónico de Raoul le exasperaba y esto animaba a Raoul a proseguir:

—No, de verdad, reanímate. Ya te he dicho que la guillotina no es para ahora. Tendrás todo el tiempo necesario para acostumbrarte a la idea. Hoy no se trata más que de una pequeña formalidad que consistirá en atarte de pies y manos con mucha suavidad y respeto. Una vez hecho eso, telefonearé a la prefectura y Gorgeret acudirá a recoger el paquete. Como ves, el programa es sencillísimo…

La rabia de Valthex crecía a cada palabra. El entendimiento entre Raoul y Clara, tan visible y tan profundo, le sacaba de quicio. Clara ya no tenía miedo, casi sonreía y se burlaba de él con su amante.

La idea de aquella situación burlesca y de su humillación ante la joven le sacó de su estupor. A su vez, tomó la ofensiva y atacó con la precisión y la cólera contenida de un hombre que se sabe en posesión de armas peligrosas y que está dispuesto a utilizarlas.

Se sentó en el sillón y subrayando las frases con el golpeteo de sus pies en el suelo, dijo:

—Entonces, ¿es eso lo que quieres? ¿Entregarme a la justicia? Lo intentaste ya en el bar de Montmartre y después en el Casino Bleu. Ahora quieres aprovechar el azar que te ha puesto de nuevo en mi camino. De acuerdo. No creo que lo consigas. Pero, en todo caso, quiero que sepas exactamente a qué conduciría tu éxito. Es necesario que la chica lo sepa, sobre todo ella.

Se volvió hacia Clara, que estaba inmóvil en el diván, más calmada pero todavía crispada y ansiosa.

—Vamos, compañero. Lárganos tu historia —dijo Raoul.

—Una pequeña historia para mí, tal vez —dijo Valthex—, pero de gran importancia para ella. Mira, fíjate cómo me escucha. No ignora que no bromeo y que no pierdo el tiempo discutiendo. Algunas palabras solamente pero que cuentan.

Se inclinó hacia Clara y clavó sus ojos en los de ella:

—¿Sabes quién es el marqués en relación contigo?

—¿El marqués?

—Sí. Un día me confiaste que había conocido a tu madre.

—La conoció, es cierto.

—Desde entonces adiviné que tú tenías alguna sospecha sobre la verdad pero ninguna prueba.

—¿Qué prueba?

—No desvíes la cuestión. Lo que fuiste a buscar el otro día a casa de d'Erlemont era la prueba de la que te estoy hablando. En el cajón secreto, que yo registré antes que tú, encontraste, precisamente, la fotografía de tu madre con una dedicatoria que no deja a dudas: tu madre fue la amante, una de las mil y una amantes del marqués y tú eres la hija de Jean d'Erlemont.

Clara no protestó. Esperó la continuación de las palabras del gran Paul. Éste prosiguió:

—Te confieso que éste es un punto secundario y si hago alusión a él es simplemente para que esa verdad quede bien establecida. Jean d'Erlemont es tu padre. Ignoro cuáles son tus sentimientos hacia él pero éste es un hecho que debe influir en tu conducta. Jean d'Erlemont es tu padre. Ahora bien —Valthex puso en su entonación y en su actitud mayor gravedad todavía, casi solemnidad—, ¿sabes cuál fue el papel de tu padre en el drama del castillo de Volnic? ¿Has oído hablar del drama, verdad? Aunque sólo sea en boca de tu amante —¡con qué mueca furiosa Valthex pronunció esta palabra!—, sabrás que una dama, Elisabeth Hornain, era mi tía, fue asesinada y despojada de sus joyas. Ahora bien, ¿conoces el papel de tu padre en todo eso?

Raoul se encogió de hombros:

—Pregunta idiota. El marqués d'Erlemont sólo desempeñó el papel de invitado. Estaba en el castillo, eso es todo.

—Ésta es la versión de la policía. La realidad es diferente.

—¿Cuál es esa realidad según tu criterio?

—Elisabeth Hornain fue asesinada y robada por el marqués d'Erlemont.

—¡No seas estúpido! ¡Eres un auténtico humorista!

Clara, indignada, balbuceó:

—¡Mientes! ¡No tienes derecho a…!

Valthex repitió la frase con mayor violencia y con un tono de rabiosa

provocación. Sin embargo, pudo dominarse todavía y volviéndose a sentar desarrolló su acusación.

—Yo tenía veinte años en aquella época y nada sabía de las relaciones de Elisabeth Hornain. Diez años más tarde, el azar de las cartas encontradas de mi familia me reveló sus relaciones, lo que me hizo pensar en los motivos del marqués para no decir nada a la policía. Así pues, rehíce por mi cuenta la inspección, salté el muro del castillo y, ¿qué descubrí? Paseándose con el guardia, dando una batida por las ruinas, estaba Jean d'Erlemont. ¡Jean d'Erlemont, el secreto propietario del castillo! A partir de aquel momento hice investigaciones, leí los periódicos de la época, tanto los de la Auvernia como los de París. Diez veces regresé a Volnic husmeando por todas partes, haciendo preguntas a la gente del pueblo. Me deslicé en la vida del marqués, me introduje en su casa durante sus ausencias, registré sus cajones, leí sus cartas y todo lo hice con una idea concreta que no habían tenido los de la policía judicial, ya que ignoraban un hecho grave que éste les había ocultado.

—¿Y qué encontraste, compañero?

—Encontré cosas nuevas, y mejor todavía: relacioné entre ellos diversos detalles que lógicamente dan a la conducta de Jean d'Erlemont su sentido real.

—Desembucha.

—Fue Jean d'Erlemont quien hizo invitar a Elisabeth Hornain por la señorita de Jouvelle. Fue él quien obtuvo de Elisabeth Hornain que quisiera cantar en las ruinas y fue él quien le indicó el lugar en que su aparición causaría mayor efecto y, por último, él fue quien condujo a Elisabeth Hornain a través del jardín hasta el pie de las escaleras.

—Ante los ojos de todo el mundo.

—No, al menos no durante todo el tiempo. Entre el momento en que ellos doblaron el ángulo de la primera columna y aquel en que Elisabeth reapareció sola en el extremo de una avenida de arbustos que los ocultaban hubo un intervalo de más de un minuto: más tiempo del que se necesita para recorrer aquella pequeña etapa. ¿Qué pasó durante aquel minuto? Es fácil establecerlo cuando se admite la suposición, fundada en los testimonios de varios de los criados insuficientemente interrogados por la policía, suposición que indica que cuando se volvió a ver a Elisabeth en la cumbre de las ruinas no llevaba sus joyas.

Raoul se encogió nuevamente de hombros.

—Entonces, ¿qué? ¿El marqués las robó sin que Elisabeth se diera cuenta?

—No. Elisabeth se las confió creyendo que aquellas joyas no iban con el estilo de las canciones que pensaba interpretar. Escrúpulo que está perfectamente de acuerdo con el carácter de Elisabeth Hornain.

—¿Y después, de regreso al castillo, la mató para que no la obligara a devolverlas? La mató de lejos, por mediación de Satanás.

—No. La hizo matar.

Raoul se impacientó.

—Pero no se hace matar a la mujer que se ama para apropiarse de unas joyas de teatro, rubíes y zafiros falsos.

—Ciertamente. Pero puede hacerse cuando las joyas son auténticas y valen millones.

—La misma Elisabeth proclamó que aquellas joyas eran falsas.

—Se vio obligada a ello.

—¿Por qué?

—Estaba casada… Y aquellas joyas eran el regalo de un americano de quien había sido la amante. Frente a su marido y frente a sus camaradas que la hubieran envidiado, Elisabeth Hornain guardó el secreto. Tengo pruebas de todo esto, pruebas escritas y pruebas también de la belleza incomparable de aquellas piedras preciosas.

Raoul callaba con una sensación de molestia y observaba a Clara, que ocultaba su cara entre las manos. Por fin preguntó:

—¿Pero, quién cometió el crimen?

—Un individuo del que nadie se preocupó y de quien incluso la gente ignoraba su presencia en el castillo… Gassiou, un pastor, pobre diablo, inocente pero no loco, sino simple de espíritu. Está demostrado que d'Erlemont iba a menudo a ver a Gassiou cuando estaba en el castillo, huésped de los Jouvelle, y que le daba vestidos, cigarros e incluso dinero. ¿Por qué? ¿Con qué propósito? A mi vez, también frecuenté a ese Gassiou… De él conseguí que me hablara de una mujer que cantaba y que murió cantando… confidencias inacabadas, incoherentes. Pero una vez le sorprendí haciendo voltear una honda grosera apuntando hacia un pájaro de presa que volaba sobre su cabeza. El guijarro partió de la honda y mató al pájaro. Fue una revelación para mí.

Hubo un silencio, después del cual Raoul preguntó:

—¿Y después?

—Después la verdad se impone. Gassiou, alentado por el marqués, se ocultó aquel día en algún rincón de la muralla en ruinas y su guijarro hirió mortalmente a Elisabeth Hornain. Acto seguido huyó.

—Es una hipótesis.

—Es una certeza.

—¿Tienes pruebas?

—Tengo pruebas irrefutables.

—¿De manera que…? —preguntó Raoul con voz distraída.

—De manera que si la justicia me atrapa, acusaré al marqués de haber matado a Elisabeth Hornain. Entregaré todo mi dossier a la policía y estableceré que ya en aquella época d'Erlemont tenía problemas económicos y que buscaba, por intermedio de una agencia, una herencia que había perdido y que sólo pudo sostener su tren de vida de los quince años siguientes gracias al producto de su robo. Además, en tanto que sobrino, reclamo las joyas o, al menos, daños y perjuicios equivalentes a su valor.

—No tendrás ni un céntimo.

—De acuerdo. Pero d'Erlemont será deshonrado e irá a la cárcel. Tiene tanto miedo de ello que, a pesar de ignorar lo que yo sé, nunca se ha negado a darme dinero.

XV

El asesinato

Raoul se paseó de arriba a abajo por la habitación mientras reflexionaba. Clara permanecía inmóvil, absorta, con el rostro invisible. Valthex, en pie, con los brazos cruzados, tenía el aspecto arrogante. Raoul se detuvo ante él.

—Pero tú no eres un chivato.

—Al principio sólo quería vengar a mi tía Elisabeth. Ahora el dossier que he reunido está a salvo y me aprovecho de él. Déjame pasar.

Raoul no apartó sus ojos del gran Paul.

—¿Y después? —preguntó.

—¿Después?

Valthex creyó que tenía la partida ganada y que su amenaza había surtido efecto, que podía ir hasta el extremo de su victoria. La actitud de Clara confirmaba su idea.

—Después —dijo Valthex— mi amante se reunirá conmigo. Exijo que dentro de una hora esté en mi casa, en la dirección que le daré.

—¿Tu amante?

—Ella —dijo Valthex señalando a Clara.

Raoul había palidecido. Dijo lentamente:

—¿Continúas con tu pretensión…? ¿Sigues esperando?

—No, no espero —dijo Valthex engallándose, fiero—. Reclamo lo que es mío. La quiero a ella, que fue mi amante y que tú me has robado.

No pudo terminar, pues la expresión de Raoul era terrible. Su mano esbozó un gesto en dirección al bolsillo en que guardaba el revólver.

Se desafiaron con la mirada, como dos rivales encarnizados.

Y, súbitamente, Raoul, saltando sobre sí mismo, le lanzó a las piernas, a la altura de los tobillos, dos puntapiés, y luego le agarró por los brazos con sus manos implacables.

El otro se dobló de dolor, no tuvo fuerza para resistir y fue derribado por el choque.

—¡Raoul! ¡Raoul! —gritó la joven precipitándose hacia él—. No, te lo ruego, no os peleéis.

El furor de Raoul era tal que golpeaba a su enemigo inútilmente, sin otra razón que el castigo. Las explicaciones, las amenazas de Valthex ya nada contaban para él. Frente a él sólo había un hombre que le disputaba a Clara, que había sido su amante, se vanagloriaba de ello y reclamaba todavía el pasado. Y Raoul creía que a puñetazos y a puntapiés destruiría aquel pasado.

—No, no, Raoul, te lo ruego, déjale, que se vaya, no le entregues a la justicia, te

lo suplico… Por mi padre… No, que se vaya…

Raoul respondió, mientras seguía golpeando a Valthex:

—No te preocupes, Clara. Nada dirá contra el marqués. No sabemos ni siquiera si es cierto lo que nos ha contado. Y, además, tampoco hablará, no le conviene.

—Sí —imploraba la muchacha sollozando—, sí… se vengará.

—¿Qué importa? Es una bestia malvada. Hay que librarse de él. Si no, un día u otro la tomará contigo.

Clara no cedía. Le impedía golpear a Valthex. Hablaba de Jean d'Erlemont diciendo que no tenían derecho a exponerle a una delación.

Por último, Raoul dejó a su presa. Su cólera se debilitaba. Dijo:

—Que se vaya. ¿Lo oyes, Valthex? Vete. Pero si te atreves a tocar a Clara o al marqués estás perdido. Lárgate.

Valthex permaneció algunos segundos inmóvil. ¿Le había maltratado tanto Raoul que no podía ponerse en pie? Se apoyó sobre el codo, volvió a caer, hizo un nuevo esfuerzo que le llevó hasta el sillón, intentó ponerse en pie, pareció perder el equilibrio y cayó de rodillas. Pero todo aquello no era más que un truco. En realidad, no tenía otra idea más que aproximarse al velador. Bruscamente, hundió su mano en el cajón, cogió el revólver cuya culata se veía desde fuera y con un grito ronco se volvió violentamente hacia Raoul con el brazo levantado.

Por más rápido e imprevisto que había sido su gesto, no tuvo tiempo de ejecutarlo. Alguien se le avanzó. Clara se interpuso entre los dos hombres, sacó de su corpiño un cuchillo y lo clavó en el pecho de Valthex sin que éste pudiera parar el golpe ni que Raoul pudiera intervenir.

Valthex, al principio pareció no sentir nada ni experimentar dolor alguno. Su rostro, sin embargo, amarillento de ordinario, palideció hasta hacerse blanco. Después, su gran cuerpo se estiró, inmenso, desmesurado y, como un saco, se desplomó con el busto y los brazos estirados sobre el sillón. Dejó escapar un suspiro profundo al que siguieron varios hipos. Después sobrevino el silencio y la inmovilidad.

Clara, con su cuchillo ensangrentado en la mano, había contemplado con ojos desencajados aquella especie de desarraigo y caída. Cuando Valthex cayó, Raoul tuvo que sostenerla porque la muchacha balbuceaba aterrorizada:

—He matado… he matado… nunca más me querrás… ¡Qué horror!

Él murmuró:

—Claro que sí, claro que te amaré. Te amo, pero ¿por qué le has apuñalado?

—Iba a disparar contra ti… el revólver…

—Pero, pequeña, si no estaba cargado. Lo había dejado aquí precisamente para tentarle y evitar que se sirviera del suyo.

Hizo que la muchacha se sentara en el sillón, haciéndole dar la vuelta de manera que no viera el cuerpo de Valthex. Después se inclinó sobre éste, le examinó, le auscultó el corazón y dijo entre dientes:

—Late todavía… pero es la agonía.

Y, no pensando más que en ella, en aquella mujer que había que salvar a cualquier precio, dijo con vivacidad:

—Vete, querida… No puedes quedarte aquí… Alguien vendrá…

Un estremecimiento de energía sacudió a Clara.

—¿Irme? ¿Dejarte solo?

—Piensa que si te encuentran aquí…

—¿Y tú?

—No puedo dejar a este hombre.

Raoul vaciló un instante. Sabía que Valthex estaba perdido, pero Raoul no podía decidirse a abandonarlo. Se sentía indeciso, turbado.

Clara fue inflexible.

—No me iré. He sido yo quien le ha herido y yo soy la que tiene que ser arrestada.

Aquella idea la sobrecogió:

—¿Arrestada? No, eso nunca. No quiero… no te arrestarán. Este hombre era un miserable: ¡peor para él! ¡Vámonos! No tengo derecho a dejarte aquí sola.

Raoul corrió hacia la ventana, levantó la cortina y retrocedió:

—¡Gorgeret!

—¡¿Qué?! ¿Gorgeret? ¿Viene?

—No… vigila la casa con dos de sus hombres. La huida es imposible.

En la habitación hubo algunos segundos de pánico. Raoul había colocado sobre el cuerpo de Valthex un mantel. Clara iba y venía, sin darse cuenta de lo que hacía. Bajo su cobertura, el moribundo tenía sobresaltos.

—Estamos perdidos… estamos perdidos —balbuceó la muchacha.

—¿Qué dices? —protestó Raoul, a quien aquellos instantes de emoción excesiva volvían tranquilo y dueño de sí mismo.

Raoul reflexionó. Consultó su reloj. Después, tomó el teléfono y con voz áspera dijo:

—¿Oiga, oiga? ¿No me oye, señorita? No se trata de ningún número. Páseme a la encargada… ¿Oiga? ¿La encargada? ¡Ah! ¿Eres tú, Caroline? ¡Qué suerte! Buenos días, querida… Mira, por favor, llama a mi aparato sin cesar durante cinco minutos… Hay un herido en la habitación… Entonces es necesario que la portera oiga el teléfono y suba. ¿De acuerdo…? No, Caroline, no te preocupes… Todo va bien… Es un pequeño accidente sin importancia alguna. ¡Adiós!

Volvió a colgar el teléfono. El timbre comenzó a sonar. Entonces Raoul cogió la mano de su amante y le dijo:

—Ven. En dos minutos la portera estará aquí. Sin duda irá en busca de Gorgeret a quien es probable que conozca. Nosotros huiremos por arriba.

Su voz era tan apacible y tan imperiosa que la muchacha no pensó ni siquiera en resistirse.

Raoul recogió el puñal, limpió el aparato del teléfono para que no pudieran encontrar huellas dactilares, descubrió el cuerpo de Valthex, rompió la pantalla luminosa y ambos se marcharon dejando la puerta abierta de par en par.

El timbre seguía sonando, estridente e incansable, mientras que ambos subían al tercer piso, es decir, hasta el piso en que vivían los domésticos, encima de los aposentos de Jean d’Erlemont.

Raoul se puso acto seguido a forzar la puerta, lo que resultó fácil pues la cerradura no estaba cerrada con llave, ni el cerrojo echado.

En el momento en que entraban en el piso, antes de que pudieran cerrar de nuevo la puerta, un grito de espanto sonó en la caja de la escalera. Era la portera que, atraída por la persistencia del timbre del teléfono acababa de encontrar, en medio del desorden del entresuelo el cuerpo todavía vivo de Valthex.

—Todo marcha. Ahora la portera tendrá que actuar —dijo Raoul, que volvía a sus costumbres de ironía tranquila—. Ella es la responsable. Nosotros estamos fuera del asunto.

El tercer piso se componía de habitaciones para los domésticos, vacías en aquella hora, y de buhardillas en las que se amontonaban maletas viejas y muebles fuera de uso. Las buhardillas se ventilaban por medio de lucernas. Raoul forzó una de ellas y salió cómodamente al exterior.

Clara, silenciosa, con el rostro trágico, obedecía maquinalmente todo lo que Raoul le ordenaba. En dos o tres ocasiones repitió fuera de sí:

—He matado… he matado… Ya no me querrás.

Se veía claramente que aquel asesinato y la influencia de aquel asesinato en el amor de Raoul era lo único que la preocupaba, sin que tuviera la menor inquietud por su seguridad, por la persecución de Gorgeret, y por lo que iba a suceder en su huida por los tejados.

—Ya estamos aquí —dijo Raoul que, a su vez, no se preocupaba más que de salir airoso de la huida—. ¡Todo está a nuestro favor! El quinto piso de la casa vecina está a la misma altura que el techo de la nuestra. Confesarás que…

Como que la muchacha no se daba cuenta de nada, Raoul cambió de tema para demostrar su alegría.

—Tampoco estamos en mala situación con respecto a ese criminal de Valthex. Ha sido lo suficientemente estúpido para justificar, para obligarnos a hacer lo que hemos hecho. Así es que, si llega el caso, nos defenderemos apelando a la legítima defensa. Nos atacaba… nuestro deber era defendernos. Nuestra situación es excelente.

Por más excelente que fuera la situación era momento de ponerse al abrigo y en ello trabajaba Raoul ardientemente. Cruzó e hizo que su compañera cruzara un pequeño corredor que desembocaba en una pieza vacía. La suerte se confirmaba: el apartamento que habían abordado estaba deshabitado. Sólo había unos pocos muebles, restos de un traslado inacabado. Un pasillo les condujo a la puerta de entrada, que se les abrió complaciente. Una escalera… descendieron un piso.

Después otro. Cuando llegaron al rellano del entresuelo, Raoul dijo en voz baja:

Pongámonos de acuerdo. En todos los edificios de París hay siempre porteras. No sé si ésta nos verá pasar o no. De todos modos, es preferible no salir juntos. Tú saldrás primero. Te encontrarás en una calle perpendicular al muelle. Caminarás hacia la izquierda, es decir, dando la espalda al Sena. Al llegar a la tercera calle a la izquierda encontrarás en el número cinco un hotel que se llama Hotel du Faubourg et du Japon. Entrarás en la sala de espera. Me reuniré contigo al cabo de unos minutos.

Le rodeó el cuello con el brazo, la echó hacia atrás y la besó.

—Vamos, querida, ten valor. Y sobre todo, deja de poner esta cara desolada. Piensa que me has salvado la vida. Sí, me has salvado la vida: el revólver estaba cargado.

Pronunció la mentira con toda desenvoltura. Pero no pudo hacer nada para que Clara escapara de su obsesión. Se alejó con el aspecto miserable y el rostro inclinado.

Raoul la vio salir y tomar por la izquierda.

Contó hasta cien. Y volvió a contar de nuevo hasta cien para mayor precaución. Después se alejó con el sombrero hundido y un pañuelo sobre los ojos.

Subió por la calle, estrecha y frecuentada, hasta desembocar en la tercera travesía. Sobre la acera un anuncio indicaba el Hotel du Faubourg et du Japon, casa de apariencia modesta, pero cuyo salón, encristalado, estaba amueblado con buen gusto.

Raoul no vio a Clara. No había nadie en la sala.

Muy inquieto, Raoul volvió a salir e inspeccionó la calle, caminó hacia el inmueble por el que habían huido, regresó al hotel.

Nadie.

Murmuró:

—¡Es inconcebible…! Voy a esperar… sí, esperaré.

Esperó media hora… una hora… con frecuentes incursiones a las avenidas vecinas.

Nadie.

Por fin decidió marcharse, impulsado por una súbita idea: Clara debía haberse refugiado en el pabellón de Auteuil. En su estado no debía haber comprendido el lugar de la cita o tal vez lo había olvidado, y se había encaminado, acto seguido, hacia el pabellón.

Raoul tomó un taxi y se sentó personalmente al volante, como tenía por costumbre en los casos de urgencia.

En el jardín encontró al doméstico. En la escalera, a Courville.

—¿Clara?

—No está aquí.

Para él fue un terrible golpe. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? La inanidad de cualquier acción se unía a su tormento. Y sobre todo, un pensamiento espantoso crecía en él, con tal lógica que, cuanto más lo examinaba, más le parecía posible. La pobre Clara, asesina, persuadida de que su acto la convertía en un objeto de horror para su amante,

no había podido escapar a la obsesión del suicidio. ¿Acaso no había huido para eso? ¿Acaso su conducta no demostraba que temía volverle a ver, que no osaba presentarse ante él?

Raoul la imaginó errando en la noche. Andaba a lo largo del muelle del río. El agua negra, reluciente, con escasas claridades, la atraía. Entraba en ella poco a poco. Se tiraba al río.

Aquélla fue una noche de espanto para Raoul. A pesar de su habitual control sobre sí mismo, no podía sustraerse a ciertas suposiciones que, con la complicidad de las tinieblas, se hacían más y más ciertas. Estaba cargado de remordimientos, por no haber olido la trampa de Valthex, remordimientos también por haber preferido la dificultad, remordimientos por haber dejado sola a la desgraciada Clara.

Al amanecer pudo conciliar el sueño. Pero a las ocho saltó de la cama, como si algo le llamase a la acción. ¿Qué?

Llamó.

—¿Qué noticias hay? —preguntó—. ¿Ha regresado la señora?

—No hay noticias, señor.

—¿Es posible?

—Courville puede informar al señor.

Entró Courville.

—¿No ha regresado?

—No.

—¿Hay alguna noticia?

—Ninguna.

—¡Mientes… mientes! —gritó cogiendo al secretario por el cuello—. ¡Estás mintiendo, te lo noto en la cara! ¿Qué ha pasado? ¡Vamos, habla! ¿Acaso crees que tengo miedo de la verdad?

Courville sacó un periódico de su bolsillo. Raoul lo desplegó y acto seguido soltó una maldición.

En la primera columna de la primera página, podía leerse, en grandes titulares:

> Asesinato del gran Paul. Su antigua amante, Clara la Blonde, arrestada en el lugar de los hechos por el inspector principal Gorgeret. La policía está convencida de que ella es la autora del crimen, con su nuevo amante, conocido con el nombre de Raoul, que la había raptado en la inauguración del Casino Bleu. Su cómplice ha desaparecido.

XVI

Zozotte

En aquella ocasión la suerte había favorecido al inspector principal Gorgeret. Ausente de la prefectura cuando el neumático escrito por el gran Paul llegó, había hecho su cotidiana visita al Quai Voltaire a la hora en que sabía que la famosa rubia solía presentarse por allí. Y fue él quien respondió a los gritos de auxilio que la portera había lanzado por la ventana del entresuelo lanzándose escaleras arriba.

La irrupción de Gorgeret en el entresuelo de Raoul se produjo con la violencia de una tromba. Sin embargo, el inspector se detuvo en seco. No era debido a que el espectáculo del gran Paul agonizante le impresionara. Pero Gorgeret había visto aquel endemoniado sillón de alto respaldo vuelto de cara hacia las dos ventanas. Aquel sillón había servido para que Raoul le hiciera una de sus más famosas diabólicas jugarretas.

—¡Alto! —ordenó a los dos hombres que le acompañaban.

Y lentamente, con precaución, empuñando el revólver, se aproximó al sillón. Al menor gesto del enemigo, estaba dispuesto a disparar.

Los hombres de Gorgeret observaban al inspector estupefactos. Una vez comprobado su error, les dijo, satisfecho de sí mismo y orgulloso de sus procedimientos:

—No hay que descuidar nunca nada para que todo salga bien.

Y, libre de aquel problema, se ocupó del herido, examinó la herida y dijo:

—El corazón late todavía… pero no hay nada que hacer… Un médico, en seguida… Creo que hay uno en la casa vecina.

Por medio del teléfono anunció al Quai des Orfèvres el asesinato y la agonía del gran Paul y pidió instrucciones, añadiendo que el moribundo no parecía estar en condiciones de ser transportado. De todos modos era necesario que mandaran una ambulancia. También encargó que avisaran al comisario de policía y empezó a interrogar a la portera. Fueron las respuestas de aquella mujer y la descripción que hizo de los visitantes que le convencieron que Clara la Blonde y Raoul eran los autores del asesinato.

Aquello le excitó sobremanera. Cuando llegó el médico, lanzó frases incoherentes:

—Demasiado tarde… Está muerto… De todos modos, inténtelo usted… Si pudiera hacer que viva… El gran Paul tiene una gran importancia para la justicia… para mí personalmente… incluso para usted, doctor.

Pero se produjo un hecho que culminó su excitación. Su agente principal, Flamant, entró corriendo, sin aliento:

—¡Clara! ¡La tengo…!

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Clara la Blonde… La he cogido.

—¡Dios mío!

—Estaba en el muelle, merodeando.

—¿Dónde está ahora?

—Encerrada en la portería.

Gorgeret descendió la escalera corriendo, cogió a la muchacha y la arrastró con él hacia el entresuelo, empujándola brutalmente ante el diván en el que expiraba el gran Paul.

—Mira, zorra, lo que has hecho…

La muchacha retrocedió con horror. Gorgeret la obligó a arrodillarse y ordenó:

—¡Registradla! El cuchillo debe estar todavía en su poder… Esta vez has caído, pequeña… Y tu cómplice también… ¡El bello Raoul! ¿Acaso creías que se puede matar así como así? ¿O que la policía no sirve para nada?

No encontraron el cuchillo, lo que irritó aún más al inspector. La desgraciada muchacha, aterrorizada, se debatía contra él. Por último tuvo una crisis nerviosa y se desvaneció. Gorgeret, que actuaba siempre movido por el rencor y la cólera, fue implacable. La tomó en sus brazos, diciendo:

—Quédate, Flamant. La ambulancia no puede tardar… —Y, dirigiéndose a un recién llegado—: ¿Es usted, señor comisario? Soy el inspector Gorgeret. Mi ayudante Flamant le pondrá al corriente de todo. Se trata de atrapar a Raoul, cómplice e instigador del crimen. Me llevo conmigo a la asesina.

El coche de la ambulancia estaba abajo. Tres inspectores más se apeaban de un taxi; Gorgeret les envió con Flamant y después, tendiendo a Clara sobre los almohadones, la condujo a los servicios de la policía judicial. Clara, que seguía sin conocimiento, fue instalada en una pequeña pieza amueblada con dos sillas y una cama sencilla.

Gorgeret perdió dos horas a la espera de poder someter a Clara a un interrogatorio durísimo, con cuya idea disfrutaba por adelantado. Después de cenar sencillamente, quiso empezar. La enfermera que habían puesto de guardia no se prestó a sus deseos, arguyendo que la muchacha no estaba en disposición ni en estado de responder.

Gorgeret regresó al Quai Voltaire y no encontró nada nuevo. Jean d’Erlemont, cuya dirección ignoraban, tenía que regresar al cabo de dos días por la mañana.

Por último, a eso de las nueve de la noche, pudo acercarse a la cama en la que reposaba Clara. Decepción. La muchacha se negó a hablar. Por más que Gorgeret preguntó, insistió, formuló cargos, reconstruyó el drama, no pudo sacarla de su silencio. Ni siquiera lloraba. Simplemente permanecía con el rostro cerrado, impasible, con los ojos bajos, sin dejar traslucir emoción alguna.

Y a la mañana siguiente y hasta el mediodía se repitió la historia. Clara no pronunció una sola palabra. El Ministerio Fiscal designó un juez de instrucción que

aplazó para el día siguiente su primer interrogatorio. Advertida por Gorgeret de este retraso, la muchacha respondió al inspector —y fueron sus primeras palabras— que era inocente y que no conocía al gran Paul, que nada comprendía de aquel asunto y que cuando compareciera ante el juez quedaría en libertad.

¿Significaba aquello que la muchacha contaba con la ayuda del todopoderoso Raoul? Gorgeret experimentó una viva inquietud y dobló la vigilancia. Puso dos agentes de guardia, mientras él iba a cenar a su casa. A las diez regresaría para proceder a una última tentativa de presión sobre la muchacha, que extenuada como estaba no se le resistiría.

El inspector principal Gorgeret ocupaba en un viejo inmueble del faubourg de Saint-Antoine tres piezas bellamente decoradas que anunciaban la mano de una mujer de buen gusto. En efecto, desde hacía diez años, Gorgeret era casado.

Boda de amor que hubiera podido ir mal, debido al mal carácter de Gorgeret, si su esposa, una apetecible pelirroja, no ejerciera sobre su marido una autoridad absoluta. Excelente ama de casa, pero frívola y coqueta con los hombres, gustaba de los placeres, despreocupada, se decía, por el honor de Gorgeret. Solía frecuentar los *dancings* de su barrio, sin admitir que su marido, respecto a aquella cuestión, pudiera opinar. En lo demás podía gritar: ella sabía cómo responderle.

Aquella noche, cuando él acudió a su casa, apresurado, para cenar, su esposa no había regresado. Era un hecho raro y que, cada vez que sucedía, provocaba ásperas discusiones. Gorgeret no admitía la falta de puntualidad.

Furioso, mascullando por adelantado las injurias con las que recibiría a su mujer, el inspector se plantó en el umbral de la puerta abierta.

A las nueve no llegó nadie. El inspector, rabioso, preguntó a la criada y se enteró de que «la señora se había puesto su ropa de *dancing*».

—Así, pues, ¿ha ido al *dancing*?

—Sí. Al de la calle Saint-Antoine.

Hirviendo de celos, esperó un poco más. ¿Era admisible que la señora Gorgeret no hubiera regresado cuando los *dancings* cerraban al caer la tarde?

A las nueve y media, sobreexcitado por la perspectiva del interrogatorio, tomó la resolución súbita de presentarse en la sala de la calle Saint-Antoine. Cuando llegó, todavía no bailaba nadie. Las mesas estaban ocupadas por gente que tomaba unas copas. El gerente, a quien Gorgeret interrogó, recordaba perfectamente a la hermosa señora en compañía de varios hombres y se ofreció, incluso, a enseñarle la mesa en la que, antes de su partida, había bebido el último cóctel.

—Mire, precisamente con ese señor que está allí sentado…

Gorgeret dirigió su mirada hacia la dirección indicada y se sintió desfallecer. La espalda de aquel caballero, su silueta, su pose no le eran desconocidas en absoluto. Sin ningún lugar a dudas, las conocía muy bien.

Estuvo a punto de ir a buscar un par de agentes. Era la única solución a aquella burla y la única que le dictaba su conciencia. Sin embargo, algo venció su

sentimiento del deber y detuvo la inclinación que un agente de la ley y el orden tiene por la detención de criminales y asesinos. Era la necesidad absoluta e irresistible de saber qué le había sucedido a su esposa. Y, resuelta y rabiosamente, con cara de perro apaleado, se sentó junto a aquel individuo.

Esperó, dominándose para no saltarle al cuello o lanzarle injurias. Al cabo de un rato, al ver que Raoul no se movía, Gorgeret gruñó:

—¡Cerdo!

—¡Imbécil!

—¡Cerdo entre los cerdos! —prosiguió Gorgeret.

—¡Imbécil entre los imbéciles! —respondió Raoul.

Se produjo un largo silencio que sólo se interrumpió para pedir la consumición.

—Dos cafés —pidió Raoul.

El camarero los trajo. Raoul chocó gentilmente su taza contra la de su vecino y después bebió a pequeños sorbos.

Gorgeret, a pesar del esfuerzo que hacía por dominarse, no pensaba más que en saltar al cuello de Raoul o en ponerle su revólver bajo la nariz, actos que formaban parte de su profesión y que no le repugnaban en absoluto aunque le fuera materialmente imposible ejecutarlos.

En presencia de aquel odioso Raoul se sentía paralizado. Recordaba sus encuentros en las ruinas del castillo, en el vestíbulo de la estación de Lyon o en los bastidores del Casino Bleu, y todo ello le hundía en una especie de anonadamiento en el que no encontraba la audacia para atacarle, como si llevara una camisa de fuerza.

Raoul le dijo con confianza amical:

—«Ella» ha cenado muy bien… Sobre todo fruta… Adora la fruta.

—¿Quién? —preguntó Gorgeret convencido al principio de que se trataba de Clara.

—¿Quién? No conozco su nombre de pila.

—¿El nombre de quién?

—De la señora Gorgeret.

Gorgeret pareció ser presa de un vértigo y murmuró con voz temblorosa:

—Así que has sido tú, crápula… Tú eres el autor de esta infamia… el rapto de Zozotte.

—¿Zozotte? ¡Qué nombre más bonito! ¿Es el diminutivo que le das en la intimidad, verdad? Zozotte…, me viene como un guante… ¡Qué visiones más hermosas evoca este nombre! ¡Parece estar siempre a punto, Zozotte!

—¿Dónde está? —balbuceó Gorgeret con los ojos fuera de las órbitas—. ¿Cómo has podido raptarla, cerdo?

—No la he raptado —respondió pausadamente Raoul—. Le he ofrecido un cóctel, después otro, después hemos bailado un tango voluptuoso. Un poco aturdida, ha aceptado dar un paseo en mi coche por el bosque de Vincennes. Después me ha acompañado a tomar un tercer cóctel en la pequeña *garçonnière* de uno de mis

amigos, un lugar respetable al abrigo de indiscreciones…

Gorgeret se sofocaba.

—¿Y después? ¿Qué ha pasado después?

—¿Cómo? Nada en absoluto. ¿Qué diablos quieres que haya pasado? Zozotte es sagrada para mí. ¡Tocar a la esposa de mi viejo Gorgeret! ¡Lanzar sobre ella una mirada libidinosa! ¡Eso nunca!

Una vez más, Gorgeret se dio cuenta de las incómodas situaciones en que le ponía su enemigo. Cogerle y entregarle a la justicia era inevitablemente para Gorgeret hacer el ridículo, sin contar que nada probaba que después del arresto de Raoul se pudiera encontrar a Zozotte. Apretado contra él, con su rostro junto a aquel rostro execrado, Gorgeret preguntó:

—¿A dónde quieres ir a parar? Ya que algo tienes en mente.

—¡Claro!

—¿Qué es ello?

—¿Cuándo volverás a ver a Clara la Blonde?

—Dentro de un instante.

—¿Para interrogarla de nuevo?

—Sí.

—Renuncia a ello.

—¿Por qué?

—Porque sé cómo se llevan a cabo los abominables interrogatorios de la policía. Es algo bárbaro. Un residuo de las torturas de antaño. Sólo puede interrogarla el juez de instrucción. Tú déjala tranquila.

—¿Eso es todo lo que quieres?

—No.

—¿Qué más?

—Los periódicos pretenden que el gran Paul está mejor. ¿Es verdad?

—Sí.

—¿Esperas que se salve?

—Sí.

—¿Lo sabe Clara?

—No.

—¿Le cree muerto?

—Sí.

—¿Por qué le ocultas la verdad?

La mirada de Gorgeret se hizo torva.

—Porque éste es el punto débil para ella y estoy seguro de poder hacerla hablar mientras crea en esta muerte.

—¡Cerdo! —murmuró Raoul, y ordenó acto seguido—: Vuelve a ver a Clara, pero no la interrogues. Dile simplemente: «El gran Paul no está muerto. Se salvará». Ni una palabra más.

—¿Y después?

—¿Después? Te reúnes conmigo aquí y me juras sobre la cabeza de tu mujer que has cumplido mi encargo. Una hora más tarde, Zozotte se reintegrará al domicilio conyugal.

—¿Y si me niego?

Sílaba a sílaba, Raoul dejó caer su amenaza:

—Si te niegas, voy a reunirme con Zozotte…

Gorgeret comprendió y cerró los puños con un gesto de furia. Después de reflexionar, dijo gravemente:

—Lo que me pides es muy duro. Mi deber es no ahorrar nada ni olvidar nada para alcanzar la verdad y si protejo a Clara será una traición.

—Tuya es la elección. Clara o… Zozotte.

—La cuestión no se plantea así…

—Para mí, sí.

—Pero…

—Lo tomas o lo dejas.

Gorgeret insistió:

—¿Por qué exiges que le dé el recado?

Raoul cometió la equivocación de contestarle, lleno de emoción:

—Temo su desesperación… nunca se sabe. Para ella, la idea de haber matado…

—Así pues, la amas de verdad.

—Pues claro. Si no, cómo…

Se detuvo. Una luz extraña había cruzado por los ojos de Gorgeret, que concluyó:

—De acuerdo. Quédate aquí. Dentro de veinte minutos regresaré y te diré cómo ha ido el encargo. Y tú…

—Yo soltaré a Zozotte.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Gorgeret se levantó y llamó.

—¡Camarero! ¿Cuánto es, los dos cafés?

Pagó y se alejó con paso vivo.

XVII

La angustia

Todo el día transcurrido entre el momento en que Raoul supo del arresto de Clara la Blonde y el momento en que Gorgeret le encontró en el *dancing* del barrio Saint-Antoine, había sido para él una sucesión de horas infinitamente dolorosas.

Actuar, era necesario actuar sin demora. Pero ¿en qué sentido? Sólo reaccionaba para abandonarse a crisis de derrota, contrarias a su naturaleza, pero que provocaban en él el miedo al suicidio que le había obsesionado desde el primer momento.

Temiendo que los cómplices del gran Paul, y sobre todo el grueso chófer, indicaran a la policía el domicilio de Auteuil, estableció su cuartel general en casa de un amigo que vivía en la isla Saint-Louis y que tenía siempre a su disposición la mitad de su apartamento. Allí, Raoul se encontraba cerca de la prefectura en la que tenía amigos fieles y cómplices. De este modo se enteró de la presencia de Clara en los despachos de la policía judicial.

Pero ¿qué podía esperar? ¿Raptarla? La empresa era poco menos que imposible o exigía una larga preparación. Sin embargo, hacia el mediodía, Courville, que tenía por misión comprar y examinar los periódicos —¡y con qué celo lo hacía, después de que Raoul le acusara por su ligereza de haber conducido al enemigo hasta el pabellón de Auteuil!—, Courville le trajo la *Feuille du Jour* que traía esta noticia en la última hora:

> Contrariamente a lo que se ha anunciado esta mañana, el gran Paul no ha muerto. Sea cual sea la gravedad de su caso, es posible, dada su vigorosa constitución, que sobreviva a la terrible herida.

Al leerla, Raoul exclamó:

—¡Esto habría que comunicárselo a Clara! Sobre todo para tranquilizarla sobre lo que para ella es una catástrofe y la causa de su desequilibrio. E incluso si es necesario, inventar noticias más favorables…

A las tres de la tarde, Raoul tuvo una entrevista clandestina con un comisionado de la policía judicial que conocía desde hacía mucho y cuya fidelidad supo activar a tiempo.

Este individuo consintió en transmitir una nota, por intermedio de un empleado, a quien su servicio permitía aproximarse a la cautiva.

Por otra parte, obtuvo los informes necesarios sobre Gorgeret y su esposa.

A las seis, sin tener noticias de su emisario en la policía judicial, entró en el

dancing del barrio Saint-Antoine y en el acto reconoció, gracias a la descripción que le habían hecho, a la seductora señora Gorgeret, a la que cortejó sin darse a conocer.

Una hora más tarde, bien acogido por la demasiado confiada Zozotte, la encerró en la casa de su amigo de la isla Saint-Louis. Y a las nueve y media, Gorgeret, atraído a la trampa, se reunió con él en el *dancing* Saint-Antoine.

Así pues, en aquel momento todo parecía salir a su gusto. Y, sin embargo, Raoul conservaba una impresión penosa de su entrevista con Gorgeret. Su victoria del principio se resolvía, después de todo, en algo que escapaba a su control. Había tenido a Gorgeret entre sus manos y le había dejado ir, fiándose de él sin poder verificar lo que haría o no haría el inspector. Puesto que, ¿cómo asegurarse de que Clara sería realmente avisada? ¿Por la palabra de honor de Gorgeret?

Pero si Gorgeret estimaba que su palabra de honor había sido forzada, ¿cómo actuaría si lo que le proponía iba en contra de su deber profesional?

Raoul discernía muy bien el esfuerzo que había obligado a Gorgeret a sentarse a su lado y a prestarse a las discusiones humillantes del mercadeo. Pero ¿cómo dudar de que una vez fuera el inspector reflexionaría y actuaría de acuerdo con unas consideraciones absolutamente distintas? El deber de un policía es detener al culpable. Gorgeret no había tenido los medios hacía un rato, pero ¿qué le impedía procurárselos en aquel espacio de veinte minutos?

«Eso es evidente —pensó Raoul—, ha ido en busca de refuerzos. ¡Estúpido! Vas a pasar una mala noche».

—Camarero, tráigame papel y sobres.

Sin vacilación alguna, escribió sobre el papel que le habían traído:

«No hay trato. Me reúno con Zozotte».

En el sobre escribió:

«Inspector Gorgeret».

Entregó el sobre al patrón. Después se dirigió hacia su automóvil, aparcado a cien metros de allí, y vigiló la entrada del *dancing*. Raoul no se equivocaba. A la hora convenida, Gorgeret apareció, dispuso a sus hombres de manera que pudieran invadir el *dancing* y entró escoltado por Flamant.

«Partida nula —confesó Raoul poniéndose en camino—. Lo único que he ganado, es que a esa hora intempestiva ya no puede atormentar a Clara».

Dio una vuelta por la isla de Saint-Louis, en donde se enteró de que Zozotte, después de haber gemido y amenazado, se había resignado al silencio y debía dormir. No había noticia alguna de la prefectura sobre nuevas tentativas para entrar en contacto con Clara.

—Guardaremos con nosotros a Zozotte hasta mañana al mediodía para cualquier eventualidad y para molestar a Gorgeret. La vendré a buscar y correremos las cortinas del coche para que no vea de dónde sale. Esta noche, si tienes la más pequeña noticia que darme, llámame a Auteuil. Regreso allí porque necesito reflexionar.

Debido a que sus cómplices estaban en campaña y a que los domésticos y

Courville vivían encima del garaje, no había nadie en el pabellón. Se instaló en una butaca de su habitación y durmió una hora, lo que le bastó para descansar y despertarse con el cerebro lúcido.

Le despertó una pesadilla en la que vio de nuevo a Clara en la orilla del Sena, inclinándose hacia el agua que la atraía irresistiblemente.

«¡Basta! No se trata de tener pesadillas, sino de ver claro. Vamos a ver dónde estamos. Con Gorgeret, partida nula, evidentemente. He ido demasiado deprisa y el golpe no estaba bien preparado. Siempre se cometen tonterías cuando se ama demasiado o cuando uno se deja arrastrar por su pasión. Pero, dejemos eso. Calma. Establezcamos un plan de ataque».

Pero las palabras y las frases no le tranquilizaban por más lógicas y reconfortantes que fueran. Raoul sabía bien que tarde o temprano maquinaría la libertad de Clara y que un día u otro su amante volvería a su lado sin pagar demasiado caro su gesto imprudente. Pero ¿qué importaba el futuro? Tenía que conjurar el presente. Ahora bien, la amenaza que estaba suspendida sobre cada uno de los minutos de aquella noche espantosa sólo acabaría cuando el juez tomara el asunto en sus manos. Para Clara, aquel instante sería el de su salvación puesto que se enteraría de que el gran Paul vivía. Pero ¿tendría fuerzas para llegar a aquel momento…?

La implacable obsesión le martirizaba. Todos sus esfuerzos no habían tenido más finalidad que la de prevenir a su amiga, ya fuera por intermedio del empleado o a través de Gorgeret. Pero había fracasado y temía el delirio en el que se pierde la razón y se rompe uno la cabeza contra la pared. Clara lo soportaría todo, la prisión, la lucha contra la justicia, la condena… pero ¿y la idea de que un hombre había encontrado la muerte en sus manos?

Recordó el sobresalto de terror que la muchacha había experimentado frente al hombre que se tambaleaba y caía al suelo:

«¡He matado…! ¡He matado…! ¿Podrás seguir queriéndome?».

Y se decía que la huida de la desgraciada no había sido otra cosa que la huida hacia la muerte, empujada por el deseo del anonadamiento total. Ahora bien, su captura y su encarcelamiento, ¿acaso no respondían al hecho de que había cometido un crimen y se contaba entre los seres malditos que han asesinado?

Esta idea torturaba a Raoul. A medida que la noche avanzaba se hundía en la certeza intolerable de que su presentimiento se iba a cumplir o ya se había cumplido. Raoul se imaginaba los modos de suicidio más imprevistos y más atroces y, cada vez, después de haber visto el drama, después de haber oído las quejas y los gritos, empezaba de nuevo a infligirse el mismo suplicio bajo una nueva forma, imaginando, viendo y escuchando.

Después, cuando la sencilla y natural realidad se ofreció ante él y el enigma, en su conjunto, se le apareció con su exacta solución, Raoul debió quedar confundido por no haberlo adivinado antes. Verdaderamente, la visión de la verdad tenía que habérsele dibujado ante sus ojos como una imagen ordinaria y habitual que la vida

presenta muchas veces. Con los elementos de verdad humana, de algún modo perceptibles y palpables, que Raoul poseía, hubiera sido lógico que desde el primer día comprendiera lo que las circunstancias le iban a obligar a comprender. Hay momentos en que los problemas se plantean de tal forma que no pueden resolverse si la luz no ilumina todas sus partes.

Pero ante la proximidad de ese momento, Raoul se creyó envuelto en las más profundas tinieblas. Su sufrimiento le ocultaba toda perspectiva y le mantenía en un presente en el que no había el más mínimo brillo de esperanza. Por más habituado que estuviera a reaccionar por sí mismo y a volver a la superficie cuando se hundía en el fondo del abismo, esta vez no se esforzaba más que en añadir unos a otros los innumerables e interminables minutos.

Las dos… Las dos y media…

Raoul vigilaba por la ventana abierta los primeros destellos del alba que lucirían por encima de los árboles. Se decía puerilmente que si Clara no estaba muerta no tendría el valor de matarse en pleno día. El suicidio es un acto de sombra y de silencio.

Dieron las tres en el reloj de una iglesia vecina.

Miró su reloj y siguió en la esfera la marcha del tiempo.

Las tres y cinco… Las tres y diez…

Y, de repente, se sobresaltó.

Habían llamado a la verja de la avenida. ¿Un amigo? ¿Alguien que traía noticias?

En tiempo normal, se hubiera informado antes de apretar el botón que abría. Sin embargo, abrió desde su habitación.

En la oscuridad no pudo discernir quién entraba y cruzaba el jardín. Alguien subió la escalera con pasos lentos que apenas se oían.

Angustiado, Raoul no se atrevió a moverse hacia el desconocido suceso que quizá redoblaría su desgracia.

La puerta fue empujada por una mano que casi no tenía fuerza.

Clara…

XVIII

Las dos sonrisas se explican

La vida de Raoul —la vida de Arsenio Lupin— es seguramente una de aquellas en las que más sorpresas se acumulan, incidentes dramáticos o cómicos, choques inexplicables, golpes de teatro opuestos a toda realidad y a toda lógica. Pero quizá —y eso lo confesó más tarde Arsenio Lupin—, quizá fuera la aparición inopinada de Clara la Blonde la que le causó el mayor estupor de su existencia.

Aquella aparición de Clara, lívida, rota de fatiga, trágica, con los ojos brillantes de fiebre, la ropa sucia y arrugada, el cuello de su vestido roto, era un hecho imposible. ¡Que estuviera viva, de acuerdo, pero libre, no y mil veces no! La policía no deja escapar nunca a su presa sin una razón, sobre todo cuando tiene entre sus manos un culpable cierto cogido como quien dice en flagrante delito y, además, no hay ninguna mujer que haya huido de la prefectura, sobre todo bajo la vigilancia de Gorgeret. ¿Qué había pasado, pues?

Ambos se miraron sin pronunciar palabra, él confundido y distraído, con el cerebro intentando alcanzar una verdad inaccesible y ella miserable, vergonzosa, humilde, con aspecto de decir: «¿Quieres saber algo de mí? ¿Aceptas a tu lado a la que ha matado? ¿Debo arrojarme en tus brazos o huir?».

Por fin, temblorosa de angustia, murmuró:

—No he tenido el valor de morir… Lo quería… en varias ocasiones me he inclinado sobre el agua… pero no he tenido valor.

Raoul la miraba anonadado, sin moverse, sin casi prestarle atención, rebuscando en su mente el detalle… El problema se le planteaba con todo su rigor y sin subterfugios: Clara estaba frente a él y, al mismo tiempo, en una celda de la prefectura. Más allá de estos dos términos irreconciliables no había nada, absolutamente nada. Raoul tenía que encerrarse en aquel círculo estrecho sin poder salir de él.

Un hombre como Arsenio Lupin no puede, más allá de cierto límite, permanecer ante una verdad que se le ofrece sin comprenderla. Si hasta entonces se le había escapado debido a su extrema sencillez, ahora tenía que planteársela y resolverla.

El alba iluminaba el cielo por encima de los árboles y se mezclaba con la luz eléctrica en el interior de la habitación. El rostro de Clara quedó iluminado por aquella claridad. Repitió:

—No he tenido el valor de morir… ¿Debía haberlo tenido, verdad? Perdóname, no he tenido valor.

Durante largo rato todavía Raoul contempló aquella visión de desarraigo y agonía y, mientras la iba observando, su expresión se hacía menos distraída y más serena y, a

la larga, casi sonriente. Y de repente, sin que nada anunciara aquel comportamiento insólito, se echó a reír. Y no fue una risa breve y contenida, dominada por el patetismo del minuto presente, sino una de esas carcajadas que le doblan a uno en dos y que se diría que no terminarán nunca.

Aquella alegría intempestiva se vio acompañada por el esbozo de unos pasos de danza que subrayaron su carácter espontáneo y gentil. El acceso de alegría significaba: «Si me río es porque no hay manera de dejar de reírse cuando el destino nos pone en una situación semejante».

Clara, en su hundimiento de condenada a muerte, parecía tan sobrepasada por la inconveniencia de aquel estallido, que Raoul se precipitó hacia ella, la levantó en sus brazos y la hizo voltear como si se tratara de un maniquí. La besó apasionadamente y la estrechó contra su pecho, acabando por acostarla en la cama mientras le decía:

—Ahora llora, pequeña, y cuando hayas llorado y admitas que no hay razón alguna para matarte, hablaremos.

Pero la muchacha se levantó de un salto y le cogió por los hombros.

—Entonces, ¿me perdonas? ¿Me excusas?

—No tengo nada que perdonarte ni tú tienes por qué excusarte.

—Sí, he matado.

—No has matado.

—¿Qué dices?

—Sólo se mata cuando hay un muerto.

—Ha habido un muerto.

—No.

—¡Oh! Raoul, ¿qué pretendes? ¿Acaso no he apuñalado a Valthex?

—Has apuñalado a Valthex, pero los tipos de su calaña tienen la vida dura. ¿Acaso no has leído los periódicos?

—No, no quería. Tenía miedo de ver mi nombre.

—Tu nombre está en letras de todos los tamaños, pero eso no significa que Valthex haya muerto.

—¿Es posible?

—Esta misma tarde, mi amigo Gorgeret me ha comunicado que Valthex estaba salvado.

Clara dejó de abrazarle y se abandonó a la crisis de lágrimas que él había previsto. Se había acostado sobre la cama y sollozaba como un niño, con gemidos y quejas.

Raoul la dejó llorar y permaneció pensativo, deshaciendo poco a poco la maraña del enigma sobre el que tan repentinamente se había hecho la luz. Sin embargo, todavía quedaban muchos puntos oscuros.

Estuvo reflexionando durante largo tiempo. Una vez más, evocó la primera visión de la pequeña provinciana que se equivocaba de piso y entraba en su casa. ¡Qué encanto en sus rasgos de niña! ¡Qué candor en la expresión y en la forma de aquella

boca un poco entreabierta! ¡Y qué lejos estaba aquella pequeña provinciana, fresca e ingenua, de la mujer que veía a su lado, debatiéndose contra los golpes del destino cruel! La imagen de la una y la imagen de la otra, en lugar de confundirse hasta formar una sola, se destacaban ahora con toda claridad. Las dos sonrisas se disociaban. Había la sonrisa de la pequeña provinciana y la sonrisa de Clara la Blonde. ¡Pobre Clara! Más atractiva, ciertamente, y más deseable también, pero, tan extraña a cualquier idea de pureza.

Raoul volvió a sentarse a la cabecera de la cama y le acarició la frente tiernamente.

—¿No estarás muy cansada? ¿Te fatigará contestar a mis preguntas?

—No.

—Una pregunta, de entrada, que resume las restantes. ¿Verdad que sabías lo que acabo de discernir?

—Sí.

—Entonces, Clara, si lo sabías, ¿por qué no me lo has dicho? ¿Por qué tanta habilidad, tantos subterfugios para dejarme en el error?

—Porque te quería.

—Porque me querías —repitió, como si no comprendiera el sentido de aquella afirmación.

Adivinando su dolor profundo y para calmarla, Raoul bromeó:

—Es muy complicado todo esto, mi querida niña. Si alguien te oyera hablar creería que estás un poco…

—¿Un poco loca? —dijo Clara—. Sabes bien que cuanto digo es cierto. Confiésalo… confiésalo.

Raoul se encogió de hombros y le ordenó gentilmente:

—Cuéntamelo todo, querida. Cuando hayas contado tu historia desde el principio, verás cuán injusta has sido desconfiando de mí. Todas las miserias actuales, todo el drama en que nos debatimos, proviene de tu silencio.

Ella obedeció; en voz baja, después de haber enjugado sus últimas lágrimas, que se obstinaban en resbalar por sus mejillas, dijo:

—No voy a mentir, Raoul. No intentaré hablarte de mi infancia cambiándola… Fue la de una niña que no era feliz. Mi madre se llamaba Armande Morin y me quería bien. Sólo que había su vida… aquella especie de vida que llevaba y que no le permitía ocuparse mucho de mí. Vivíamos en París, en un apartamento lleno de idas y venidas… Había un hombre que mandaba, que llegaba con muchos regalos… y provisiones y botellas de champán… Un hombre que no siempre era el mismo y que, entre aquellos señores que se sucedían los había que eran amables conmigo y los había desagradables… y así, en ocasiones me quedaba en el salón o bien permanecía en la cocina con los domésticos… Luego empezamos a cambiar de vivienda, cada vez más pequeña hasta que sólo fue una habitación.

Clara hizo una pausa y prosiguió en voz más baja:

—La pobre mamá estaba enferma. Había envejecido de golpe. Yo la cuidaba… me ocupaba de la casa… Leía también los libros de la escuela a la que ya no podía ir. Ella me miraba trabajar. Un día que casi deliraba me dijo estas palabras, de las que no he podido olvidar ni una sola:

»“Es necesario que lo sepas todo con respecto a tu nacimiento, Clara, y que sepas el nombre de tu padre… Vine a París cuando era joven y trabajaba como costurera en una familia, en la que conocí a un hombre al que amé y que me sedujo. Yo era muy desgraciada porque él tenía otras amantes. Aquel hombre me abandonó pocos meses antes de tu nacimiento. Me mandó dinero durante un año o dos y después salió de viaje… Nunca he intentado volverle a ver ni él ha oído hablar de mí… Era marqués… muy rico… Te diré su nombre…”.

»El mismo día, mi pobre mamá, en una especie de sueño, me contó más cosas a propósito de mi padre: “Tuvo como amante, un poco antes que a mí, a una señorita que daba lecciones en provincias. Me enteré por azar que la había abandonado antes de saber que estaba encinta. En una excursión de Deauville a Lisieux, encontré hace algunos años a una chiquilla de doce años que se parecía a ti de manera sorprendente, Clara. Me informé. Se llamaba Antonine. Antonine Gautier…”.

»Eso es todo lo que supe de mi pasado por mamá. Murió antes de decirme el nombre de mi padre. Yo tenía entonces diecisiete años. En sus papeles sólo encontré una información: la fotografía de una mesa de despacho Luis XVI con la indicación, hecha de su puño y letra, de un cajón secreto y la manera de abrirlo. En aquel momento no presté demasiada atención. Como ya te dije, tuve que trabajar. Y después bailé… Y conocí a Valthex hace dieciocho meses.

Clara se interrumpió. Parecía fatigada. Sin embargo, quiso continuar:

—Valthex, que no era muy expansivo, no hacía nunca alusión a sus asuntos personales. Pero un día que yo le esperaba en el Quai Voltaire me habló del marqués d’Erlemont con quien mantenía relaciones. Salía de su casa y había admirado sus viejos muebles, en particular una hermosa mesa de despacho Luis XVI. Un marqués… una mesa de despacho… Un poco al azar, le interrogué sobre esa mesa. Mis sospechas se precisaron y tuve verdaderamente la impresión de que se trataba del mueble cuya fotografía poseía y que el marqués podía muy bien ser el hombre a quien mi madre había amado. Todo lo que pude saber de él me confirmó aquella impresión.

»Pero, en realidad, por aquel entonces no tenía ningún proyecto y más bien obedecía a un sentimiento de curiosidad, al deseo natural de saber. Así fue como en cierta ocasión, cuando Valthex me dijo, con una sonrisa ambigua: “Mira, esta llave es la del apartamento del marqués d’Erlemont, que estaba olvidada en la cerradura de su puerta… Tendré que devolvérsela”; hice desaparecer aquella llave. Un mes más tarde, Valthex estaba rodeado por la policía y yo logré huir, escondiéndome en París.

—¿Por qué no fuiste en aquel momento a ver al marqués d’Erlemont?

—Si hubiera estado segura de que era mi padre, habría acudido a él en busca de

socorro. Pero para estar segura de ello, antes tenía que penetrar en su casa, examinar la mesa y registrar el cajón secreto. A menudo iba a merodear por el muelle. Veía salir al marqués sin atreverme a abordarle. Conocía sus costumbres… conocía de vista a Courville, a ti mismo y a todos los criados… y tenía la llave en el bolsillo. Pero no me decidía. ¡Aquel acto se oponía por completo a mi manera de ser! Y así fue como una tarde me vi arrastrada por los sucesos que debían juntarnos en el transcurso de la noche siguiente.

Hizo una última pausa. Su relato tocaba al punto más oscuro del enigma:

—Eran las cuatro y media. Yo estaba al acecho en el muelle, sobre la acera opuesta, vestida para que nadie me reconociera, con el pelo cubierto con un velo, cuando descubrí que Valthex salía de casa del marqués y se iba. Me aproximé a la casa cuando se detuvo un taxi. De él descendió una joven muchacha que llevaba una maleta. Era una chica rubia como yo, que se me parecía por la forma del rostro, el color del pelo y la expresión. Había entre las dos una cierta semejanza, un aspecto familiar que sorprendía al principio y que me recordó enseguida el encuentro que mi madre había tenido antaño, en Lisieux. ¿Acaso aquella muchacha sería la misma? El hecho de que ella acudiera a casa del marqués d’Erlemont venía a demostrar que era mi padre. Aquella misma noche y sin vacilar, sabiendo que el señor d’Erlemont había salido y no volvería en toda la noche, subí, registré el despacho Luis XVI, abrí el cajón secreto y encontré la fotografía de mamá.

Raoul objetó:

—De acuerdo. Pero ¿quién te hizo fijar en el nombre de Antonine?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí… cinco minutos más tarde, cuando me llamaste Antonine. Y fue por ti que me enteré de la visita que Antonine te había hecho, la visita que tú creíste que te hacía yo puesto que me confundías con ella.

—Pero ¿por qué no me advertiste de mi error, Clara? El quid de la cuestión está aquí.

—Sí, tienes razón —dijo la muchacha—. Pero reflexiona. Me había introducido subrepticiamente en casa de alguien. Tú me sorprendiste. ¿Acaso no era natural que yo aprovechara tu error y dejara que atribuyeras mi acto a otra mujer? No pensaba volver a verte.

—Pero volviste a verme y podías haber hablado. ¿Por qué no me dijiste que erais dos, que había una Clara y una Antonine?

Ella enrojeció.

—Es verdad. Pero cuando volví a verte, es decir, la noche del Casino Bleu, me habías salvado la vida, me habías salvado de Valthex y de la policía, y yo te quería…

—Eso no debía impedirte hablar.

—Sí, precisamente.

—¿Por qué?

—Estaba celosa.

—¿Celosa?

—Sí, enseguida. Supe enseguida que había sido ella quien te había conquistado y no yo. Y que a pesar de todo lo que yo pudiera hacer, tú pensabas en ella cuando pensabas en mí. La pequeña provinciana, decías. Fue esa visión por la que te sentiste atraído, y la buscabas en mi manera de ser y en mi mirada. La mujer que soy, un poco salvaje todavía, ardiente, inestable, apasionada, no la querías. Tú querías a la otra, a la ingenua, y entonces… entonces dejé que confundieras a las dos mujeres, a la que deseabas y a la que te había encantado desde el primer momento. Recuerda Raoul que la noche en que penetraste en la habitación de Antonine, en el castillo de Volnic… no te atreviste a aproximarte a su cama. Instintivamente, respetaste a la pequeña provinciana… mientras que dos días después, la noche del Casino Bleu, instintivamente me tomaste en tus brazos. Y, sin embargo, Antonine y Clara eran para ti la misma mujer.

Raoul no protestó. Dijo pensativamente:

—De todos modos, es muy extraño que os confundiera a las dos.

—¿Extraño? ¡Oh, no! —dijo Clara—. En realidad, no habías visto a Antonine más que una vez en tu entresuelo y aquella misma noche me viste a mí, Clara, en unas condiciones muy distintas. A Antonine no la volviste a encontrar hasta el castillo de Volnic, en donde casi ni la miraste. Eso es todo. Desde entonces, ¿cómo ibas a distinguirla de mí si sólo me veías a mí? Y yo iba con mucho cuidado. Te interrogaba con detalle sobre todas las circunstancias de vuestros encuentros con el fin de poder hablar de ellos como si se tratara de mí misma, recordando las palabras que ella había pronunciado y las que tú le habías dicho. Ponía, además, un extremo cuidado en vestirme como ella el día de su llegada a París.

Raoul dijo lentamente:

—Sí, todo eso es muy simple.

Y añadió después de un minuto de reflexión, en el que toda la aventura se desarrolló ante sus ojos:

—Todo el mundo podía equivocarse. Mira, aquel mismo día, Gorgeret en la estación tomó a Antonine por Clara, y anteayer todavía la arrestó creyendo que eras tú.

Clara se tambaleó.

—¿Qué dices? ¿Antonine arrestada?

—¿No lo sabías? —preguntó Raoul—. Es verdad, desde anteayer vives ignorando todo lo que sucede. Pues bien, media hora después de nuestra huida, Antonine se presentó en el Quai Voltaire con la intención, sin duda, de subir al apartamento del marqués. Flamant la descubrió y la entregó a Gorgeret que la condujo a la policía judicial, en donde la persigue con sus preguntas. Para Gorgeret, ella todavía es Clara.

Clara se puso de rodillas sobre la cama. Los pocos colores que habían vuelto a sus mejillas se borraron. Pálida, temblorosa, balbuceó:

—¿Arrestada? ¿Arrestada en mi lugar? ¿Encarcelada en mi lugar?

—No vas a ponerte enferma por ella.

Clara, en pie, se ajustaba sus vestidos y se ponía su sombrero con gestos febriles.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas?

—Allí.

—¿Allí? ¿Dónde?

—Allí, donde ella está. No es ella la que apuñaló a Valthex… Ella no es Clara la Blonde sino yo. No voy a dejar que sufra en mi lugar, que la juzguen por mí…

—Que la condenen por ti, que suba por culpa tuya al cadalso.

Raoul había vuelto a su acceso de alegría. Mientras reía, obligaba a la muchacha a quitarse el vestido y el sombrero diciéndole:

—¡Qué divertida eres! ¿Así, te imaginas que la van a tener encerrada? Vamos, tontuela. Antonine podrá defenderse, explicar el error, dar una coartada, llamar al marqués… Por más estúpido que sea Gorgeret, tarde o temprano se dará cuenta de la confusión.

—Voy a ir de todas maneras —dijo Clara obstinada.

—De acuerdo. Vamos pues, te acompaño. Además es un gesto al que no le falta elegancia: «Señor Gorgeret, somos nosotros. Venimos a ocupar el lugar de la muchacha». ¿No oyes la respuesta de Gorgeret?: «Hemos dejado libre a la muchacha, pero puesto que están ustedes aquí, pasen, queridos amigos».

Clara se dejó convencer. Raoul la obligó a acostarse de nuevo y la acunó con sus brazos. Al límite de sus fuerzas, la muchacha se abandonó al sueño. Sin embargo, antes de dormirse dijo todavía en un esfuerzo de reflexión:

—¿Por qué no se ha defendido? ¿Por qué no lo ha explicado todo enseguida? Alguna razón tendrá…

Se durmió. Raoul también se quedó adormecido. Una vez despierto, mientras que los ruidos de abajo empezaban de nuevo, pensó:

«Sí, es cierto. ¿Por qué no se ha defendido esa Antonine? Le hubiera sido muy fácil ponerlo todo en claro ya que ahora debe comprender que existe otra Antonine, una mujer que se le parece y que yo soy el cómplice y el amante de esa otra mujer. Ahora bien, parece ser que no ha protestado. ¿Por qué?».

Y así estuvo pensando en la pequeña provinciana, dulce y enternecedora que no hablaba…

A las ocho, Raoul llamó a su amigo de la isla de Saint-Louis, que le respondió:

—El empleado de la policía está aquí. Podrá comunicar esta misma mañana con la prisionera.

—Perfecto. Escribe una nota con mi letra que diga así:

«Señorita, gracias por haber guardado silencio. Sin duda Gorgeret le ha dicho que yo estaba arrestado y que el gran Paul había muerto. Mentiras. Todo va bien. Ahora

tiene usted interés en hablar y conquistar su libertad. Le suplico que no olvide nuestra cita del tres de julio. Saludos respetuosos».

Raoul añadió:

—¿Has comprendido bien?

—Sí, muy bien —afirmó el otro sorprendido.

—Despide a los camaradas. El asunto está resuelto y salgo de viaje con Clara. Devuelve a Zozotte a su barrio. Adiós.

Colgó el teléfono y llamó a Courville.

—Que preparen el coche grande, que hagan las maletas y que saquen todos los papeles de aquí. La cosa está que arde. Cuando la pequeña se haya despertado, que todo el mundo se largue.

XIX

Gorgeret pierde la cabeza

La conversación entre el señor y la señora Gorgeret fue tempestuosa. Zozotte, contenta de encontrar ocasión de aguijonear los celos de su marido hacia un personaje de algún modo imaginario y fabuloso, fue lo bastante cruel para atribuir a este personaje todas las cualidades de un *gentleman* refinado, cortés, delicado en sus maneras, lleno de encanto y seducción.

—¡Vaya, el príncipe encantador! —gruñó el inspector principal.

—Mejor que todo eso —respondió su mujer con ironía.

—Pues repito que tu príncipe encantador no es otro que Raoul, el asesino del gran Paul y el cómplice de Clara la Blonde. Así pues, has pasado la noche con un asesino.

—¿Un asesino? ¡Qué emocionante! ¡Estoy encantada!

—¡Zorra!

—¿Acaso es culpa mía? Me raptó.

—Sólo se rapta a quien quiere ser raptado. ¿Por qué le seguiste a su coche? ¿Por qué subiste a su casa? ¿Por qué bebiste los cócteles?

La mujer confesó:

—No lo sé. Tiene una extraña manera de imponer su voluntad. No se le puede resistir.

—Eso, eso. No le resististe. Ahora lo acabas de confesar.

—Nada me pidió.

—Sí claro, se contentó con besarte la mano. Pues bien, juro por Dios que Clara pagará por él. Voy a sacudirle las pulgas a esa zorra, y sin ninguna suavidad.

Gorgeret partió en un estado de exasperación tal, que le obligaba a gesticular en plena calle y hablar en voz alta. Aquel diabólico personaje le sacaba de sus casillas. Estaba convencido de que el honor de su mujer había sufrido daños irreparables y que, en todo caso, la culpable aventura continuaría. La mejor prueba de ello era que Zozotte pretendía no reconocer el barrio en el que vivía. ¿Es admisible que no se pueda recoger indicio alguno de un itinerario seguido dos veces?

Su colaborador Flamant le esperaba en la policía judicial y le comunicó que el Ministerio Fiscal no debía proceder al primer interrogatorio hasta que Gorgeret hubiera aportado nuevos elementos de información.

—Perfecto —exclamó el inspector—. La orden es categórica. Vamos a atacar de nuevo a la pequeña, Flamant. Hay que hacerla hablar. Si no lo conseguimos…

Pero el ardor combativo de Gorgeret se fundió de golpe ante el espectáculo más extraordinario e imprevisto: una adversaria absolutamente transformada, amable, sonriente, encantada, dócil hasta el punto de que el inspector se preguntó si la víspera

la muchacha no había representado una comedia de desfallecimiento y protesta. Estaba sentada en una silla, con sus ropas bien ordenadas, el cabello peinado cuidadosamente y con una sonrisa de bienvenida en los labios:

—¿En qué puedo servirle, señor Gorgeret?

El hálito furioso que había conducido a Gorgeret le hubiera obligado a la invectiva y a la amenaza en el caso de que la muchacha no respondiera, pero la réplica de su adversario le desconcertó:

—Señor inspector, estoy enteramente a su disposición. Como que dentro de algunas horas estaré libre, no quiero causarle molestias durante más tiempo. De entrada…

Una idea espantosa invadió a Gorgeret. Observó detenidamente a la muchacha y le dijo con voz baja y solemne:

—Usted ha comunicado con Raoul… ¡Sabe que no ha sido arrestado…! ¡Sabe que el gran Paul no ha muerto…! Raoul le ha prometido salvarla.

Estaba turbado y mendigaba, por así decirlo, una explicación. Ella no se la dio. Dijo alegremente:

—Quizá… No es imposible… ¡Es tan prodigioso ese hombre!

Gorgeret articuló enfurecido:

—Por muy prodigioso que sea, esto no impide que yo te tenga atrapada, Clara. Y estás perdida.

La muchacha no respondió al instante, sino que le miró con mucha dignidad y dijo dulcemente:

—Señor inspector, le pido que no me tutee y que no se aproveche de que estoy en su poder. Existe entre nosotros un malentendido que no debe prolongarse más. Yo no soy ésa a quien usted llama Clara. Me llamo Antonine.

—Antonine o Clara, da igual.

—Quizá para usted, señor inspector, pero ésta no es la realidad.

—Entonces, ¿qué? ¿Clara no existe?

—Sí, existe, pero no soy yo.

Gorgeret no comprendió el distingo. Se echó a reír:

—¡Vaya, éste es un nuevo sistema de defensa! Le advierto, señorita, que no vale nada, ya que, sea como sea, vamos a entendernos. ¿Era usted, sí o no, a quien yo seguí de la estación de Saint-Lazare hasta el Quai Voltaire?

—Sí.

—¿Era usted, sí o no, a quien descubrí en el entresuelo del señor Raoul?

—Sí.

—¿Era usted, sí o no, a quien sorprendí en las ruinas de Volnic?

—Sí.

—Entonces, ¿quién está ante mí en este momento?

—Yo.

—¿Y pues?

—Pues que ante usted no está Clara porque yo no soy Clara.

Gorgeret tuvo el gesto desesperado de un actor de vodevil que se sujeta la cabeza con ambas manos y grita:

—¡No comprendo nada! ¡No comprendo nada!

Antonine sonrió:

—Señor inspector, si usted no comprende es porque no quiere plantearse el problema tal como es. Desde que estoy aquí he reflexionado mucho y lo he comprendido todo. Por eso he guardado silencio.

—¿Con qué intención?

—Para no contrariar la acción de aquel que me salvó de su persecución inexplicable, dos veces el primer día y una tercera vez en Volnic.

—Y una cuarta vez en el Casino Bleu, ¿no es cierto, pequeña?

—¡Ah, no! —dijo la muchacha sonriente—. Esto es asunto de Clara, al igual que el cuchillazo del gran Paul.

Un destello luminoso pasó por los ojos de Gorgeret. Destello fugitivo. Todavía no estaba maduro para comprender la verdad que la muchacha, por otra parte, con malicia no le acababa de exponer con claridad. Antonine dijo con gravedad:

—Concluyamos, señor inspector. Desde mi llegada a París vivo en el hotel-pensión de los Deux-pigeons, en el extremo de la avenida de Clichy. En el momento en que el gran Paul fue herido, es decir, exactamente a las seis de la tarde, yo estaba hablando con la patrona del hotel antes de ir a tomar el metro. Invoco el testimonio de esa persona y también el del marqués d’Erlemont.

—Está ausente.

—Regresa hoy. Eso precisamente es lo que iba a anunciar a sus criados, cuando usted me arrestó, media hora después del crimen.

Gorgeret experimentó una cierta molestia. Sin decir ni una palabra, se dirigió al gabinete del director de la policía judicial y le puso al corriente de la situación.

—Telefonee usted al hotel de los Deux-pigeons.

El inspector obedeció. El director y él tomaron cada uno un receptor y Gorgeret preguntó:

—¿El hotel de los Deux-pigeons? Aquí la prefectura de la policía. Quisiera saber, señora, si entre sus huéspedes cuenta usted a una señorita llamada Antonine Gautier.

—Sí, señor.

—¿Cuándo llegó?

—Un segundo, voy a consultar el registro… Llegó el viernes, 4 de junio.

Gorgeret dijo a su jefe:

—Ésta es la fecha.

Continuó:

—¿Se ausentó?

—Cinco días. Regresó el 10 de junio.

Gorgeret murmuró:

—La fecha de los hechos del Casino Bleu… Y la noche de su regreso, señora, ¿salió?

—No, señor. La señorita Antonine no ha salido ninguna noche desde que está en mi casa. Algunas veces, antes de cenar… El resto del tiempo lo pasa cosiendo en mi despacho.

—¿Está en estos momentos en el hotel?

—No, señor. Anteayer se fue a las seis para tomar el metro. No ha regresado ni me ha avisado, lo que me sorprende mucho.

Gorgeret colgó el teléfono. Se le veía con aspecto de derrotado.

Después de un silencio, el director le dijo:

—Temo que haya ido demasiado deprisa, Gorgeret. Corra usted al hotel y registre la habitación. Yo, por mi parte, convocaré al marqués d’Erlemont.

La búsqueda de Gorgeret no trajo ningún nuevo indicio. El equipaje modesto de la muchacha llevaba las iniciales A. G. En un extracto de su acta de nacimiento constaba el nombre de Antonine Gautier, hija de padre desconocido y nacida en Lisieux.

—¡Por Dios santo! —murmuraba el inspector.

Gorgeret pasó tres horas crueles. No probó la comida que hizo con Flamant. Era incapaz de expresar una opinión razonable. Flamant intentaba animarle con conmiseración.

—Veamos, mi viejo amigo, no sea usted testarudo. Si Clara no ha dado el golpe, no sea usted obstinado.

—Así pues, triple idiota, ¿admites que ella no ha dado el golpe?

—Sí, fue ella.

—¿Era ella la bailarina del Casino Bleu?

—Sí, era ella.

—Entonces, ¿cómo explicas, *primo* que no saliera del hotel la noche del Casino Bleu; *secondo* que se encontrara en los Deux-pigeons mientras apuñalaban al gran Paul?

—No me lo explico. Lo constato.

—¿Qué es lo que constatas, imbécil?

—Que no se puede explicar nada.

Ni un solo instante los dos policías pensaron en separar a Antonine de Clara.

A las dos y media el marqués d’Erlemont se presentó y se le hizo pasar al despacho del director, que mantenía una entrevista con Gorgeret.

De regreso del Tirol suizo, la víspera por la noche, Jean d’Erlemont se enteró por los periódicos franceses del drama que había tenido lugar en su inmueble, de la acusación lanzada por la policía contra su inquilino el señor Raoul y del arresto de una señorita llamada Clara.

El marqués añadió:

—Esperaba encontrar en la estación a una muchacha, Antonine Gautier, que es mi

secretaria desde hace algunas semanas y que estaba sobre aviso de la hora exacta de mi llegada. Según lo que me han contado mis criados, he creído comprender que ustedes mezclaban a esta persona con el asunto.

Fue el director quien respondió:

—Esta persona, en efecto, está a la disposición de la justicia.

—Así pues, ¿está detenida?

—No, simplemente a disposición de la justicia.

—Pero ¿por qué?

—Según el inspector principal Gorgeret, encargado del caso del gran Paul, Antonine Gautier no es otra que Clara la Blonde.

El marqués quedó sorprendido.

—¿Cómo? —exclamó con indignación—. ¿Antonine es Clara la Blonde? ¡Es una locura! ¿A qué viene esta broma siniestra? ¡Exijo que se libere inmediatamente a Antonine Gautier y que se le den todas las excusas que se le deben por el error de que ha sido víctima y con el que su naturaleza ha debido sufrir infinitamente!

El director observó a Gorgeret. Éste no había ni pestañeado. Bajo la mirada desaprobadora de su superior, se levantó, se aproximó al marqués y le dijo descuidadamente:

—Así pues, ¿usted no sabe nada del drama?

—Nada.

—¿Conoce usted al gran Paul?

Jean d’Erlemont pensó que Gorgeret todavía no había establecido la identidad del gran Paul y por ello respondió contundente:

—No.

—¿Conoce usted a Clara la Blonde?

—Conozco a Antonine pero no conozco a Clara la Blonde.

—¿Y Antonine no es Clara?

El marqués se encogió de hombros y no respondió.

—Una palabra todavía, señor marqués. Durante el corto viaje que usted hizo a Volnic con Antonine Gautier, ¿la dejó usted sola?

—No.

—En consecuencia, cuando yo encontré a Antonine Gautier en el castillo de Volnic, ¿usted estaba allí?

D’Erlemont había caído en la trampa y no pudo esquivarla.

—¿Puede usted decirme qué hacía allí?

El marqués tuvo un momento de embarazo. Por fin respondió:

—Estaba allí como propietario.

—¡Qué! —exclamó Gorgeret—. ¿Como propietario?

—En efecto. Hace quince años compré el castillo.

Gorgeret no acababa de creerlo.

—¿Que usted compró el castillo?… ¡Pero si nadie lo sabía! ¿Por qué esa

adquisición? ¿Por qué ese silencio?

Gorgeret rogó a su jefe que le concediera unos minutos aparte y, llevándoselo hacia la ventana, le dijo en voz baja:

—Toda esta gente está mezclada en el asunto. En el castillo sólo había la rubia y Raoul.

—¡Raoul!

—Sí, les sorprendí juntos. Así que, ¿se da usted cuenta, jefe?… El marqués d’Erlemont… la muchacha rubia… ¡y Raoul! Todos son cómplices… Pero hay más todavía.

—¿Qué?

—El marqués fue antaño uno de los espectadores del drama de Volnic en el que la cantante Elisabeth Hornain fue asesinada y robada.

—¡Demonios, esto se complica!

Gorgeret se inclinó hacia él:

—Todavía hay más, jefe. Ayer encontré el último domicilio del gran Paul, y allí estaba su equipaje. Entre sus papeles hice dos descubrimientos de la mayor importancia, cuya confirmación esperaba para hablarle a usted. En primer lugar, el marqués era el amante de Elisabeth Hornain y nada dijo de eso durante la instrucción del caso. ¿Por qué? En segundo lugar, el verdadero nombre del gran Paul es Valthex. Ahora bien, Valthex era el sobrino de Elisabeth Hornain y Valthex, me he informado de ello, acudía con frecuencia a visitar al marqués d’Erlemont. ¿Qué dice usted a eso?

El director pareció muy interesado en aquellas revelaciones. Dijo a Gorgeret:

—El caso cambia de aspecto y, por lo tanto, creo que debemos cambiar de táctica. Cometeríamos un error si intentáramos atacar de frente al marqués. Por el momento, pongamos fuera de causa a esa Antonine y encárguese usted de llevar a cabo una investigación profunda sobre el conjunto del caso y sobre el papel que el marqués ha desempeñado en él. ¿Está usted de acuerdo, Gorgeret?

—Por completo, jefe. Si cedemos un poco de terreno llegaremos a Raoul. Por otra parte…

—¿Por otra parte?

—Tal vez tenga más cosas interesantes que poder comunicarle.

La liberación de Antonine fue inmediata. Gorgeret previno a d’Erlemont que iría a visitarle al cabo de cinco o seis días para solicitar de él algunos informes y le condujo hasta la habitación de Antonine. Al ver a su padrino, la muchacha se lanzó a sus brazos riendo y llorando a la vez.

—¡Cabotine! —gruñó Gorgeret entre dientes.

Así, en medio de aquella jornada, Gorgeret había recuperado el dominio sobre sí mismo. A medida que ciertos elementos de la verdad aparecían ante sus ojos y los iba comunicando a su jefe, su cerebro volvía a ser capaz de razonar según su método

habitual.

Tregua que no duró mucho tiempo. Un nuevo incidente demolió casi por completo el edificio que había construido. Súbitamente, el inspector entró en el despacho del director sin ni siquiera llamar a la puerta. Parecía en estado de demencia. Agitaba en su mano una pequeña libreta de tapas verdes mientras intentaba señalar con el dedo tembloroso algunas de las páginas.

—¡Ya está! ¡Qué golpe teatral! ¿Cómo pudimos dudar…? Ahora todo se hace claro.

Su superior intentó calmarle. Gorgeret se contuvo como pudo y acabó diciendo:

—Le había anunciado otra cosa posible… Aquí está… He encontrado esta libreta en el equipaje del gran Paul o de Valthex, como quiera. Se trata de notas sin importancia… cifras… direcciones… y después algunas frases, borradas a medias, que son las importantes. Ayer las di al servicio de identidad judicial para que las descifrara… Entre ellas hay una que no tiene precio. Es ésta, vea usted. El servicio de identificación ha transcrito el texto debajo y, de hecho, con un poco de atención, es fácil leerla.

El director cogió la libreta y leyó la nota que estaba concebida en estos términos:

«Dirección de Raoul: Avenida de Marruecos, 27, en Auteuil. Desconfiar de un garaje que hay detrás. A mi entender, Raoul no es otro que Arsenio Lupin. A verificar».

Gorgeret profirió:

—¡No hay duda, jefe! Es la clave del enigma. La llave del cofre. Cuando se posee esta llave, todo se abre, todo se aclara. Sólo Arsenio Lupin puede montar una máquina de estas dimensiones. Sólo él puede burlarse de nosotros y hacernos fracasar. Raoul es Arsenio Lupin.

—¿Qué va a hacer usted?

—Voy corriendo a la dirección mencionada. Con ese tipo no hay que perder ni un minuto. En estos momentos ya debe saber que la pequeña está en libertad y estará a punto de evacuar el terreno. Voy corriendo.

—Llévese consigo a unos cuantos hombres.

—Me harán falta diez.

—Veinte si es necesario —dijo el director, que también se sentía animado—. Al galope, Gorgeret.

—Sí, jefe —exclamó el inspector cuando salía—. Ataque brusco… refuerzo. ¡Alerta general!

Arrastró consigo a Flamant, recogió a cuatro agentes al paso y saltó a uno de los coches que estaba estacionado en el patio.

Otro auto partió detrás del suyo cargado con seis agentes. Y un tercero detrás…

En verdad, aquello fue una movilización sorprendente. Todas las campanas habrían tenido que llamar al somatén, todos los tambores redoblar al unísono, todos los clarines llamar a reunión, todas las trompas y todas las sirenas proclamar la señal

de asalto. En los corredores, en los despachos, de un extremo al otro de la prefectura, la gente se lanzaba: «¡Raoul es Arsenio Lupin…! ¡Arsenio Lupin es Raoul…!».

Era un poco más tarde de las cuatro.

De la prefectura de la policía a la avenida de Marruecos son necesarios, teniendo en cuenta los embotellamientos y a toda velocidad, unos buenos quince minutos.

XX

¿Austerlitz? ¿Waterloo?

A las cuatro exactamente, acostada en la cama de su habitación de Auteuil, Clara dormía todavía. Hacia el mediodía, despertada por el hambre, había comido medio dormida y después se había dormido nuevamente.

Raoul se impacientaba. No estaba preocupado, pero no le gustaba sobreseer demasiado tiempo las decisiones que había tomado, cuando esas decisiones correspondían a un mínimo de prudencia y de sensatez. Ahora bien, él imaginaba que el retorno a la vida del gran Paul podía añadir nuevos peligros a los actuales y que el testimonio del marqués y las declaraciones de Antonine debían complicar la situación.

Todo estaba preparado para la marcha. Había despedido a los criados pues en ocasiones de peligro le gustaba más estar solo. Las maletas ya estaban en el auto.

A las cuatro y diez recordó repentinamente:

«¡Diablos! No puedo marcharme sin decir adiós a Olga. ¿Qué debe pensar? ¿Ha leído los periódicos? ¿Ha vinculado a Raoul conmigo? Liquidemos esa vieja historia…».

Llamó por teléfono y pidió:

—El Trocadéro-Palace, por favor. ¡Oiga! Póngame con los apartamentos de Su Majestad.

Raoul, con las prisas, cometió el gran error de no informarse sobre quién respondía. Al no reconocer ni la voz de la secretaria ni la voz de la masajista, y creyendo que el rey de Borostiria ya no estaba en París, pensó que era la reina quien estaba al otro lado del hilo y con su tono más amable y afectuoso dijo de una tirada:

—¿Eres tú, Olga? ¿Cómo estás, querida? Supongo que debes pensar mal de mí, pero no, Olga, se trata de las ocupaciones, de los problemas… Te oigo mal, querida… No hagas esa voz de hombre, por favor… Tengo que marcharme enseguida… Un viaje de estudio por las costas de Suecia. ¡Qué contratiempo! Pero ¿por qué no respondes a tu pequeño Raoul? ¿Estás enfadada?

El pequeño Raoul se sobresaltó. Sin lugar a dudas era una voz de hombre la que respondía al aparato: la voz del rey que ya había tenido ocasión de oír antes y que con la furia pronuncia las erres todavía más fuertes que su esposa:

—¡Es usted un cerrrrdo, caballerrrrro! ¡Le desprrrrecio!

Raoul notó que le sudaba la espalda. ¡El rey de Borostiria! Además, al volverse comprobó que Clara estaba despierta y que había oído toda la comunicación.

—¿A quién has llamado? —preguntó ansiosa—. ¿Quién es esa Olga?

Raoul no respondió de inmediato, estupefacto por el incidente. Pero no ignoraba

que el rey de Borostiria no era hombre que se ofuscara por los deslices de su esposa. Uno más, uno menos. No había por qué preocuparse.

—¿Que quién es Olga? Una vieja prima malcarada a quien de vez en cuando hago la corte. Y ya ves el resultado. ¿Estás lista?

—¿Lista?

—Sí. Nos largamos. El aire de París es malsano.

Al ver que la muchacha permanecía pensativa, insistió:

—Te lo suplico, Clara. No tenemos nada que hacer aquí. Un retraso puede ser peligroso.

Ella le observó:

—¿Estás inquieto?

—Empiezo a estarlo.

—¿Por qué?

—Por todo y por nada.

Clara comprendió que iba en serio y se vistió rápidamente. En aquel instante, Courville, que tenía la llave del jardín y que acababa de entrar, trajo los periódicos de la tarde a los que Raoul echó un vistazo.

—Todo va bien —dijo—. La herida del gran Paul decididamente no es mortal. Pero no estará en estado de responder a los interrogatorios de la policía hasta dentro de una semana… El Árabe sigue obstinado en su mutismo.

—¿Y Antonine? —preguntó Clara.

—Libre —afirmó fríamente Raoul.

—¿Lo anuncia el periódico?

—Sí. Las declaraciones del marqués han sido decisivas. La han puesto en libertad.

Su seguridad fue tal que Clara se convenció.

Courville se despidió de ambos.

—¿No queda ningún papel comprometedor? —le preguntó Raoul—. ¿No dejamos nada?

—Absolutamente nada, señor.

—Echa un último vistazo y lárgate, amigo. No olvides que tenéis que encontraros todos cada día en nuestro nuevo centro de la isla de Saint-Louis. Por otra parte, volveré a verte enseguida junto al coche.

Clara acababa de arreglarse, apresurada por Raoul. Cuando hubo terminado de ponerse el sombrero le cogió las manos.

—¿Qué tienes? —le preguntó él.

—Júrame que esta Olga…

—¿Cómo? ¿Todavía piensas en ella? —exclamó Raoul riendo.

—Reflexiona…

—Pero si te he asegurado que no es más que una vieja tía de la que espero una herencia…

—Me habías dicho que era una vieja prima…

—Es, a la vez, mi tía y mi prima. Su padrastro y la hermana de uno de mis tíos se casaron en terceras nupcias.

Ella sonrió y le puso la mano sobre la boca:

—No mientas, querido. En el fondo me da igual. Sólo puedo estar celosa de una persona.

—¿De Courville? Te aseguro que mi amistad por él…

—Cállate, no te burles —suplicó la muchacha—. Sabes perfectamente a qué me refiero.

Raoul la estrechó contra sí.

—Estás celosa de ti misma, de tu imagen.

—De mi imagen, tienes razón. De esta imagen de mí misma que tiene una expresión diferente. Ojos más dulces…

—Tú tienes los ojos más dulces que hay en el mundo —dijo Raoul besándola con pasión—. Ojos de una ternura…

—Ojos que han llorado demasiado.

—Ojos que no han reído lo bastante. Eso es lo que te falta y que yo te daré.

—Una palabra todavía. ¿Sabes por qué Antonine ha dejado durar el error y durante dos días no ha dicho nada?

—No.

—Porque temía decir alguna cosa que te perjudicara.

—¿Y por qué ese temor?

—Porque te quiere.

Raoul se puso a bailar de alegría.

—¡Qué amable eres al comunicármelo! ¿Crees verdaderamente que me quiere? Claro, soy irresistible… Antonine me ama. Olga me ama. Zozotte me ama. Courville me ama. Gorgeret me ama.

La cogió en brazos y la arrastró hacia la escalera cuando se detuvo bruscamente.

—¡El teléfono!

En efecto, el timbre del teléfono sonaba junto a ellos.

Raoul descolgó. Era Courville… Courville, sin aliento, expectante, que tartamudeó:

—¡Gorgeret…! Dos hombres con él… Les he visto de lejos, cuando ya había salido… Están forzando la verja… Al verlos he entrado en un café…

Raoul colgó el aparato y permaneció inmóvil tres o cuatro segundos. Después, de repente cogió a Clara y se la cargó sobre el hombro.

—Gorgeret —dijo simplemente.

Con la muchacha al hombro bajó la escalera.

Ante la puerta del vestíbulo escuchó. Los pasos resonaron en la gravilla. A través de los cristales emplomados y protegidos por barrotes percibió siluetas. Depositó a Clara en el suelo.

—Retrocede hacia el comedor.

—¿Y el garaje? —preguntó la muchacha.

—No, deben haberlo rodeado. De no haberlo hecho serían más de tres… Tres polizontes, no tengo ni para empezar.

Ni siquiera corrió el cerrojo del vestíbulo. Retrocedió paso a paso, sin volver la espalda a los agresores que intentaban forzar los batientes.

—Tengo miedo —dijo Clara.

—Cuando se tiene miedo se hacen tonterías. Recuerda tu puñalada. Antonine no se ha dejado amilanar en la cárcel.

Y añadió con suavidad:

—Si tú tienes miedo yo, por el contrario, me divierto. ¿Crees que después de haberte vuelto a encontrar dejaré que este bruto te atrape? Vamos, ríe, Clara, estás en el espectáculo. Y es cómico.

Los dos batientes se abrieron de golpe. Con tres saltos, Gorgeret entró hasta el umbral de la sala, empuñando el revólver.

Raoul estaba plantado frente a la muchacha, ocultándola.

—¡Arriba las manos o disparo! —gritó furioso Gorgeret.

Raoul, que estaba a cinco pasos de él, bromeó:

—¡Qué vulgar eres! ¡Siempre la misma fórmula idiota! ¿Acaso crees que vas a disparar contra mí, Raoul?

—¡Contra ti, Lupin! —exclamó Gorgeret triunfante.

—¡Ah! ¿Sabes mi nombre?

—Así pues, ¿confiesas?

—Siempre se confiesan los títulos de nobleza.

Gorgeret repitió:

—Arriba las manos o si no disparo.

—¿Incluso sobre Clara?

—Incluso si ella estuviera aquí.

—Ella está aquí, cretino.

Los ojos de Gorgeret saltaron de sus órbitas. Su brazo cayó. ¡Clara! ¡La pequeña rubia que acababa de entregar al marqués d’Erlemont! ¿Era posible aquello…? No. Enseguida la cosa le pareció fuera de toda posibilidad. Si verdaderamente era Clara, y lo era, sobre eso no había duda, entonces tenía que llegar a la conclusión que la otra mujer…

—Vamos —bromeó Raoul—. Caliente, caliente. Todavía un pequeño esfuerzo y ya está. ¡Claro que sí, estúpido! Hay dos… una que llegaba de su pueblo y a la que tú te dedicaste, confundiéndola con Clara, y la otra…

—La amante del gran Paul.

—¡Qué imbécil! —respondió Raoul—. Se diría que eres el marido de la adorable Zozotte.

Gorgeret, furioso, estimulando a sus hombres, vociferó:

—¡Agarradme a ese tipo! ¡Si te mueves te tumbo de un disparo!

Los dos hombres se lanzaron contra él. Raoul saltó sobre sí mismo. Ambos recibieron un puntapié en el vientre. Retrocedieron.

—Ésta es una broma de mi estilo —gritó Raoul—. El truco del doble zapato.

Sonó un disparo pero Gorgeret había tirado de manera que la bala no alcanzara a nadie. Raoul estalló en una carcajada.

—¡Has estropeado mi cornisa! ¡Qué estúpido! Eres demasiado imbécil y te has lanzado a la aventura sin tomar precauciones. Adivino lo que ha pasado. Alguien te ha comunicado mi dirección y tú has corrido hacia aquí como un toro que ve rojo. Te harían falta veinte de tus camaradas, compañero.

—¡Habrá cien, mil! —gruñó Gorgeret, volviéndose al oír el ruido de un coche que se detenía en la calle.

—Tanto mejor —dijo Raoul—. Ya me empezaba a aburrir.

—Esta vez estás perdido.

Gorgeret quiso salir de la sala para dar instrucciones a los refuerzos. Cosa extraña. La puerta, que desde el principio se había cerrado a su espalda, no se abría a pesar de sus esfuerzos.

—No te canses, compañero —le aconsejó Raoul—. La puerta se cierra con llave sola. Y es maciza. De madera de ataúd.

En voz baja le dijo a Clara:

—Cuidado, querida. Fíjate en lo que va a pasar ahora.

Corrió hacia lo que quedaba del antiguo tabique que habían suprimido para convertir las dos habitaciones en una sola.

Gorgeret, comprendiendo que perdía el tiempo, se decidió a terminar el asunto sin importarle el medio. Volvía al ataque gritando:

—¡Disparad sobre él, matadle! ¡Va a escapar!

Raoul apretó un botón y, mientras los agentes preparaban sus armas, un telón de acero cayó del techo limpiamente, como una maza, separando la pieza en dos, mientras que los postigos se cerraban desde el interior.

—¡Crac! ¡Crac! —bromeó Raoul—. ¡La guillotina! Gorgeret tiene el cuello cortado. ¡Adiós, Gorgeret!

Tomó de encima del bufet una botella y llenó de agua dos vasos.

—Bebe, querida.

—Vámonos, huyamos —dijo ella asustada.

—No temas, muñeca.

Insistió en que bebiera mientras vaciaba su vaso. Estaba muy tranquilo y no vacilaba.

—¿Les oyes, al otro lado? Están en el bote, como las sardinas. Cuando cae el telón, los postigos se bloquean automáticamente. Los hilos eléctricos se cortan. La oscuridad es total. Una fortaleza impenetrable desde el exterior y una cárcel desde el interior. ¿Qué te parece?

Pero la muchacha no tenía el ánimo dispuesto para el entusiasmo. Raoul la besó en la boca, lo que la animó.

—Y ahora —le dijo—, al campo, a la libertad y al reposo que se les debe a la gente honesta que ha trabajado mucho.

Pasó a una pequeña habitación que hacía las funciones de despacho. Entre el despacho y la cocina había un espacio con un armario empotrado, que abrió, y en el que desembocaba la escalera que iba al sótano.

—Tienes que saber para tu gobierno —dijo con tono doctrinal— que una casa bien montada debe tener tres salidas: una oficial; otra disimulada y aparente para la policía; y la tercera, disimulada e invisible para servir de retirada. De este modo, mientras la jauría de Gorgeret vigila el garaje, nosotros nos largamos por las entrañas de la tierra. ¿Te parece bien combinado? El pabellón me lo vendió un banquero.

Caminaron durante tres minutos, después subieron por una escalera que desembocó en una casita sin muebles, con las ventanas cerradas, que daba a una calle poco frecuentada.

Un gran automóvil de conducción interior estaba estacionado junto a la acera, vigilado por Courville. En su interior había el equipaje. Raoul dio las últimas instrucciones al secretario.

El auto partió velozmente.

Una hora más tarde, Gorgeret, avergonzado, daba su informe al director. Convinieron que los comunicados a la prensa no hablarían de Lupin y que si había indiscreciones las desmentirían.

A la mañana siguiente, Gorgeret regresó de nuevo lleno de confianza y anunció que la rubia, no Clara sino la que había detenido y puesto en libertad, había pasado la noche en casa del marqués y acababa de salir con él, de viaje, en coche.

Al día siguiente se enteró de que los dos viajeros habían llegado a Volnic. Según informes categóricos, Jean d’Erlemont, propietario del castillo desde hacía quince años, lo había vuelto a comprar en segunda venta por intermedio de un extranjero cuya descripción correspondía con la de Raoul.

Gorgeret y el director tomaron todas las medidas necesarias.

XXI

Raoul actúa y habla

—Señor Audigat —concluyó Antonine—, todo lo que usted me dice es muy amable, pero…

—No me llame usted señor Audigat, señorita.

—¿Acaso quiere que le llame por su nombre de pila? —dijo la muchacha sonriendo.

—Me haría usted feliz si así lo hiciera —respondió con untuosidad el notario—. Eso demostraría que no rechaza mis pretensiones.

—No puedo aceptarlas ni rechazarlas tan deprisa, mi querido señor. Hace sólo cuatro días que he vuelto y apenas si nos conocemos.

—¿Cuándo cree usted, señorita, que me conocerá lo bastante para darme una respuesta?

—¿Cuatro años, tal vez tres? ¿O es demasiado?

El notario tuvo un gesto de disgusto. Comprendía que nunca obtendría la más pequeña promesa de aquella bella señorita que había sabido atenuarle los rigores de la existencia en Volnic.

La entrevista acabó. El notario Audigat se despidió de la muchacha y con aire digno y vejado abandonó el castillo.

Antonine se quedó sola. Dio una vuelta por las ruinas y se paseó por el parque y los bosques. Andaba alegremente y su sonrisa habitual levantaba las comisuras de sus labios. Iba vestida con un traje nuevo y se protegía del sol con una pamela de paja. De vez en cuando tarareaba una canción. Después recogió flores silvestres y se las llevó al marqués d'Erlemont.

El marqués la esperaba sentado en el banco de piedra, al borde de la terraza, en el que tanto le gustaba reposar. Al verla le dijo:

—¡Qué bonita estás! ¡Ya no quedan rastros de tus fatigas y de tus emociones! Y, sin embargo, no se te ahorró ningún sufrimiento.

—No hablemos más de ello, padrino. Es una vieja historia que no quiero recordar.

—Entonces, ¿eres feliz por completo?

—Completamente feliz, padrino, puesto que estoy con usted y en este castillo que tanto me gusta.

—Un castillo que no nos pertenece y que mañana tendremos que abandonar.

—Que le pertenece y que no abandonaremos.

El marqués se burló de ella:

—¿De modo que todavía confías en aquel individuo?

—Más que nunca.

—Pues yo no.

—Usted confía tanto en él que ya es la cuarta vez que me dice lo contrario.

D'Erlemont se cruzó de brazos.

—¿Así es que imaginas que vendrá a una cita fijada vagamente hace casi un mes y después de los acontecimientos acaecidos?

—Hoy es tres de julio. Él confirmó esta cita en la nota que me envió a la prefectura.

—Simple promesa.

—Él mantiene siempre sus promesas.

—¿A las cuatro?

—A las cuatro estará aquí. Es decir, dentro de veinte minutos.

D'Erlemont levantó la cabeza y confesó alegremente:

—En el fondo, ¿qué quieres que te diga? Pues bien, también yo le espero. La confianza es algo curioso y, ¿en quién confiamos? En una especie de aventurero que se ocupa de mis asuntos sin que yo le haya pedido nunca nada y que lo hace de la manera más insólita, levantando contra él a toda la policía. Ya has leído los periódicos de estos últimos días. ¿Qué dicen? Que mi inquilino Raoul, amante de esa misteriosa Clara que se te parece, no es otro que Arsenio Lupin. La policía lo niega, pero la policía que ha visto a Lupin durante mucho tiempo en todas partes no quiere verle ya en ningún sitio por temor al ridículo. ¡Éste es nuestro colaborador!

Antonine reflexionó y dijo gravemente:

—Nosotros confiamos en el hombre que vino aquí, padrino. No se puede desconfiar de él.

—Evidentemente, evidentemente. Es un tipo sorprendente, lo reconozco… Y reconozco también que me ha dejado un recuerdo que…

—Un recuerdo tal que usted espera verle pronto y conocer por él la verdad que hasta ahora ignoraba… ¡Qué importa que se llame Raoul o Arsenio Lupin si colma nuestros deseos!

La muchacha se había animado. El marqués la miró con sorpresa. Tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

—¿Te enfadarás, Antonine, si te digo algo?

—No, padrino.

—Me pregunto si el señor Audigat no habría sido mejor acogido si las circunstancias no hubieran traído aquí a ese Raoul…

No acabó su frase. Las mejillas de Antonine se volvieron rojas de vergüenza. Sus ojos no sabían dónde mirar.

—¡Oh, padrino! —exclamó intentando sonreír—. Qué malpensado es usted.

El marqués se levantó. Una ligera campanada marcó las cuatro menos cinco en el campanario de la iglesia del pueblo. Seguido de Antonine, recorrió la fachada del castillo y se apostó en el ángulo derecho, desde donde se veía la puerta maciza, claveteada de hierro, al extremo de la bóveda baja excavada bajo la torre de entrada.

—Tiene que llamar por aquí —dijo el marqués, y añadió sonriendo—: ¿Has leído *El conde de Montecristo*? ¿Recuerdas la manera como se le presenta en la novela? Algunas personas que le han conocido en los cuatro rincones del mundo le esperan para almorzar. Varios meses antes se comprometió a estar allí al mediodía. Y el anfitrión afirma que a pesar de las incertidumbres del viaje llegará a la hora exacta. Dan las doce del mediodía y con la última campanada el maestro de ceremonias anuncia: «El señor conde de Montecristo». Nosotros esperamos con la misma fe y la misma ansiedad.

El timbre sonó bajo la bóveda. La guardiana descendió los escalones que conducían hasta la puerta.

—¿Será el conde de Montecristo? —dijo Jean d'Erlemont—. Llegaría con adelanto, lo que es tan poco elegante como llegar con retraso.

La puerta se abrió.

No era la visita esperada sino otra cuya presencia les confundía: Gorgeret.

—¡Ah, padrino! —murmuró Antonine desfallecida—. A pesar de todo tengo miedo de este hombre… ¿Qué vendrá a hacer aquí? Tengo miedo.

—¿Por quién? —dijo Jean d'Erlemont, que parecía desagradablemente sorprendido—. ¿Por ti, por mí? Nada de todo eso nos concierne.

La muchacha no respondió. El inspector, después de parlamentar con la guardiana, acababa de descubrir al marqués y avanzaba hacia él. Llevaba en la mano, a guisa de bastón, una enorme estaca con la empuñadura de hierro macizo. Era grueso, pesado, vulgar, de poderosa musculatura, pero su habitual rostro áspero se esforzaba por ser amable.

—¿Puedo solicitar de usted, señor marqués —dijo con un tono en el que se notaba la exageración de la deferencia—, el favor de una entrevista?

—¿Con qué propósito? —preguntó d'Erlemont secamente.

—A propósito de nuestro… asunto.

—¿Qué asunto? Entre nosotros fue todo dicho en París y la incalificable conducta que tuvo usted hacia mi ahijada no me anima a proseguir nuestras relaciones.

—No nos lo dijimos todo —objetó Gorgeret menos afable—. Y nuestras relaciones no han terminado todavía. Así se lo dije en presencia del director de la policía judicial. Necesito algunos informes.

El marqués d'Erlemont se volvió hacia la guardiana, que estaba inmóvil a treinta metros de ellos, bajo la bóveda, y le gritó:

—¡Cierre usted la puerta! Y si llaman no abra a nadie. Por otra parte, deme usted la llave.

Antonine le estrechó la mano en signo de aprobación.

La puerta cerrada hacía imposible el choque entre Gorgeret y Raoul en caso que éste se presentara.

La guardiana entregó la llave al marqués y regresó a su sitio. El inspector sonrió:

—Veo, señor marqués, que contaba usted con otra visita además de la mía, y que

está usted deseoso de evitarla. Pero tal vez sea demasiado tarde.

—Estoy en tal estado de ánimo, señor —dijo Jean d'Erlemont—, en el que todas las visitas me parecen inoportunas.

—Empezando por la mía.

—Empezando por la suya. Así pues, acompáñeme a mi despacho y acabemos de una vez.

Cruzaron el patio hasta el castillo, acompañados por Antonine.

Pero cuando desembocaron en el ángulo, distinguieron a un caballero que, sentado en el banco de la terraza, fumaba un cigarrillo.

El estupor del marqués y de Antonine fue tal que se detuvieron en seco.

Gorgeret se detuvo como ellos, pero con gran calma. ¿Acaso conocía la presencia de Raoul en el interior de los muros?

Raoul, al verlos, tiró su cigarrillo, se levantó y dijo alegremente al marqués:

—Tengo que hacerle notar, caballero, que la cita era en este banco. Cuando sonaba la última campanada de las cuatro me sentaba en él.

Muy elegante, con su vestido de color claro, de corte perfecto, con el rostro divertido, verdaderamente simpático, Raoul se quitó el sombrero y se inclinó profundamente ante Antonine.

—Me excuso una vez más, señorita. Tengo una parte de responsabilidad en los tormentos que usted ha sufrido, señorita. Espero que usted no me guardará rencor, pues me guiaba mi interés por los negocios del marqués d'Erlemont.

De Gorgeret, ni una palabra. Se diría que la silueta del inspector era invisible para Raoul.

Gorgeret no dijo nada. También él, más pesado, pero con la misma tranquilidad, conservaba su actitud intrascendente de alguien a quien la situación parece normal por completo. Esperaba. El marqués d'Erlemont y Antonine también esperaban.

En el fondo, la pieza que se interpretaba tenía un solo actor, Raoul, y los otros sólo tenían que esperar, escuchar y entrar en escena cuando él se lo pidiese.

Todo aquello no le desplacía en absoluto. Le gustaba fanfarronear y discursear, sobre todo en los momentos de gran peligro, aun cuando las obras por él montadas le exigieran, en su último acto, según las reglas ordinarias, sobriedad, concisión de gestos. Paseándose con las manos en la espalda, iba cambiando de aspecto: pensativo, desenvuelto, sombrío o brillante. Por último se detuvo y dijo al marqués:

—Dudaba en hablar, señor. Me parecía, en efecto, que nuestra cita era privada y que la presencia de personas extrañas no nos permitiría tratar con toda libertad las cuestiones por las que nos hemos reunido. Pero después de reflexionar veo que no es así. Lo que tenemos que decir lo podemos hacer ante quien sea, aunque se trata de algún representante subalterno de esta policía que sospecha de usted mismo, caballero, y que se atreve a pedirle cuentas. Voy, pues, a establecer la cuestión tal como es, sin otra finalidad que la verdad y la justicia. Sólo la gente honesta tiene el derecho de llevar alta la cabeza.

Se interrumpió. Fuera cual fuese la gravedad de la hora, por más desamparada que se sintiera Antonine, tuvo que cerrar la boca para no sonreír. Había en la entonación de la voz de Raoul, en los guiños imperceptibles de sus ojos, en el pliegue de sus labios, en el balanceo de su busto y de sus caderas, algo de cómico que se estrellaba contra la interpretación pesimista de los acontecimientos. ¡Y qué seguridad! ¡Qué desenvoltura frente al peligro! Se adivinaba que ni una sola de sus palabras era inútil y que todas, por el contrario, estaban encaminadas a turbar al enemigo.

—No tenemos por qué preocuparnos —prosiguió— de lo que ha sucedido recientemente. La doble existencia de Clara la Blonde y de Antonine Gautier, su parecido, sus actos, los actos del gran Paul, los actos del señor Raoul, el conflicto que por un momento enfrentó a este buen hombre con el policía Gorgeret, la superioridad aplastante del primero sobre el segundo son cuestiones perfectamente resueltas sobre las que ninguna potencia del mundo puede insistir. Lo que hoy nos interesa es el drama de Volnic, la muerte de Elisabeth Hornain y la recuperación de su fortuna, señor marqués. Espero que no me tenga en cuenta este preámbulo un poco largo. Nos permitirá resolver los problemas diversos en unas cuantas breves frases. Y así se ahorrará usted el tener que responder a un vulgar individuo.

El marqués aprovechó la pausa de Raoul para objetar:

—No tengo por qué aguantar interrogatorio alguno.

—Tengo la certeza, caballero —respondió Raoul—, de que la justicia, que nunca comprendió nada del drama de Volnic, intenta girarse contra usted y, sin saber hacia dónde se encamina, desea algunas precisiones sobre su papel en aquel drama.

—Mi papel en aquel drama fue nulo.

—Estoy persuadido de ello. Pero la justicia se pregunta por qué no declaró usted sobre sus relaciones con Elisabeth Hornain, y por qué compró usted secretamente este castillo y por qué regresaba de vez en cuando a él, siempre de noche. En particular, después de algunas pruebas impresionantes, se le acusa a usted…

El marqués se sobresaltó:

—¡Me acusan! ¿Qué quiere decir eso? ¿Quién me acusa? ¿Y de qué me acusa?

Interpelaba a Raoul con irritación, como si súbitamente viera en él a un adversario a punto de atacarle. Una vez más repitió con dureza:

—¿Quién me acusa?

—Valthex.

—¿Ese bandido?

—Ese bandido ha reunido contra usted un dossier temible que entregará ciertamente a la policía, cuando esté convaleciente de su herida.

Antonine estaba pálida, ansiosa. Gorgeret había perdido su máscara de impasibilidad y escuchaba ávidamente.

El marqués d’Erlemont se aproximó a Raoul y con voz imperiosa exigió:

—Hable usted… Le exijo que hable… ¿De qué me acusa ese miserable?

—De haber matado a Elisabeth Hornain.

Un silencio prolongó aquellas terribles palabras. Pero el rostro del marqués se distendió y en él apareció una sonrisa que nada tenía de molesta.

—Explíquese usted.

Raoul explicó:

—Usted conocía, señor, por aquel tiempo, a un pastor del país, un tal Gassiou, un alma cándida, un poco loco, con quien usted charlaba a menudo, durante sus estancias en casa de los señores de Jouvelle. El tal Gassiou tenía la particularidad de ser especialmente diestro. Mataba la caza con su honda y parece como si ese medio loco, animado por usted hubiera matado a Elisabeth Hornain de un hondazo, mientras cantaba, por petición suya, entre las ruinas.

—¡Eso es absurdo! —gritó el marqués—. ¡Me hubiera faltado un motivo para hacer tal cosa! ¿Por qué tenía que hacer matar a la mujer a la que amaba?

—Para quedarse con sus joyas, que ella le había confiado en el momento de ir a cantar.

—Aquellas joyas eran falsas.

—Eran auténticas. ¡Ése es el punto más oscuro de su conducta, caballero! Elisabeth Hornain las había recibido de un millonario de la Argentina.

Esta vez el marqués d’Erlemont no resistió el golpe. Se irguió fuera de sí:

—¡Mentira! Elisabeth no había querido a nadie antes que a mí. ¿Y ésta es la mujer que yo iba a hacer matar? ¡Una mujer a la que nunca, nunca, he podido olvidar! ¿Acaso no compré ese castillo por ella, por su memoria, para que el lugar en donde murió no perteneciera a otro más que a mí? Y si regresaba aquí, de vez en cuando, ¿acaso no era para rezar en las ruinas? Si la hubiera matado yo ¿acaso habría guardado para mí el terrible lugar de su muerte, de mi crimen? Una acusación así es monstruosa.

—¡Bravo, caballero! —exclamó Raoul—. ¡Ah! Si me hubiese usted respondido así hace veinticinco días, cuántos acontecimientos penosos habría usted evitado. Puede usted estar seguro de que en ningún momento he creído en las acusaciones del abominable Valthex, ni en el dossier de mentiras que ha reunido. ¿Gassiou? ¿La honda? ¡Tonterías! ¡Todo eso no es más que un chantaje, un chantaje hábil que podía pesar terriblemente sobre usted y contra el cual nosotros teníamos que tomar todas las precauciones! En tales casos sólo existe un remedio, la verdad, la absoluta, la implacable verdad, que ahora podremos oponer a la justicia.

—Pero yo ignoro la verdad.

—También yo la ignoro. Pero en el punto en que nos encontramos, todo depende de la sinceridad de sus respuestas. Las joyas desaparecidas ¿eran o no falsas?

—Eran auténticas.

—¿Y le pertenecían a usted, verdad? Usted encargó a una agencia de investigaciones que buscara una herencia que había perdido. Recordando que la fortuna de los d’Erlemont provenía de un abuelo que había vivido en la India con el

título de *nabab*, supuse que habría convertido sus inmensas riquezas en una colección de piedras preciosas de la mayor belleza. ¿Fue así?

—Sí.

—Supuse igualmente que los herederos del *nabab* d'Erlemont nunca hablaron de los collares hechos con esas piedras preciosas para no tener que pagar los derechos de sucesión ¿verdad?

—Así lo creo —dijo el marqués.

—¿Y sin duda, usted prestó las joyas a Elisabeth Hornain?

—Sí. Tan pronto como hubiese conseguido el divorcio, se hubiera convertido en mi mujer. Por amor, me complacía en ver las joyas sobre ella.

—¿Ella sabía que eran auténticas?

—Sí.

—¿Y todas las piedras que llevaba aquel día le pertenecían a usted sin excepción?

—No. Había además un collar de finas perlas que yo le había dado ya en absoluta propiedad y que tenía un gran valor.

—¿Que usted le habría ofrecido en privado?

—No. Se lo había mandado por un joyero.

Raoul bajó la cabeza.

—Vea usted, caballero, hasta qué punto Valthex podía actuar contra usted. Si Valthex hubiese encontrado un documento que probara que aquel collar de perlas pertenecía a su tía, dicho documento tendría un peso definitivo.

Y Raoul añadió:

—Ahora sólo se trata de descubrir el collar de perlas y las otras joyas. Unas palabras todavía. ¿El día del drama, condujo usted a Elisabeth Hornain hasta el pie de las rampas que suben hacia las ruinas?

—Incluso un poco más arriba.

—Sí, hasta la avenida horizontal de aucubas que se ve desde aquí.

—En efecto.

—¿Y ambos permanecieron invisibles durante un espacio de tiempo más largo que el que se necesita para hacer el camino?

—En efecto. No había tenido ocasión de estar a solas con Elisabeth desde hacía varias semanas y nos besamos durante largo rato.

—¿Y después?

—Después, como que tenía la intención de cantar ciertos fragmentos para los que creía que su tocado y vestuario tenían que ser en extremo simples, quiso confiarme las joyas. Pero yo no compartí su opinión. Elisabeth no insistió y me miró alejarme. Cuando di la vuelta en el extremo de la avenida de aucubas, todavía estaba inmóvil.

—¿Llevaba todavía los collares cuándo llegó a la terraza superior de las ruinas?

—Personalmente no lo sé. Ése es un punto sobre el que ninguno de los invitados pudo hacer una declaración precisa. Sólo nos dimos cuenta de la ausencia de los collares después del drama.

—De acuerdo. Pero el dossier Valthex contiene buen número de testimonios contrarios. En el momento del drama, Elisabeth Hornain no llevaba ya las joyas.

El marqués concluyó:

—¿Así pues, le habían sido robadas entre la avenida de aucubas y la terraza superior?

—Las joyas no fueron robadas.

—Si no fueron robadas ¿por qué fue asesinada Elisabeth Hornain?

—Elisabeth Hornain no fue asesinada.

Aquellas afirmaciones sensacionales eran el estilo de Raoul. Le causaba la mayor alegría del mundo actuar así. Y esa alegría se encendía en sus ojos.

El marqués exclamó:

—¡Yo mismo vi la herida! Nadie dudó nunca de que aquello no fuera un crimen. ¿Quién lo cometió?

Raoul levantó el brazo, extendió el índice y exclamó:

—¡Perseo!

—¿Qué significa eso?

—Usted me pregunta quién cometió el crimen y yo le respondo con toda seriedad: «¡Perseo!».

Y concluyó:

—Y ahora, tengan ustedes la amabilidad de acompañarme hasta las ruinas.

XXII

El crimen de Perseo

Jean d'Erlemont no obedeció enseguida la solicitud de Raoul. Quedó indeciso y, visiblemente, muy emocionado.

—¿Así pues, estamos a punto de llegar a la solución del misterio? He sufrido tanto por no poder vengar la muerte de Elisabeth… ¿Será posible que por fin sepamos la verdad de su muerte?

—Yo la conozco, la verdad de su muerte —afirmó Raoul—. Y por lo demás, en cuanto a las joyas desaparecidas, puedo certificar que…

Antonine estaba segura de ello. Su claro rostro indicaba una confianza que no alteraba ninguna restricción. Estrechó la mano de Jean d'Erlemont para comunicarle su alegre convicción.

En cuanto a Gorgeret, todos los músculos de su cara estaban contraídos. Su mandíbula se crispaba. Tampoco él admitía que unos problemas a los que había dedicado la mitad de su vida fueran resueltos por su más detestado adversario. Esperaba y temía a la vez una solución humillante para él.

Jean d'Erlemont rehízo el camino que había hecho quince años atrás en compañía de la cantante. Antonine le seguía y Raoul y Gorgeret cerraban la marcha.

El más tranquilo de todos era, ciertamente, Raoul. Se alegraba de ver marchar ante él a la muchacha y notaba ciertos detalles que la distinguían de Clara: un contorno menos ondulante y ligero, pero con más ritmo y más simple, menos voluptuoso, pero más orgulloso, menos gracia felina pero mayor naturalidad. Y lo que descubría al andar, lo notaba también en el rostro de la muchacha, cuando la miraba cara a cara. Dos veces, al tener que frenar a causa de las hierbas silvestres, Raoul caminó a su lado. Se dio cuenta de que la muchacha enrojecía. No cambiaron ni una sola palabra.

El marqués subió por los peldaños de piedra que lindaban con el jardín inglés y que conducían a la segunda terraza, que se prolongaban a derecha y a izquierda por medio de unas hileras de aucubas que crecían en viejos jarrones, de bases musgosas y rotas. Tomó hacia la izquierda para alcanzar las rampas que ascendían hacia las ruinas. Raoul le detuvo.

—¿Aquí es donde se entretuvieron ustedes?

—Sí.

—¿En qué lugar exacto?

—Aquí donde estoy yo.

—¿Se les podía ver desde el castillo?

—No. Los arbustos que no han sido cuidados han perdido parte de su

frondosidad. Pero en otro tiempo formaban una cortina muy espesa.

—Entonces, ¿era aquí donde estaba inmóvil Elisabeth Hornain cuando usted se volvió desde el otro extremo del paseo?

—Sí. Mi memoria guarda una visión fiel de su silueta. Me envió un beso. Vuelvo a ver su gesto apasionado, su actitud, ese viejo jarrón de allí, el marco de verdura que la rodeaba. No he olvidado nada.

—¿Y cuando llegó al jardín, se volvió usted una segunda vez?

—Sí. Para volverla a ver en el momento en que saliera de la avenida.

—¿Y la vio usted?

—No enseguida, pero casi.

—Normalmente usted tendría que haberla visto acto seguido. Normalmente tenía que haber salido enseguida de la avenida ¿no es así?

—Sí.

Raoul se puso a reír suavemente.

—¿De qué ríe usted? —le preguntó d'Erlemont. También Antonine le interrogaba con todo su ser tendido hacia él.

—Me río porque, cuanto más complicado parece un caso, más queremos que lo sea la solución. Nunca se corre detrás de una idea simple. Siempre se va tras soluciones extravagantes y tortuosas. ¿Qué venía usted a buscar en sus investigaciones posteriores? ¿Los collares?

—No, puesto que habían sido robados. Venía a buscar indicios que pudieran ponerme tras las huellas del asesino.

—¿Y no se preguntó usted alguna vez si los collares habían sido o no robados en realidad?

—Nunca.

—Ni Gorgeret y sus acólitos tampoco se lo preguntaron. Nunca se plantea la pregunta verdadera; se insiste siempre en plantear la misma cuestión.

—¿Cuál era la verdadera pregunta?

—La pregunta infantil que usted me ha obligado a hacerme: si Elisabeth Hornain prefería cantar sin collares, ¿no es posible que los hubiera dejado en algún sitio?

—¡Imposible! No se abandonan de esta manera tales riquezas exponiéndolas a la codicia del primero que pueda pasar.

—¿Quién podía pasar? Usted sabe perfectamente, y ella lo sabía también, que todo el mundo estaba arremolinado en el castillo.

—Entonces, según usted, ella debió dejar sus joyas en un lugar cualquiera.

—Para volverlas a recoger diez minutos más tarde, al regresar.

—Pero ¿no las habríamos visto después del drama, cuando batimos los alrededores?

—¿Por qué? Si las había dejado en algún lugar desde donde no se podían ver…

—¿Dónde?

—En este viejo tiesto, por ejemplo, que estaba al alcance de su mano y en donde

debía haber, al igual que en los demás, plantas frondosas de sol o de sombra. No tuvo más que levantarse sobre la punta de sus pies, extender el brazo y depositar las joyas sobre la tierra del tiesto. Gesto natural, depósito provisional y que el azar y la estupidez de los hombres convirtieron en definitivo.

—¿Cómo…?, ¿definitivo?

—¡Diablos…! Las plantas se marchitaron, las hojas caídas se pudrieron y se formó una especie de humus que recubre el depósito como el más inaccesible de los escondites.

D'Erlemont y Antonine permanecían silenciosos, impresionados ante tanta sencilla certidumbre:

—¡Qué afirmativo es usted! —dijo d'Erlemont.

—Afirmo porque es la verdad. Y le es a usted muy fácil asegurarse de ello.

El marqués vaciló. Estaba muy pálido. Luego rehízo el gesto realizado por Elisabeth Hornain. Se levantó sobre la punta de sus pies, extendió el brazo, hojeó entre la aglomeración de humus húmedo que el tiempo había formado en el fondo del tiesto y murmuró temblando:

—Sí… están aquí… Se notan los collares… las facetas de las piedras… las monturas que las unen… ¡Dios mío!, cuando pienso que ella llevaba estos objetos…

Le anonadaba tal emoción que apenas se atrevía a ir hasta el fin de su acto. Uno a uno, sacó los collares. Había cinco. A pesar de todo lo que les ensuciaba, el rubio de los rubíes, el verde de las esmeraldas, el azul de los zafiros deslumbraba y pequeños trozos de oro relucían. El marqués murmuró:

—Falta uno… había seis…

Después de reflexionar, repitió:

—Sí… falta uno… falta el collar de perlas que yo le había regalado… Es extraño, ¿verdad? ¿Es posible que se lo hubieran robado antes de que dejara aquí los otros?

Hacía las preguntas sin darles mucha importancia: aquel último enigma le parecía insoluble. Pero las miradas de Raoul y de Gorgeret se cruzaron. El inspector reflexionaba:

«Ha sido él quien ha sisado las perlas… —se decía— Ahora representa la comedia del brujo cuando en realidad, desde esta mañana, o desde ayer, lo ha revuelto todo y se ha quedado con su parte del botín…».

Y Raoul levantaba la cabeza y sonreía con aire de decir:

«Claro que sí, viejo amigo… Acabas de descubrir la sopa boba… ¿Qué quieres? ¡De algo hay que vivir!».

La ingenua Antonina no hizo ninguna suposición. Ayudaba al marqués a arreglar y a envolver los collares de piedras preciosas. Cuando hubieron terminado, el marqués d'Erlemont arrastró a Raoul hacia las ruinas.

—Continuemos —decía—. Hábleme de ella, de lo que ocurrió. ¿Cómo murió? ¿Quién la mató, pobre desgraciada? No he podido olvidar aquella muerte atroz… No he podido sobreponerme a mi pena… ¡Desearía saber tantas cosas!

Hacía preguntas como si Raoul detentara entre sus manos la verdad sobre todas las cosas, como un objeto oculto bajo un velo y que se puede descubrir a gusto de cada uno. Parecía como si fuera suficiente que Raoul lo deseara para que las tinieblas se llenaran de luz y las revelaciones más extraordinarias salieran de su boca.

Llegaron al terraplén superior, cerca de la loma en donde había muerto Elisabeth. Desde allí se percibía todo el castillo, el parque y la torre de entrada.

Antonine, que estaba cerca de Raoul, murmuró:

—Me siento feliz por mi padrino y le doy mis más sinceras gracias… Pero tengo miedo…

—¿Tiene usted miedo?

—Sí… Miedo de Gorgeret… ¡Debería usted marcharse!

Raoul respondió suavemente:

—¡Qué alegría me da usted! Pero no hay peligro alguno, al menos mientras no haya dicho todo lo que sé, todo lo que Gorgeret tiene tantas ganas de saber. ¿Debo marcharme antes?

Al notarla tranquilizada y viendo que el marqués apresuraba a preguntas, Raoul explicó:

—¿Cómo se desarrolló el drama? Mire usted, señor: para llegar a la solución he seguido el camino contrario al que usted hizo seguir. Sí, la evolución de mis reflexiones ha partido de un punto opuesto. Si he llegado a la conclusión de que quizá no había habido ladrón ha sido porque he supuesto, desde el principio, que no había habido asesino. Y si he supuesto esto ha sido porque las circunstancias decían que dicho asesino no hubiera podido dejar de ser visto. No se mata delante de cuarenta personas, a pleno día, a plena luz, sin que estas cuarenta personas vean cómo se realiza el asesinato. ¿Un disparo? Se habría oído. ¿Un golpe de maza? Se habría visto. ¿Una pedrada? Se habría descubierto el gesto. Sin embargo, todo fue invisible y silencioso. Así pues, era necesario buscar entre otras causas más que las puramente humanas, es decir, provocadas por la voluntad de un hombre.

El marqués preguntó:

—Así pues, ¿fue accidental la muerte?

—La muerte fue accidental y, por consiguiente, fue efecto del azar. Ahora bien, las manifestaciones del azar son ilimitadas y pueden tomar las formas más insólitas y más excepcionales. Antaño me vi mezclado en una aventura en la que el honor y la fortuna de un hombre dependían de un documento oculto en la cima de una torre muy alta y sin escalera. Una mañana, este hombre se dio cuenta de que los dos extremos de una larga cuerda colgaban de cada lado de la torre. Pude establecer que aquella cuerda provenía de un globo en el que los pasajeros, para deslastrarse en el curso de la noche precedente, habían lanzado todo el material. El azar había querido que la cuerda cayera exactamente como era necesario para ofrecer un medio de escalada bastante cómodo. Milagro, ciertamente, pero la multiplicidad de las combinaciones es tal que a cada hora, en la naturaleza, se producen millares y millares de milagros.

—¿Así pues?

—Así, la muerte de Elisabeth Hornain fue provocada por un fenómeno físico extremadamente frecuente, pero cuyas consecuencias mortales son extremadamente raras. Esta hipótesis se presentó a mi espíritu después de que Valthex hubo acusado al pastor Gassiou de haber lanzado una piedra con su honda. Pensé que Gassiou no podía estar allí, pero que una piedra podía haber golpeado a Elisabeth Hornain: y ésta era la única explicación plausible de su muerte.

—¿Una piedra lanzada del cielo? —dijo el marqués no sin ironía.

—¿Por qué no?

—¡Vamos! ¿Quién la habría lanzado?

—Ya se lo he dicho, querido señor: ¡Perseo!

El marqués imploró:

—Le ruego que no haga bromas.

—Lo digo muy en serio —afirmó Raoul— y hablo con pleno conocimiento de causa basándome, no en hipótesis, sino en hechos irrefutables. Cada día, miles de estas piedras, bólidos, aerolitos, meteoritos, fragmentos de planetas desintegrados, atraviesan el espacio a velocidades vertiginosas, se inflaman al penetrar en la atmósfera y caen. Cada día nos llegan toneladas y toneladas de estas piedras. Se han recogido millones de ellas, de todas las formas y tamaños. Si una de ellas, por un azar espantoso pero posible y ya constatado, golpea a un ser, significa la muerte para él, una muerte imbécil y a veces incomprensible. Además…

Después de una pausa, Raoul precisó:

—Además, los chaparrones de proyectiles, que se producen a lo largo de todo el año, son más frecuentes y más densos en ciertos períodos fijos, y el más conocido es el que tiene lugar durante el mes de agosto, exactamente del día 9 al 14, y parece tener su origen en la constelación de Perseo. De ahí el nombre de perseidas con el que se designa a este polvo de estrellas fugaces. Y de ahí la broma que me he permitido al acusar a Perseo.

Sin dejar al marqués la posibilidad de emitir una duda o una objeción, Raoul continuó:

—Hace cuatro días uno de mis hombres, hábil y fiel, salta durante la noche el muro en el lugar de la brecha y bate las ruinas desde la mañana por los alrededores de esta loma, y yo mismo he estado aquí desde el alba de ayer y de hoy.

—¿Y la ha encontrado?

—Sí.

Raoul exhibió una bolita del tamaño de una nuez, redonda pero rugosa, llena de asperezas cuyos ángulos se habían enromado por una especie de esmalte negro brillante que recubría su superficie.

Apenas se había interrumpido y prosiguió:

—Este proyectil, que los policías de la investigación inicial no descubrieron, ni ellos ni nadie, porque buscaban una bala de fusil o algún proyectil de fabricación

humana. Para mí, su presencia aquí es la prueba indiscutible de la realidad. Tengo otras pruebas. De entrada, la fecha misma del drama: el 13 de agosto, que es uno de los días en los que la Tierra pasa bajo el chaparrón de las perseidas. Y les diré a ustedes que esta fecha del 13 de agosto fue uno de los primeros rayos de luz que vi en el caso.

»Y después, tengo la prueba irrefutable. No ya la que es una prueba lógica de razonamiento, sino una prueba científica. Ayer llevé esta piedra a Vichy, a un laboratorio de química y biología. Encontraron en la parte exterior, pegados a la superficie, fragmentos de tejido humano carbonizado… Sí, fragmentos de piel y de carne, de células arrancadas a un ser vivo y que se carbonizaron al contacto del proyectil inflamado, al que se adhirieron tan indisolublemente que el tiempo no ha podido hacerlos desaparecer. Las muestras de ese tejido carbonizado las conserva el químico que hizo el análisis y serán objeto de un informe oficial que remitiré al señor d’Erlemont y al señor Gorgeret si eso le interesa.

Raoul se volvió hacia Gorgeret.

—Por otra parte, el caso está archivado desde hace quince años por la justicia y no volverá a abrirse. El señor Gorgeret ha podido notar ciertas coincidencias y descubrir que usted desempeñaba cierto papel en el drama. Nunca obtendrá otras pruebas que las falsas que le ha ofrecido Valthex y no se atreverá a insistir en una aventura en la que tan implacable se ha mostrado. ¿No es así, señor Gorgeret?

Se plantó frente a Gorgeret como si sólo entonces le descubriera y le lanzó:

—¿Qué dices a eso, camarada? ¿No crees que mi explicación se aguanta y que es la expresión misma de la verdad? Ni robo ni asesinato. Y tú ya no sirves para nada. La justicia… la policía… no son más que una cuchufleta. Un muchachito como yo, tan formal, tan gentil, pasa a través de la aventura en la que todos estáis paciendo, desembrolla el asunto, recoge el proyectil que nadie encontró, devuelve los collares tan finamente como si fuera una hilada de guijarros… y se larga con la cabeza bien alta, la sonrisa en los labios y el sentimiento del deber cumplido. Adiós, camarada. Mis recuerdos a la señora Gorgeret y cuéntale esta historia. Eso la distraerá y aumentará mi prestigio a sus ojos. Me lo debes.

Lentamente, el inspector levantó su brazo y posó su pesada mano sobre el hombro de Raoul, que parecía estupefacto y exclamó:

—¡Eh! ¿Qué fabricas? Es decir, ¿me detienes? ¡Vaya caradura! Hago tu trabajo y me pones las esposas como agradecimiento. Me gustaría saber lo que harías si ante ti, en lugar de un *gentleman* tuvieras a un ladrón.

Gorgeret no dejó de apretar los dientes. Cada vez más, se sentía afectado por la indiferencia y el desdén de aquel hombre que dominaba los acontecimientos y ya no se preocupaba de lo que pudieran pensar o decir los demás. Si a Raoul le gustaba discursear… ¡que lo hiciese…!, ¡tanto mejor! Gorgeret se aprovecharía del discurso, registraría en su cabeza las revelaciones, apreciaría los argumentos… y haría lo que le viniese en gana.

Por fin cogió un grueso pito que se llevó pausadamente a la boca. Sonó una estridente llamada que resonó en las vecinas rocas y cuyo eco se estrelló en el valle.

Raoul no disimuló su sorpresa.

—¿Así que la cosa va en serio?

El inspector bromeó condescendiente:

—¿Me lo preguntas?

—¿Una batalla más entre tú y yo?

—Sí. Sólo que en esta ocasión he tomado mi tiempo y he preparado con antelación el asunto. Desde ayer, amigo mío, vigilo esta posesión y desde esta mañana sé que te ocultas aquí. Todas las entradas del castillo, todos los muros de la tapia que rodea la propiedad a derecha e izquierda de las ruinas, todo está guardado. Brigada de gendarmes, inspectores de París, comisarios de la región… todo el mundo está en pie de guerra.

El timbre del patio de entrada sonó.

Gorgeret anunció:

—Primer grupo de asalto. Cuando este equipo haya entrado, un segundo silbido pondrá en marcha el ataque. Si intentas huir te abatiremos como a un perro a tiros de fusil. Éstas son las órdenes formales.

El marqués intervino.

—Señor inspector, no admito que se entre en mi casa sin autorización. Este hombre tenía una cita conmigo. Es mi huésped. Me ha prestado un servicio. Las puertas no serán abiertas a la jauría de polizontes. Además, yo tengo la llave.

—Las echaremos abajo, señor marques.

—¿Cómo? ¿Con un hacha? ¿Con un pico? No terminaréis hasta la noche. Y de aquí a entonces, ¿dónde estaré yo?

—La abriremos con dinamita —gruñó Gorgeret.

—¿Acaso llevas en tu bolsillo?

Raoul se lo llevó aparte.

—Dos palabras, Gorgeret. Esperaba que después de mi conducta de hace un rato saliéramos ambos de aquí, cogidos del brazo, como dos amigos. Puesto que te niegas a ello, te suplico que renuncies a tu plan de ataque y que no hagas demoler las puertas históricas de este castillo y que no me humilles ante una dama cuya estima me importa muchísimo.

Gorgeret le miró de reojo y dijo:

—¿Te burlas de mí?

Raoul se indignó:

—No me río de ti, Gorgeret. Sólo deseo que te des cumplida cuenta de todas las consecuencias de la batalla.

—Las he calibrado todas.

—Menos una.

—¿Cuál?

—Si sigues empeñado en ello, dentro de dos meses…

—¿Qué pasará dentro de dos meses?

—Que haré un pequeño viaje de quince días con Zozotte.

Gorgeret se irguió con el rostro enrojecido y exclamó con voz sorda:

—¡Antes tendré tu piel!

—¡Atrévete! —le gritó alegremente Raoul.

Y dirigiéndose a Jean d’Erlemont:

—Caballero, le conjuro a que acompañe al señor Gorgeret y que haga abrir todas las puertas del castillo. Le doy mi palabra de honor de que no se derramará ni una gota de sangre y de que todo transcurrirá de la manera más tranquila y decente entre caballeros.

Raoul tenía demasiada autoridad sobre Jean d’Erlemont para que éste se negara a una solución que, en el fondo, le libraba de su embarazo.

—¿Vienes, Antonine? —dijo echando a andar.

Gorgeret exigió:

—Tú también vienes, Raoul.

—No, yo me quedo.

—¿Acaso crees que podrás huir mientras esté fuera?

—Es un riesgo que tienes que correr, Gorgeret.

—Entonces, yo me quedo. No quiero separarme de ti ni un solo instante.

—Entonces te ataré y amordazaré como la otra vez. Elige.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres?

—Fumar un último cigarrillo antes de ser capturado.

Gorgeret dudó. Pero ¿qué podía temer? Todo estaba previsto, no había huida posible. Se reunió con el marqués d’Erlemont.

Antonine quiso seguirles pero no tuvo fuerza. Su pálido rostro demostraba una angustia extrema. La sonrisa se había borrado de sus labios.

—¿Qué le sucede, señorita? —preguntó Raoul dulcemente.

Antonine le suplicó con expresión lastimosa:

—Escóndase usted en alguna parte… Tiene que haber algún escondite seguro.

—¿Para qué esconderme?

—¿Cómo? Le van a detener.

—No, eso nunca. Voy a irme.

—No hay salida posible.

—Ésta no es una razón suficiente para que no me vaya.

—Le matarán.

—¿Y eso le causaría a usted alguna pena? ¿Sentiría usted que le sucediera algo malo al que un día la ultrajó en este castillo? No… no me responda… Tenemos tan poco tiempo para estar juntos… Unos pocos minutos solamente en los que quisiera decirle tantas cosas.

Sin tocarla y sin que ella se diera cuenta, Raoul la arrastró un poco más lejos, de

manera que no les pudieran ver desde ningún punto del parque. Entre un enorme panel de pared, vestigio de una antigua torre, y un montón de ruinas caídas, había un espacio vacío de unos diez metros de largo que dominaba el precipicio y que estaba bordeado por un pequeño parapeto de piedras secas. Aquello formaba como una especie de habitación aislada, cuya gran ventana se abría por encima del abismo, en el fondo del cual se deslizaba el río, y sobre un paisaje de maravillosas llanuras onduladas.

Antonine fue la primera en hablar y lo hizo con voz menos ansiosa:

—No sé lo que va a suceder, pero no tengo tanto miedo. Y quiero darle las gracias a usted de parte del señor d’Erlemont… Conservará el castillo, ¿verdad?, tal como usted le propuso en otra ocasión.

—Sí.

—Otra cosa. Quisiera saber, y sólo usted puede responderme, si el marqués d’Erlemont es mi padre.

—Sí. Pude leer la carta, muy explícita por cierto, que usted le entregó de parte de su madre.

—No dudaba de la verdad, pero no tenía prueba alguna. Y eso creaba una especie de tirantez entre nosotros. Estoy contenta, puesto que podré darle todo mi cariño. También es el padre de Clara, ¿verdad?

—Sí. Clara es su media hermana.

—Se lo diré al marqués.

—Supongo que lo habrá adivinado.

—No lo creo. De todos modos, quiero que lo que haga por mí lo haga por ella. Un día podré verla, ¿no es verdad? Dígale usted que me escriba.

La muchacha hablaba con sencillez, sin énfasis ni gravedad excesiva. Un esbozo de su adorable sonrisa levantaba de nuevo la comisura de sus labios. Raoul se estremeció y sus ojos no perdían de vista aquellos hermosos labios. La muchacha murmuró:

—Usted la quiere mucho, ¿verdad?

Raoul respondió en voz baja, mirándola profundamente:

—La quiero a través de su recuerdo y con un pesar que no se irá nunca. Lo que quiero en ella es la primera imagen de la muchacha que entró en mi casa el día de su llegada a París. Aquella muchacha tenía una sonrisa que no olvidaré nunca y algo especial que me emocionó enseguida. Eso es lo que he estado buscando desde entonces, cuando creía que había una sola mujer que se llamaba Antonine o Clara. Ahora que sé que hay dos mujeres, me llevo conmigo la hermosa imagen… que es la imagen de mi amor… que es mi amor verdadero… y que usted no puede quitarme.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha enrojeciendo—. ¿Tiene usted derecho de hablarme así?

—Sí, puesto que no volveremos a vernos. El azar de un parecido hace que usted y yo estemos unidos por vínculos reales. Desde que amo a Clara la quiero a usted, y es

imposible que un poco de su amor no se haya mezclado con un poco de su simpatía, de su afecto…

La muchacha murmuró con una turbación que no intentaba disimular:

—Váyase, se lo suplico.

Raoul dio un paso hacia el parapeto. Antonine se asustó.

—¡Pero no por aquí!

—No hay otra salida.

—Pero eso es espantoso. ¡Cómo! ¡No, no… se lo ruego… no quiero…!

La amenaza del terrible peligro la transformaba. Durante algunos minutos no fue la misma y su rostro expresó todos los miedos, todas las angustias y todas las súplicas de una mujer cuyos sentimientos, ignorados por ella misma, son turbados por los hechos.

Sin embargo, desde el castillo llegaban voces que avanzaban hacia el jardín inglés. Gorgeret y sus hombres se dirigían hacia las ruinas.

—Quédese, quédese —dijo la muchacha—. Yo le salvaré. ¡Oh, qué horror!

Raoul había pasado una de sus piernas por encima del parapeto.

—No tema usted nada, Antonine. He estudiado con detalle la pared del acantilado y no soy el primero que se aventura a bajar por él. Le juro que para mí no es más que un juego.

Una vez más, Antonine sufrió la influencia de Raoul y consiguió dominarse.

—Sonríame, Antonine.

La muchacha sonrió con esfuerzo doloroso.

—¡Ah! —exclamó Raoul—. ¿Cómo quiere usted que me suceda nada malo con esta sonrisa en los ojos? Haga usted algo más por mí. Deme usted su mano.

Antonine estaba frente a él. Le tendió su mano pero antes de que Raoul la hubiera besado, la retiró y se inclinó, permaneciendo así durante algunos segundos, indecisa, con los párpados medio cerrados, hasta que por fin, inclinándose más todavía, le ofreció sus labios.

El gesto fue de una ingenuidad encantadora y de tal castidad que Raoul comprendió que la muchacha no concedía más que la importancia de una caricia fraternal a aquel gesto, cuya causa profunda no comprendería nunca. Rozó con los suyos los suaves labios que le sonrieron y respiró el puro aliento de la muchacha.

Antonine se incorporó, sorprendida por la emoción que había experimentado, se tambaleó sobre sí misma y balbuceó:

—Váyase usted… ya no tengo miedo… Váyase… Nunca olvidaré…

Se volvió hacia las ruinas. No tenía el valor de hundir sus ojos en el abismo y de ver a Raoul colgado de las asperezas del acantilado. Mientras escuchaba las rudas voces que se aproximaban, la muchacha esperaba la señal que él le enviaría desde abajo, una vez estuviera sano y salvo para comunicárselo. Esperaba sin demasiado temor, convencida de que Raoul llegaría con éxito.

Debajo del terraplén pasaron unas siluetas que se inclinaban y batían los arbustos.

El marqués la llamó:

—¡Antonine…! ¡Antonine!

Transcurrieron algunos minutos. Su corazón se encogía. Después oyó el ruido de un coche en el valle y el sonido de una bocina que resonaba alegremente en el eco de las montañas.

Antonine murmuró con su bella sonrisa atenuada por la melancolía y con los ojos nublados por las lágrimas:

—Adiós… adiós.

A veinte quilómetros de allí, Clara, impaciente, esperaba en la habitación de un albergue. Al verle se lanzó a sus brazos febrilmente.

—¿La has visto?

—Pregúntame primero —dijo él riendo— si he visto a Gorgeret y cómo he podido librarme de su acoso. Ha sido terrible, pero yo he jugado bien la partida.

—¿Y ella? Háblame de ella.

—He encontrado los collares y el proyectil.

—Pero a ella, ¿la has visto? Confiésalo.

—¿Quién…? ¡Ah, Antonine Gautier! Sí, por cierto… allí estaba. Una casualidad.

—¿Le has hablado?

—No. Ella me ha hablado a mí.

—¿De qué?

—¡Oh, de ti! Únicamente de ti. Ha adivinado que eras su hermana y desea conocerte un día u otro.

—¿Se me parece?

—Sí… no… de manera vaga, en todo caso. Quiero contártelo todo con detalle, querida.

Pero Clara no le dejó que se lo contara aquel día. De vez en cuando, en el automóvil que les conducía a España, la muchacha preguntaba:

—¿Es bonita? ¿Más que yo o menos? Una belleza provinciana, ¿verdad?

Raoul respondía como podía, algo distraído en ocasiones. Evocaba en el fondo de sí mismo, con placer inefable, la manera como había escapado de Gorgeret. En verdad el destino le era favorable. Aquella evasión romántica y que *realmente* él no había preparado, pues ignoraba la maniobra de Gorgeret, tenía gran clase, y el beso de la virgen de la sonrisa fresca había sido la más dulce de las recompensas…

«¡Antonine… Antonine!», repetía en su interior.

Valthex anunció revelaciones sensacionales, pero no las hizo pues cambió de parecer. Por otra parte, Gorgeret descubrió contra él cargos tan precisos que concernían a dos crímenes en los que la culpabilidad de Valthex, alias el gran Paul, estaba tan

claramente demostrada, que el bandido enloqueció de miedo. Una mañana le encontraron colgado.

Por su parte, el Árabe no cobró nunca el precio de su delación. Cómplice de aquellos dos crímenes, fue condenado a trabajos forzados y murió en un intento de fuga.

Quizá no sea inútil anotar aquí que tres meses más tarde, Zozotte Gorgeret hizo una escapada de quince días, al cabo de los cuales se reintegró al domicilio conyugal sin dar la menor explicación a Gorgeret:

—Lo tomas o lo dejas —le dijo la mujer—. ¿Quieres que siga estando a tu lado?

Nunca había estado tan seductora como al regreso de aquella expedición. Sus ojos eran brillantes, estaba iluminada de felicidad. Gorgeret, emocionado, le abrió los brazos y le pidió perdón.

Otro hecho digno de interés debe ser relatado aquí. Algunos meses después, exactamente a finales del sexto mes que siguió a la época en que la reina Olga había abandonado París acompañada de su marido, el rey, las campanas del reino danubiano de Borostiria anunciaron con gran revuelo un hecho considerable: después de diez años de espera, y cuando ya se habían perdido todas las esperanzas, la reina Olga acababa de traer al mundo a un heredero.

El rey apareció en el balcón y presentó al niño a la muchedumbre delirante. Su Majestad estaba lleno de gozo y de orgullo legítimo. El futuro de la raza estaba asegurado…